

APORTES DE LA RELACIÓN ESPERANZA–RITUALIDAD EN EL CRISTIANISMO
PRIMITIVO PARA EL FORTALECIMIENTO DE LA VIDA RITUAL CRISTIANA HOY.

BARRIOS SIMANCAS JEISON JAVIER

UNIVERSITARIA AGUSTINIANA
FACULTAD DE HUMANIDADES, CIENCIAS SOCIALES Y EDUCACIÓN
LICENCIATURA EN TEOLOGÍA
BOGOTÁ, D.C.
2017

APORTES DE LA RELACIÓN ESPERANZA–RITUALIDAD EN EL CRISTIANISMO
PRIMITIVO PARA EL FORTALECIMIENTO DE LA VIDA RITUAL CRISTIANA HOY.

BARRIOS SIMANCAS JEISON JAVIER

Asesor del trabajo

RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ JUAN CARLOS

Trabajo de grado para optar al título como
Profesional en Licenciatura en Teología

UNIVERSITARIA AGUSTINIANA
FACULTAD DE HUMANIDADES, CIENCIAS SOCIALES Y EDUCACIÓN
BOGOTÁ, D.C.

2017

Nota de aceptación:

Firma del presidente del jurado

Firma del jurado

Firma del jurado

Ciudad y fecha:

Dedicatoria

A Dios padre Todopoderoso, que se ha fijado en mi debilidad, por acompañarme y asistirme siempre con misericordia. A María Virgen, que no deja de iluminar el sendero de mi existencia y conducirme a su hijo Jesús. A todos aquellos que trabajan incansablemente por el anuncio del Evangelio y el crecimiento de la Iglesia. A mis familiares.

Agradecimientos

Al tutor, Pbro. Juan Carlos Rodríguez Rodríguez, Licenciado en Teología de la Universitaria Agustiniana (2015), Licenciado en Teología Pastoral con especialización en movilidad humana, del Scalabrini International Institute, Pontificia Universitas Urbaniana, Roma (2009); por su constante esfuerzo y colaboración en la orientación de este trabajo.

Al programa de Licenciatura en Teología de la Universitaria Agustiniana por brindarme las herramientas necesarias para la realización de este proyecto.

A la Orden de Agustinos Recoletos, que me ha acogido en su seno y me ha proporcionado todo lo necesario para mi crecimiento personal y vocacional en mi proceso formativo religioso y académico.

Resumen

El presente trabajo aborda la situación actual de la vida celebrativa y ritual en el cristianismo católico, proponiéndose a la luz de la vivencia ritual y el vínculo de esta con la esperanza presente en el cristianismo primitivo, identificar algunos aportes que permitan el fortalecimiento de la vida ritual cristiana hoy.

Para esta labor se acude al estudio antropológico, histórico, litúrgico y apologético de los ritos en general y de los ritos cristianos en particular, con el ánimo de conocer el contexto, origen y desarrollo ritual del cristianismo primitivo.

Luego se hace un análisis de la evolución de la comprensión de esperanza en los cristianos de los tres primeros siglos de nuestra era, para identificar como veían y comprendían la esperanza, y de manera especial como esta se vincula con su vida cotidiana.

A partir de todo esto se identifica la relación esperanza-rito en la antigüedad cristiana y se procede a observar el estado de esta misma relación en la Iglesia de hoy, para determinar los cambios presentados y extraer aportes del cristianismo primitivo que contribuyan al fortalecimiento de la vida ritual cristiana actual.

Palabras clave: cristianismo primitivo, rito, esperanza, celebración, participación.

Summary

This thesis approaches the current situation of the celebratory and ritual life in the catholic Christianity, proposing in the light of the ritual experience and the bond of this with the present hope in the primitive Christianity, to identify some contributions that allow the strengthening of ritual Christian life nowadays.

For this work we turn to the anthropological, historical, liturgical and apologetic study of rites in general and of Christian rites in particular, with the aim of knowing the context, origin and ritual development of primitive Christianity.

Then we turn to an analysis of the evolution of the understanding of hope in the Christians of the first three centuries of our era, to identify how they saw and understood hope, and in a special the way how it is linked to their daily life.

From all this, the relationship between hope and rite in Christian antiquity is identified and the state of this same relationship is observed in the Church of today, to determine the changes presented and extract contributions from primitive Christianity that contribute to the strengthening of the current Christian ritual life.

Keywords: primitive Christianity, rite, hope, celebration, participation.

Contenido

Introducción	10
1. Justificación	12
2. Planteamiento del problema.....	13
3. Objetivos.....	15
3.1 Objetivo general.....	15
3.2 Objetivos específicos	15
4. Estado del arte.....	16
5. Marco referencial	20
5.1 Marco contextual	20
5.2 Marco conceptual.....	23
6. Diseño metodológico	26
7. Capítulo I: Ritos en el cristianismo primitivo.....	28
7.1 Acercamiento a los ritos en el cristianismo primitivo siglos I, II y III	28
7.1.1 El Cristianismo y la pregunta por lo sagrado.....	28
7.1.2 Tipos de acercamiento.	32
7.1.2.1 Acercamiento apologético.	33
7.1.2.2 Acercamiento histórico.	35
7.1.2.3 Acercamiento litúrgico.....	36
7.1.2.4 Acercamiento antropológico.	37
7.2 Contexto, origen y desarrollo ritual del cristianismo primitivo.....	40
7.2.1 Contexto.....	40
7.2.2 Origen.	45
7.2.3 Desarrollo ritual.	47
8. Capítulo II: La idea de esperanza en el cristianismo primitivo	54
8.1 La idea de esperanza en el cristianismo primitivo siglos I, II y III.....	54
8.1.1 Idea de esperanza en los primeros cristianos.	54
8.1.2 El ejemplo de la comunidad de Tesalónica: 1 Ts 4, 13-18.	58
8.1.2.1 Análisis de 1 Ts 4,13-18.	60
8.1.2.1.1 Crítica de la construcción del texto.....	60

8.1.2.1.2 Crítica de la redacción y la composición.	61
8.1.2.1.3 Crítica del género literario.	62
8.1.3 La esperanza en los ritos del cristianismo primitivo.....	63
8.1.4 El martirio.	66
8.2 Hacia una comprensión de la idea de esperanza.....	68
8.2.1 La Esperanza y las realidades humanas.	68
8.2.2 De la espera a la Esperanza.....	70
9. Capítulo III: Aportes de la relación esperanza-rito del cristianismo primitivo a la vida ritual cristiana hoy.	73
9.1 Análisis de las relaciones esperanza-rito en el cristianismo primitivo y esperanza-rito en la Iglesia hoy.....	73
9.1.1 Esperanza-rito en el cristianismo primitivo.	73
9.1.2 Esperanza-rito en la Iglesia hoy.	74
9.1.2.1 La vida ritual hoy.....	75
9.1.2.2 La comprensión de Esperanza en el hombre hoy.....	77
9.1.2.3 Estado actual de la relación Esperanza-rito.	80
9.1.3 ¿Qué ha cambiado?.....	80
9.2. Aportes identificados en la relación esperanza-rito del cristianismo primitivo para el fortalecimiento de la vida ritual cristiana hoy.....	82
9.2.1 Recuperando el sentido primigenio.	82
9.2.2 Aportes para el fortalecimiento de la vida ritual cristiana hoy.	83
9.2.3 Algunas líneas de acción pastoral para la aplicación de los aportes del cristianismo primitivo a la vida ritual cristiano hoy.....	86
Conclusiones.....	90
Recomendaciones.....	94
Referencias.....	95
Lista de anexos.....	97
Anexos.....	98

Introducción

La fe cristiana católica tiene su fundamento en el mensaje de Jesucristo transmitido en las Sagradas Escrituras, la Tradición y el Magisterio de la Iglesia, lugares teológicos en los cuales Dios se revela al hombre dando a conocer su mensaje de salvación. De estas verdades reveladas, la Iglesia ha tomado conciencia de estar llamada a vivir la vida de Dios, invitación que tiene una implicación práctica que se hace evidente en las normas morales y celebrativas que dinamizan su propia vida y misión.

En el plano celebrativo han surgido y evolucionado no pocos ritos por medio de los cuales la Iglesia, y en ella el hombre, pasa de lo temporal y visible hasta lo sagrado e invisible; estos ritos conforman un robusto conjunto que nutre la fe misma y le confiere esperanza, y a la vez esta esperanza es fuerza motora que empuja a vivir estos ritos bajo la perspectiva de ser prenda de lo que se espera (Cfr. Hb 11, 1), manifestándose así una íntima relación entre esperanza y rito que envuelve toda la vida del hombre.

Todo esto parecían tenerlo claro los primeros cristianos, quienes valoraban la importancia de los actos rituales en su vida y los entendían como signos eficaces que ejecutaban aquello que representaban; la constancia en asistir a la asamblea comunitaria para escuchar las enseñanzas de los apóstoles, hacer oración y vivir juntos la fracción del pan, así como la transformación en sus vidas evidenciada en el rechazo de todo lo que ofenda a Dios y a la condición de cristianos, las prácticas de caridad y la ayuda a los enfermos, viudas pobres, huérfanos y necesitados dan muestra de ello.

No obstante, el cristiano católico de hoy parece haber olvidado esta dimensión eficaz del rito, en no pocos casos se evidencia una falta de comprensión de lo que un rito significa, y esto ha derivado en que muchos de los fieles no entiendan por qué celebran lo que celebran y especialmente qué aportan dichos ritos a sus vidas. El culto se ha convertido entonces en un oasis en medio del desierto, al que algunos acuden por compromiso, otros por tradición, otros para calmar las ansiedades y sentirse bien consigo mismos, aunque ciertamente hay otros que los valoran y comprenden.

De acuerdo con lo anterior este trabajo pretende examinar la vida ritual de los primeros cristianos en relación con la idea de esperanza y confrontarla con la vida ritual del cristianismo

actual, esto con el fin de rastrear algunos aportes que resulten pertinentes en orden de fortalecer la vida ritual cristiana hoy.

Para esto, en un primer capítulo se realizará una aproximación a la vida cristiana primitiva, su origen contexto y desarrollo, así como la configuración de sus ritos; todo con el ánimo de entender la inquietud natural del ser humano por la trascendencia y de manera especial el origen y desarrollo ritual del cristianismo primitivo, a partir del estudio de las diferentes perspectivas desde las cuales se han elaborado acercamientos al estudio de los ritos cristianos de los primeros tres siglos de nuestra era.

En el segundo capítulo se examinará la idea de esperanza en los primeros cristianos, su influjo en la vida práctica de los mismos y la evolución de dicha idea, para comprender qué motivó a muchos a convertirse al cristianismo, adherirse a las promesas de la fe y al culto, y también la acción de la esperanza en la vida del hombre y en las realidades que le acontecen. Con esta finalidad se acudirá al estudio de la comunidad de los tesalonicenses, una de las primeras comunidades cristianas, al análisis de la idea de esperanza que subsiste en los ritos primitivos y a la observación de la vida de los mártires.

Ya en el tercer capítulo se profundizará en la relación esperanza-rito tanto en el cristianismo primitivo como en la Iglesia hoy, a fin de comprender la situación actual e identificar los aportes que permitan fortalecer la vida ritual cristiana hoy. Para esta labor se observará la naturaleza de la relación esperanza-rito en el cristianismo primitivo, la vida ritual en la actualidad, la idea de esperanza en el hombre de hoy y el estado actual de la relación esperanza-rito, para reconocer los cambios presentados, identificar los aportes e incluso plantear algunos criterios de acción que dichos aportes sugieran.

Todo esto con el ánimo de contribuir a una mejor comprensión y vivencia del auténtico significado de las celebraciones rituales cristianas y su importancia en la vida de fe de los creyentes en el mundo de hoy.

1. Justificación

En la actualidad es cada vez más notoria la impresión de asistir a la época de un cristianismo de ritos cansados y envejecidos, ritos usados una y otra vez que parecieran no comunicar lo que significan a los católicos de hoy. Esta actitud podría estar motivada entre otras cosas por una pérdida de la relación significado-significante, propia de toda representación simbólica de la cual los ritos no son la excepción; a lo anterior se le puede añadir también la poca formación en materia ritual en los fieles, que necesariamente deriva en una mala interpretación o mal entendimiento de lo que es propiamente un rito y de lo que este comunica.

En las primeras comunidades cristianas, de manera especial en las de origen paulino, se denota cómo la esperanza está firme, la posible proximidad de la venida de Cristo, motivaba a que esto fuera así. No obstante, con el devenir de los siglos, muchos fieles parecieran hoy no mantenerse firmes en dicha esperanza, es más, se hace patente la asistencia a una época de marcada desesperanza, aun cuando la Iglesia sigue constante, y esto se refleja en una poca motivación por la vida celebrativa, la devoción, los actos religiosos, lo que estaría relacionado con la disminución de una vida activa de participación consciente y comprensión auténtica de los misterios de fe y de los ritos.

Así pues el presente trabajo busca brindar luces pastorales que permitan fortalecer la vida ritual cristiana del creyente de hoy, de tal manera que los aportes encontrados tras la investigación constituyan herramientas válidas y eficaces para presentar y hacer vida el mensaje cristiano a través de las celebraciones mismas que, entre otras cosas, alimentan y acrecientan la fe de los hombres, contribuyendo a la elaboración de una respuesta al problema de la relativización cultural que se evidencia hoy en día.

2. Planteamiento del problema

La participación y vivencia de la vida ritual cristiana católica parece actualmente estar desconectada de las realidades profundas que los ritos contienen, sus signos y símbolos extraídos de hechos fundantes que expresan la manifestación de lo divino en el mundo del hombre, de acciones del pasado, e incluso del pensamiento, costumbre y cultura de una época que se aleja por muchos siglos de la actual, parecen ser poco efectivos en su misión de comunicar a Dios con el hombre y al hombre con Dios en el mundo de hoy.

Esto ha ocasionado que no pocos tengan las celebraciones rituales como encuentros que no están íntimamente conectados con su vida espiritual; esta problemática puede tener sus raíces en la desilusión del hombre actual que, cansado de muchos intentos de fundamentar su esperanza en las capacidades propias y ávido de reafirmarse a sí mismo, rechaza todo aquello que se le presente como ajeno, de lo que no provenga de sí mismo.

De esta manera las actividades rituales pueden ser tenidas como aburridas para algunos, desconectadas de las realidades profundas que estas contienen para otros, eventos sociales, actos sagrados desconectados de la vida del hombre, tradiciones antiguas nada relevantes para hoy, o simplemente buenas costumbres que vale la pena mantener, sin que esto no signifique que aún hoy existan creyentes que las comprenden como importantes en la religación con Dios y con el prójimo y como alimento para la vida de fe.

Se requiere entonces explorar algunas ideas que contribuyan a comprender el significado íntimo y profundo de las celebraciones rituales cristianas y su importancia en la vida de fe de cada uno de los creyentes y cómo hacer para recuperar el sentido propio que estas celebraciones deben tener y aportar a la vida del cristiano. Estas ideas deben estar ante todo encaminadas a recuperar el valor intrínseco de los ritos y a identificar la manera de hacerlos más comprensibles y vinculantes para el hombre de hoy.

Con el ánimo de identificar aportes en este sentido vale la pena fijar la mirada en las primeras comunidades cristianas, su origen, su contexto, su desarrollo, y de manera especial el modo como vivían los ritos que celebraban y la comprensión de esperanza que tenían y como dicha comprensión afectaba su vida misma, en definitiva, mirar la naturaleza de la relación ente esperanza y ritualidad y su injerencia en el modo de vivir y de actuar de los primeros cristianos.

Es así como surge la inquietud por saber ¿Qué aportes se pueden tomar de la relación entre esperanza y ritualidad, presente en el cristianismo primitivo (siglos I, II y III), para el fortalecimiento de la vida ritual cristiana hoy?

3. Objetivos

3.1 Objetivo general

Identificar los posibles aportes que brinda la relación entre esperanza y ritualidad, presentes en el cristianismo primitivo [siglos I, II y III], para el fortalecimiento de la vida ritual cristiana hoy.

3.2 Objetivos específicos

- Presentar el contexto, origen y desarrollo ritual del cristianismo primitivo.
- Analizar la evolución de la comprensión de Esperanza en los primeros cristianos y su influjo en la vida práctica de los mismos en materia litúrgica y ritual.
- Condensar los aportes que tiendan al fortalecimiento de la vida ritual cristiana hoy a partir de la relación Esperanza-rito presente en el cristianismo primitivo.

4. Estado del arte

Las prácticas rituales componen una de las vertientes fundamentales de no pocas religiones alrededor del mundo, por medio del rito se manifiesta aquello que se cree y también se expresa de manera visible la fe de quienes profesan determinada religión. El cristianismo se embellece con sus nutridas prácticas rituales que en conjunto forman la denominada liturgia, de la cual la Eucaristía, principalmente, y los demás sacramentos, conforman el aspecto esencial.

El punto de partida ritual en el cristianismo se encuentra en el seno de las primeras comunidades cristianas, en los albores de nuestra era. En ese contexto, no pocos conversos se preocupaban por las realidades futuras y veían en el cristianismo una fe acertada y esperanzadora, es así como las primeras actividades culturales como el bautismo y la fracción del pan revisten un amplio carácter escatológico a la luz de la muerte y resurrección de Cristo y se dirigen a hacer visibles las realidades invisibles que introducen y guían al hombre en su caminar hacia la vida eterna.

Al ser este un tema fundante en la fe cristiana, mucho se ha hablado a lo largo de la historia sobre ritos, culto y liturgia; empero la pretensión propia de este trabajo se encamina a identificar el rol de la esperanza en la construcción y la vivencia de la ritualidad cristiana en la antigüedad a fin de extraer algunos aportes para el fortalecimiento de la vida ritual cristiana hoy, teniendo en cuenta también el papel de la esperanza en el imaginario cristiano del hombre actual.

A partir de dicha pretensión, se ha querido indagar sobre algunos libros y publicaciones que aborden el tema, total o parcialmente y que aporten para el desarrollo del trabajo investigativo. A este respecto se relacionan a continuación algunos materiales bibliográficos y sus aportes para el desarrollo de este trabajo, integrando así las últimas tendencias respecto a la materia a tratar.

Se encuentran algunos diccionarios que se convierten en base para iniciar la investigación, tales como el Diccionario de Espiritualidad Tomo I, de Ancilli, que define la palabra «esperanza», de manera especial desde tres ejes fundamentales, la Sagrada Escritura, el concilio Vaticano II y la disciplina teológica, este triple alcance de la definición de esperanza resulta importante como base para comprender su rol en la configuración y vivencia de las prácticas rituales cristianas. También el Diccionario de Liturgia de Sartore, D. & Triacca, que permite acercarse a la definición de «rito», de capital importancia como fundamento para la construcción del trabajo.

En el mismo orden de obtener una definición de rito y esperanza, el magisterio de la Iglesia, por medio del Catecismo de la Iglesia Católica, presenta la esperanza como el anhelo de la vida eterna y desarrolla su relación con las otras virtudes teologales, indicando especialmente su dimensión escatológica. Lo propio también aporta en torno al concepto de Rito, en cuanto lo identifica con tradiciones litúrgicas.

Además de estos materiales básicos que aportan una definición de las temáticas generales fundamentales del trabajo, se encuentran también otras fuentes que profundizan, actualizan y relacionan entre sí las temáticas generales.

Referente a la dimensión ritual del hombre aparece un autor que ofrece aportes importantes para este trabajo investigativo, el filósofo e historiador de las religiones Mircea Eliade, con sus libros *Mito y Realidad* y *Lo sagrado y lo profano*, en el primero de estos libros Eliade aborda la capacidad del hombre de buscar una explicación para su realidad y conectarla con el todo, hasta el punto de crear una «historia sagrada» que aborda el origen, desarrollo y finalidad del mundo mismo en un sistema de comprensión específico; siendo así que el mito viene a ser el resultado de la necesidad íntima del hombre de conectar lo visible con lo invisible y encaminarlo hacia aquello que espera. En el segundo libro explica cómo, a través de las prácticas rituales, las acciones adquieren otros significados sin dejar de ser lo que son «hierofanía», así pues, el entramado ritual de una religión viene a comunicar al hombre aquello invisible a partir de acciones y palabras concretas que expresan y a la vez configuran su fe.

En torno al tema de la Esperanza se encuentran algunos textos que se esfuerzan por definir la idea de Esperanza, explicarla y colocarla en contexto con la vida y el pensamiento cristiano, así pues es importante tener en cuenta libros como *Esperanza en una época de desesperanza* de Albert Nolan que aborda el tema de una sociedad necesitada de esperanza, describe cómo es el hombre desesperanzado de hoy y a la vez muestra a Cristo como fundamento de la esperanza cristiana, presentado una idea de cómo ha de ser y se ha de vivir la esperanza cristiana hoy y qué tareas trae consigo para el hombre esta esperanza cristiana; este aparatado sirve de manera especial para comprender la vivencia de la esperanza en la actualidad y así identificar la relación entre esperanza y rito hoy.

Otro documento significativo resulta ser la Carta encíclica *Spe Salvi* del papa Benedicto XVI, dirigida a todos los cristianos. Esta carta aborda el tema específico de la esperanza cristiana, para lo cual el pontífice se encarga de mostrar el concepto de esperanza a partir de las Sagradas

Escrituras, tanto en la tradición judía como en los escritos del Nuevo Testamento y las primeras comunidades cristianas, para luego manifestar la relación directa e íntima que existe entre fe y esperanza, la dimensión comunitaria y escatológica de la esperanza cristiana, y también la vivencia de esta en el mundo moderno. Esta encíclica condensa la definición que sobre esperanza aporta el magisterio de la Iglesia.

Las cartas a los tesalonicenses atribuidas a san Pablo componen uno de los escritos bíblicos que más abordan este tema de la esperanza, para analizar dichos escritos y la vivencia misma de la esperanza en dicha comunidad primitiva de cristianos resultan significativos los trabajos de Gil Arbiol con su estudio sobre Primera y segunda carta a los tesalonicenses, Trimaile con La primera carta a los tesalonicenses y Velasco Arias con su estudio sobre La escatología en las dos cartas a los tesalonicenses.

Esperanza a pesar del mal de Andrés Torres Queiruga permite conocer también el ámbito ontológico y actual de la esperanza; por su parte Gustavo Baena con su artículo sobre Esperanza en la vida cristiana permite el acercamiento desde la revelación bíblica y la vida de los cristianos a la esperanza y su comprensión por parte de estos.

Juntos todos los textos relacionados ayudan a robustecer el concepto de esperanza, comprender su fundamento judío y su paso a las primeras comunidades cristianas y la vivencia al interior de las mismas, a la vez que permiten entender la situación actual de la esperanza en la cristiandad.

También es pertinente el libro Historia de las religiones de Manuel Guerra Gómez, que en su capítulo 8 aborda el tema de las relaciones místicas y sus ritos, a partir de las cuales se comprende el contexto ritual del cristianismo y su relación con dichas religiones. Matías Augé con su libro Liturgia, historia, celebración, espiritualidad permite conocer el espíritu que inspiró la configuración y desarrollo de los ritos cristianos, aspecto al que también están presente en la obra de Ramos-Lissón con su libro La fe de los primeros cristianos.

Precisamente referente al Cristianismo Primitivo, su vida, su ritualidad y su idea de esperanza, aparecen libros tales como Religión de los primeros cristianos: Una teoría del cristianismo primitivo, de Theissen, que de sus 5 capítulos se encuentran especialmente interesantes el tercero y el cuarto, estos hablan del lenguaje ritual del cristianismo primitivo en la génesis de los sacramentos y de la religión cristiana primitiva como mundo semiótico autónomo. Ambos apartados permiten conocer la comprensión y formación de las prácticas rituales cristianas en la

primitiva comunidad, de tal modo que posibilitaría la identificación de una relación entre rito y esperanza en la antigüedad cristiana, punto indispensable en el desarrollo del trabajo.

Resulta relevante del autor Xabier Basurko su Historia de la Liturgia. Este libro en su primer capítulo abarca el tema del culto en el nuevo testamento ahondando en sus raíces judías y paganas, y en el capítulo 2 aborda la era de los mártires, centrándose también en la configuración de las prácticas rituales ad intra del cristianismo y los primeros testimonios que de estas prácticas tenemos, de manera que esta obra presenta la experiencia ritual cristiana primero enraizada en el judaísmo y luego su progresiva evolución hasta la independencia y fortalecimiento, resultando muy pertinente en aras a comprender el mundo ritual de las primeras comunidades cristianas.

La Didajé y la tradición apostólica, recogida en la colección de cuadernos Phase, así como la compilación de los principales escritos de los padres apostólicos recogidos por Ruiz Bueno en su libro Padres apostólicos y apologistas griegos (s. II) se convierten en los principales testimonios para entender de primera mano la naturaleza, el orden y la práctica de los principales ritos del cristianismo primitivo y de toda la vida de la cristiandad de los primeros siglos.

Importante es también el libro Introducción al Cristianismo Primitivo de Pau Figueras, que hace un acercamiento histórico al contexto propio en el que nace el cristianismo, la influencia que recibe del mismo y toda la tradición que hereda, a la vez que muestra su particularidad y cotidianidad.

Finalmente, para entender la comprensión actual del rito cristiano y el estado de la relación esperanza-rito hoy, la obra de Joseph Ratzinger Introducción al espíritu de la liturgia resulta pertinente en tanto que refleja la naturaleza de toda la liturgia hoy.

De este modo, los libros relacionados vienen a conformar un selecto grupo de trabajos que muestran las tendencias y reflexiones actuales frente al tema del rito y la esperanza y posibilitan construir una base conceptual para el desarrollo del proyecto investigativo en cuestión.

5. Marco referencial

5.1 Marco contextual

En la actualidad, el mundo se mueve a un ritmo acelerado en el que el hombre ha caído preso, los adelantos tecnológicos, la inmensa variedad de ofertas, característica del capitalismo y la libre competencia económica, han puesto al ser humano en la coyuntura de querer e incluso necesitar las cosas al instante; si se quiere buscar una palabra que exprese la forma como se vive hoy, inmediatismo resultaría apropiada para referirse a los tiempos actuales.

No cabe duda que estos progresos tecnológicos y esta gran variedad de cosas y situaciones han llegado para facilitar la vida del hombre, no obstante, han traído consigo algunas problemáticas que le son inherentes; el afán de llevar una vida rápida y acomodada ha colocado al hombre frente a un estadio de egocentrismo en el cual lo único importante es aquello que redunde en beneficio personal o contribuya para el propio crecimiento, o quizás, el crecimiento de aquellos que le son allegados.

De ese modo las expectativas humanas se basan en seguridades, garantizar dinero, garantizar seguridad, garantizar estudio, garantizar bienestar; pero dichas seguridades no son absolutas y cuando entran en conflicto le hacen ver al hombre cómo lo que este creería su felicidad se transforma en su propia miseria, expresada en la incapacidad de controlar todas las variables que intervienen en su propia vida.

También los avatares del mundo moderno han contribuido a que el hombre pierda la confianza en el otro y en las instituciones; injusticias, violencia, corrupción, inseguridad, competencia desleal, engaños y abusos por parte de quienes ostentan alguna clase de poder han introducido al hombre en una dinámica de sálvese quien pueda que lo impulsa a preocuparse únicamente por sus intereses personales; si bien estas mismas cosas pueden ser en sí una invitación seria a preocuparse por la construcción de un mundo mejor, a simple vista el resultado parece ser diametralmente opuesto.

La sociedad moderna se encuentra sin horizonte, sin puntos de referencia que la orienten, que ha generado incluso a una globalización de la indiferencia, en la que todo lo que pase con el otro carece de importancia en cuanto no afecte de manera directa las seguridades personales; la apatía democrática de muchos pueblos viene a ser un indicador de cuán profundo ha calado esta

indiferencia globalizada, la ilusión por una sociedad mejor se ha perdido, los ciudadanos se dedican, en el mejor de los casos, a ir cada tanto a las urnas con poca conciencia del voto que están emitiendo, mientras los políticos se han convertido en simples administradores, sino bufones y corruptos, la institucionalidad ha visto reducida la confianza que el hombre deposita en ella, ni siquiera las instituciones eclesíásticas escapan a esta realidad. Se asiste entonces a la era de un hombre vaciado de contenido.

La vida misma del hombre se ha vuelto insensible y pesada a causa de la falta de aquel estímulo que es la esperanza, el estrés se ha convertido en una de las enfermedades del siglo XXI, el hombre ha entrado en una actitud de desidia y cansancio que indiscutiblemente produce pereza y pérdida del sentido de la vida.

«Según prestigiosos psiquiatras, está creciendo entre nosotros un tipo de hombre «rebajado» de su contenido humano. Un hombre light. Como esos productos modernos, ligeros de calorías y atenuados en su fuerza natural: café descafeinado, leche descremada, tabaco sin nicotina. Un hombre interesado por muchas cosas, pero solo de manera epidérmica. Muy atento a todo lo pragmático, pero con poca hondura. Un ser trivial y ligero, cargado de tópicos, con poca consistencia interna, que camina por la vida sin criterios básicos de conducta. Al sexo se le llama amor, al placer, felicidad; a los programas televisivos, cultura».
(Pagola, 1996, p. 79)

En este ambiente la idea constitutiva de esperanza, aquella que estimula la existencia humana y la impulsa hacia la construcción de un futuro mejor, parece haber pasado a un segundo plano; el placer y el facilismo han venido para ocupar un lugar importante en la vida del hombre de hoy, lo que desencadena la permisividad que ataca las verdades absolutas y favorece la aparición de nuevos “derechos fundamentales” totalmente contrarios a las normas y códigos de comportamientos.

La notable disminución en la preocupación por el bien común detona también una pérdida de sentido de la vida y de esperanza en el hombre porque la esperanza compone la venida del Reino de Dios a la tierra, es decir que se haga la voluntad de Él, y la voluntad de Dios no es otra que el bien común, «el objeto de la esperanza cristiana es, por tanto, el bien común»
(Nolan, 2010, p. 27)

La inestabilidad en el fundamento de la esperanza en la vida del hombre es causa de deterioro en todo su contexto, siendo la esperanza aquel motor que moviliza la actividad humana, la falta

de esta coloca al ser humano en una situación en la que el futuro viene a ser un espejismo y la historia una sucesión de hechos que no conducen a ninguna parte, en este aspecto la caída de sistemas y regímenes que aparecieron como un verdadero camino a seguir pero que se degradaron con el tiempo, ayuda a reforzar la sensación de una historia que se encamina al fracaso.

Toda esta situación de la esperanza en la actualidad hace mella en la vida del hombre y de esa manera afecta cada una de sus acciones, aunque no lo parezca, es así que «Cuando en una sociedad la esperanza se debilita, la vitalidad decae, la vida corre el riesgo de degradarse. Lo mismo ha de decirse de la comunidad cristiana». (Pagola, 1996, p. 74) Si el hombre vive con una esperanza débil, su misma fe ha de ser débil y toda su participación en la vida ritual se encontrará en la misma situación.

Es así como se entiende el hecho de que muchos cristianos católicos lo sean solo de nombre y tradición, pero no lleven una práctica activa de su fe, se abstengan de las celebraciones y no comulguen con algunos de los postulados católicos. Incluso en muchos de los que llevan una vida celebrativa parcialmente activa (participan de eucaristías y otros encuentros rituales) se evidencia una desconexión entre aquello que creen y celebran y la forma como viven; para estos el culto ha sido relegado a lo externo y ha dejado de comunicar lo que significa. La crisis de la esperanza se vuelve también una auténtica crisis de fe.

Frente a este desánimo celebrativo en la ritualidad cristiana causado por la pérdida de la esperanza que azota al hombre de hoy solo queda una pregunta ¿Qué se debe hacer para rescatar y fortalecer la vida ritual de hoy? Si la crisis es una crisis de esperanza, la respuesta tiene que venir del redescubrimiento de la esperanza misma, en este punto resultan particularmente interesantes las palabras del Papa Francisco cuando afirma:

«Él siempre puede, con su novedad, renovar nuestra vida y nuestra comunidad y, aunque atraviese épocas oscuras y debilidades eclesiales, la propuesta cristiana nunca envejece. Jesucristo también puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y nos sorprende con su constante creatividad divina. Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual. En realidad, toda auténtica acción evangelizadora es siempre «nueva»». (Francisco, 2013, pág. 11)

Por lo tanto, si se quiere identificar aportes que iluminen la vida ritual de hoy, un camino efectivo es volver a la fuente para identificar esa frescura original que dio paso a la configuración y fortalecimiento de la vida celebrativa en las primeras comunidades cristianas.

En este orden de ideas el espectro se amplía hacia el pasado, de frente a las primeras comunidades cristianas y su vida celebrativa. Los primeros cristianos vieron la luz en un contexto pluricultural, en el cual confluían el mundo judío, el griego y el romano, los tres inciden en la configuración de lo que más adelante sería la liturgia cristiana.

El cristianismo primitivo, inspirado en Jesús, busca alejarse del extremo formalismo cultural y reconoce a Jesús como fundamento de su culto, este fundamento se especifica en la muerte y la resurrección de Jesús, toda celebración cristiana viene a ser un memorial de la muerte y resurrección de Cristo y una promesa de la realidad a la cual el hombre está llamado.

Cristo compone la realidad íntima de la celebración cristiana inicialmente carente de templos, altares o sacerdotes, pero ampliamente rico en la vida cotidiana, las casas vienen a ser los centros de reunión, Iglesia doméstica, en los cuales los cristianos se encuentran para la lectura de los libros sagrados y la fracción del pan, nombre con el que denominaba a la Eucaristía, teniendo como punto departida el bautismo, que exige la evangelización y la conversión.

Si la raíz del culto cristiano viene a ser el culto judío, con su memorial y su dimensión escatológica hacia la liberación definitiva, y a su vez la muerte y resurrección de Cristo componen el centro de gravedad de la fe y la celebración ritual cristiana, resulta evidente que el cristianismo está inmerso en una dimensión escatológica, el cristiano reconoce que está destinado a la vida eterna, y esta esperanza lo motiva a asumir un estilo de vida propia, según las enseñanzas de Jesús, cumpliendo con sus deberes personales y sociales y siendo asiduos en la oración y el ejercicio de la caridad.

5.2 Marco conceptual

En el desarrollo del trabajo aparecen algunos términos que se consideran claves en tanto encierran el espíritu mismo de la investigación, siendo la pretensión principal de este proyecto identificar algunos aportes a partir de la relación de esperanza y ritualidad del cristianismo primitivo a la vida ritual de hoy, se hace necesario tener claridad en términos como Esperanza, Rito, Liturgia, y participación (de los fieles) los cuales se entienden de la siguiente forma:

- **Esperanza:** En este trabajo el término esperanza hace referencia específicamente a esperanza cristiana, a menos que se especifique lo contrario; así pues, la definición de esperanza utilizada es: “virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo” (Santa Sede, 2000, p. 616).
- **Rito:** El término rito se presenta desde una connotación plenamente religiosa, ligado a la práctica de la liturgia, trayendo consigo la idea de una normatividad y orden específico que debe respetarse y observarse en ánimo de comunicar de manera eficaz las realidades metafísicas que implica la vida de fe. Dado a la falta de una definición específica y concreta del término en los documentos para la Iglesia latina, se acude al código de cánones de las Iglesias Orientales para entender el rito como “el patrimonio litúrgico, teológico, espiritual y disciplinar, distinto de la cultura y de las circunstancias históricas de los pueblos, y que se expresa en el modo de vivir la fe que es propio de cada Iglesia sui iuris” (Cfr. Cánón 28) (Santa Sede, 1994, p. 35). En otras palabras, el rito es la manera como un pueblo celebra, vive y practica su propia fe.
- **Liturgia:** Es, según lo presenta la encíclica *Mediator Dei*:
 «El culto público que nuestro Redentor, como cabeza de la Iglesia, rinde al Padre, y también el culto tributado por la sociedad de los fieles en su cabeza y, por Él, al Padre eterno, en una palabra, el bulto integral del cuerpo místico de Jesucristo, es decir de la cabeza y de los miembros» De esta definición y de toda la encíclica en la que ésta se inserta resulta: 1. que la liturgia es una función cultural pública; 2. que este culto asciende al Padre celestial, en cuanto que su sacerdote es fundamentalmente Cristo ; 3. que todos los fieles están asociados a Él, jerárquicamente desde luego, es decir, según las diversas funciones que el mismo Redentor ha distribuido en el cuerpo de la Iglesia; 4. que este culto tiene a Cristo (vivo sacramentalmente en la Iglesia) como objeto inmediato y también como primer sujeto, en cuanto que Cristo, al asociarse en él a los suyos, hacer subir en él su homenaje hasta el Padre. (Bouyer, 1973, pág. 408)
- **Participación (de los fieles):** A todo fiel cristiano se le exige una participación activa y consciente en las celebraciones litúrgicas, esto indica que la participación no ha de ser “una mera presencia, más o menos pasiva, sino que se debe valorar como un verdadero ejercicio

de la fe y la dignidad bautismal”. (Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, 2004). Así pues, un fiel participa en la celebración no solo cuando realiza funciones litúrgicas específicas, sino también cuando de manera consciente toma parte de las aclamaciones, las respuestas, los salmos, los cantos y los gestos y posturas, incluido el silencio.

6. Diseño metodológico

La metodología que se utilizará para el desarrollo del trabajo será la cualitativa, con el fin de realizar una descripción de la problemática y de los factores que inciden en la investigación para exponerlos y obtener una profunda comprensión que permita identificar y generar aportes desde la relación esperanza–ritualidad en el cristianismo primitivo para el fortalecimiento de la vida ritual cristiana hoy.

Para el desarrollo del trabajo se utilizará el método teológico ver-juzgar-actuar, este atravesará toda la investigación, con el objetivo de poseer las herramientas pertinentes para describir la realidad y los contextos primitivo y actual de la vida ritual cristiana, de modo que se facilite el análisis de la situación a partir de la confrontación de ambos contextos para finalmente extraer los aportes que consientan el fortalecimiento de la vida ritual cristiana hoy, no obstante, se utilizarán algunas herramientas del método histórico-crítico para realizar un breve acercamiento hermenéutico a una perícopa de la primera carta a los tesalonicenses.

Este método teológico ver-juzgar-actuar, de corte empírico e inductivo, hunde sus raíces en los movimientos de renovación eclesiales del siglo XX, especialmente la Juventud Obrera Católica, que lo conocían como revisión de vida, su objetivo es siempre suscitar una acción transformadora de la realidad que surja de las mismas problemáticas y de la interpretación concienzuda de las mismas.

Este método:

“Comprende metodológicamente tres momentos fundamentales que corresponden a ver, juzgar y actuar, o examinar, comprender y colaborar. Dicho de otro modo, abarca tres aspectos: encuentro, verificación y compromiso, o realidad experimentada, realidad transfigurada en la fe y realidad transformada en la caridad” (Floristán, 1998, p. 200-201).

La llamada teología de la liberación también ha utilizado este método para llevar a cabo su reflexión desde el pobre y desde las necesidades particulares de América latina. El concilio Vaticano II lo usó para examinar la Iglesia misma en su intención de responder a los avatares que afrontaba. La Conferencia Episcopal Latinoamericana desde su reunión en Puebla ha utilizado este método para el análisis del contexto, la reflexión de la realidad propia y la elaboración de líneas de acción pastoral para la promoción del entorno.

El primer paso, ver, nace de la observación de la cotidianidad que se quiere estudiar, “equivale al análisis de la realidad, a la captación de los acontecimientos, al examen de los *signos de los tiempos*, a la percepción de los *hechos de vida*” (Floristán, 1998, p. 201). En este trabajo se pretende a partir de este paso observar la realidad del cristianismo primitivo, su vida cotidiana, sus acciones propias, con el ánimo de identificar el contexto, el origen y el desarrollo ritual, así como la comprensión de esperanza dentro del mismo.

El segundo paso, referente al juzgar, tiene que ver con la interpretación de los acontecimientos observados “equivale a la reflexión de la fe sobre la realidad, es decir, al juicio cristiano, mediante el cual se trata de ver la realidad a la luz de la fe o de la palabra de Dios” (Floristán, 1998, p. 202). Esto se llevará a cabo en el análisis de la evolución de la idea de esperanza y la acción de esta en la vida del creyente, desarrollada específicamente en el segundo capítulo.

El tercer paso de la metodología es el actuar, que se orienta a la transformación de la realidad, “equivale a las pistas de acción” (Floristán, 1998, p. 202). Este paso permitirá que la investigación recurra a lo observado y analizado en los dos primeros capítulos con el ánimo de conocer la naturaleza de la relación entre esperanza y rito del cristianismo primitivo, y en un tercer capítulo confrontarlos con la vida de hoy e identificar aportes que permitan el fortalecimiento del contexto actual y líneas de acción que se conviertan en derroteros para una auténtica transformación de la realidad observada, a partir de la iluminación que brinda el pasado.

7. Capítulo I: Ritos en el cristianismo primitivo

Los ritos componen los actos que los hombres realizan para rendir culto a Dios, estos siempre han de ser ordenados porque provienen de una realidad divina que se los ha dado a partir de la irrupción en el mundo y no son una creación humana arbitraria. De esta manera es necesario realizar un acercamiento a los ritos del cristianismo primitivo, así como el contexto origen y desarrollo ritual de este cristianismo con el fin de entender como estos actos se configuraron e incidieron en la vida misma de los primeros creyentes.

7.1 Acercamiento a los ritos en el cristianismo primitivo siglos I, II y III

Con el ánimo de comprender los ritos en el cristianismo en los siglos I, II y III d.C. y la configuración de los mismos en el ámbito de la liturgia, este apartado se dedica a abordar el interés del ser humano por la trascendencia y a analizar las diferentes perspectivas desde las cuales se han elaborado acercamientos al estudio de los ritos cristianos primitivos.

7.1.1 El Cristianismo y la pregunta por lo sagrado.

La cuestión de lo trascendente ha despertado la curiosidad del hombre desde el inicio de los tiempos, esta inquietud lo ha llevado a evocar lo divino de varias maneras y a través de diversas mediaciones; esto es así porque el hombre en su inmanencia posee también una dimensión trascendente que despierta su curiosidad por saber acerca de sí mismo, de su origen, su finalidad, pero también por saber del otro y del absolutamente Otro. Dichas maneras de evocar lo divino pasan por el campo de la experiencia propia, de la creencia en una idea específica, de los intentos de comprensión de aquello en lo que se cree, del comportamiento y las acciones específicas a las que lo invita aquello en lo que cree, y de los ritos con los que expresa de manera específica su relación con la divinidad. Matías Augé así lo expresa en su Liturgia: historia, celebración, teología, espiritualidad:

El hombre religioso, para entrar en contacto con la divinidad, entresaca de la vida –es decir, del llamado mundo profano– gestos, personas, espacios y tiempos, los carga de valor

simbólico y los considera un lugar privilegiado del encuentro con la divinidad. Se forma así el ámbito de lo sagrado. (Augé, 1995, p. 17)

Este ámbito de lo sagrado, que emerge desde la misma experiencia vital del individuo, va poco a poco configurándose, nutriéndose de elementos (historias, acontecimientos, gestos) que enriquecen la comprensión de aquello que se ha experimentado hasta el punto de transformarlo en un hecho de fe y dotarlo de ciertas características, normas, modos de ser, que le son propios y peculiares, la llamada actividad ritual en la que el hombre entra en contacto con esto sagrado.

A este respecto muchos autores se han preguntado por el entramado ritual de las religiones, su génesis, su configuración, su finalidad. Mircea Eliade, por ejemplo, en su libro *Lo sagrado y lo profano*, habla de la capacidad, más bien necesidad, que tiene el hombre de buscar una explicación a su realidad propia y conectarla con el todo, hasta el punto de identificar una historia sagrada que aborda el origen, desarrollo y finalidad del mundo y de sí mismo, conectando lo visible con lo invisible y dirigiéndolo hacia aquello que espera; en este proceso de conexión comprende que hay algo más en su mundo, algo distinto a lo profano (secular), lo sagrado, pero esto sagrado se le manifiesta por iniciativa propia en su experiencia vital a través de los objetos del cosmos, a partir de un proceso compuesto de sucesivas acciones y acontecimientos que se van entrelazando.

El hombre entra en conocimiento de lo sagrado porque se manifiesta, porque se muestra como algo diferente por completo de lo profano. Para denominar el acto de esa manifestación de lo sagrado hemos propuesto el término de *hierofanía*, que es cómodo, puesto que no implica ninguna precisión suplementaria: no expresa más que lo que está implícito en su contenido etimológico, es decir, que algo sagrado se nos muestra. (Eliade, 1981, pp. 10-11)

De lo dicho por Eliade se comprende que la capacidad de identificar lo sagrado dentro de lo secular es producto de una hierofanía, en la cual el objeto o acontecimiento, sin dejar de ser lo que es, se convierte a su vez en otra cosa y adquiere un nuevo significado; esto es así porque el hombre desde tiempos arcaicos es capaz de identificar lo sagrado en el cosmos, es un *homo religiosus* (hombre religioso, capaz de lo divino, de identificar y comprender una manifestación de lo sagrado en el mundo) y en lo sagrado encuentra respuesta a sus inquietudes fundamentales. Lo sagrado irrumpe en el mundo, se manifiesta en él, pero le da un nuevo significado al espacio donde se presenta, la hierofanía tiene la facultad de otorgar un valor nuevo y trascendente que se opone a lo profano pero que se vale de él para producir una nueva forma de estar en el mundo, de

aquí se entiende que la experiencia de lo sagrado que el hombre tiene esté profundamente ligada a su historia, su cultura, su forma de organización social y hasta su economía.

Lo sagrado al irrumpir en el mundo se configura en mito, es decir, la narración de un acontecimiento fundante que revela un misterio; pese a las disertaciones ya presentes en el mundo grecorromano que consideran reducen el mito a una historieta, fábula o invención y lo rechazan como fuente de conocimiento, las sociedades antiguas reconocen el mito como relato verdadero y sagrado de un hecho fundacional cósmico que establece a la sociedad misma y le da significado como lo dice Eliade en su libro *Mito y Realidad*: “los mitos relatan no sólo el origen del mundo, de los animales, de las plantas y del hombre, sino también de los acontecimientos primordiales a consecuencia de los cuales el hombre ha llegado a ser lo que es hoy” (1991, p. 8).

Estos mitos que narran lo sagrado se hacen presente en el tiempo siempre que se rememoran y se reactualizan, es decir se viven a partir de una experiencia religiosa asistiéndose nuevamente a los sucesos que el mito relata, creando un espacio diferente en la vida ordinaria del hombre, espacio que este reconoce también como sagrado y que reviste de unas actitudes externas que le son propias en virtud de su importancia, esta reactualización en el tiempo hecha en un espacio específico y de una manera determinada viene a conformar el rito.

El cristianismo, desde su llegada quiso justificar su historicidad para desligarse de la idea ya tergiversada del mito como invención, no obstante conserva muchos acontecimientos fundantes (sagrados) que irrumpen en el mundo y que generan una nueva forma de religación con Dios; de este modo aunque hay un gran esfuerzo por determinar la veracidad histórica de la vida de Jesús y de sus actos, ciertamente hay evidencias históricas que demuestran su existencia, se hace patente en los relatos sobre su vida el hecho de que en él se da el cumplimiento de las profecías y sus actos son la exposición de acontecimientos de plano espiritual, todos de gran interés para quienes escribieron los evangelios.

Sobrepasa entonces el cristianismo el tiempo cósmico de los mitos antiguos e integra sus acontecimientos en la historia, con la encarnación del verbo se ve la originalidad de reconocer un acontecimiento fundante en un hecho histórico concreto, de manera que revestido de características similares a las religiones fundadas en antiguos mitos, el cristianismo reconoce en la persona de Jesús su principal modelo, siendo así que los ritos cristianos buscan recordar la vida de Jesús ya a partir del drama de su pasión, muerte y resurrección.

La experiencia del cristiano se apoya en la *imitación* de Cristo como *modelo ejemplar*, en la repetición litúrgica de la vida, de la muerte y de la resurrección del Señor y en la *contemporaneidad* del cristiano con el *illud tempus* que se abre con la Natividad en Belén y se acaba provisionalmente con la Ascensión. (Eliade, 1991, pág. 79)

Otros autores se dedican a estudiar el tema de lo sagrado a partir de la configuración propia del cristianismo y su mundo circundante; Manuel Guerra, por ejemplo ha estudiado la religiosidad mística, presente desde hacía ya bastante tiempo antes del cristianismo y con una notable influencia en oriente que se expandía por occidente; por religiosidad mística se entiende aquellas religiones cuyos fenómenos estaban marcados por la inefabilidad, es decir la incapacidad de ser comunicados por ser tan profundos y sublimes, más que el afán de ocultismo al que luego fueron ligadas.

Los ritos místicos tenían categoría de símbolo, que podía ser mal interpretado si alguien se fijaba sólo en su significante, elemento inmediato y más fácilmente visible, sin calar hasta su significado, su valor último e intencional, que era el único válido en el contexto místico. La única fuente adecuada de conocimiento era la vivencia, su «celebración», dentro del ambiente íntimo de la experiencia sacral. (Guerra Gómez, 1999, p. 133)

Por tanto, no resulta extraño que los cristianos fueran acusados por aquellos que no pertenecían a la comunidad de antropófagos, apatrios, y otras tantas acusaciones sin fundamentos basadas únicamente en el signo y sin calar en el significado de lo que se está diciendo y haciendo, acusaciones notablemente impulsadas por el desconocimiento producto de la inefabilidad del misterio.

Theissen (2002) aborda el lenguaje ritual del cristianismo primitivo, envuelto en signos que reflejan el sentido mismo de esta religión, la ordenan y la hacen incluyente, dice que “su material consta de signos en tres formas distintas: un lenguaje narrativo que incluye el mito y la historia; un lenguaje prescriptivo que incluye normas y principios de valor; y un lenguaje ritual que incluye principalmente los sacramentos cristianos primitivos: bautismo y cena” (p. 151).

Pau Figueras en su Introducción al cristianismo primitivo busca recoger el contexto histórico en que emerge el cristianismo, exponiendo el fondo judío del mismo y la naturaleza de dicho judaísmo, envuelto en estructuras políticas determinantes, fuerte irrupción de culturas extranjeras (helénica y romana) con una clara centralización de su culto pero a la vez con sinagogas como sitios de encuentro para las asambleas y también disperso por vastas regiones del Imperio,

dividido internamente en sectas; habla también de las fuentes sobre el cristianismo primitivo que ayudan a documentar su origen y su evolución histórica, para finalmente llegar a la configuración del culto y la liturgia cristiana con serias influencias del culto judío, de los ritos paganos, de las demás religiones místicas, pero con la consciencia de una auténtica novedad que los diferencia de cualquier otra religión existente en el momento, la persona de Jesucristo.

En su Historia de la liturgia Xabier Basurko también estudia la evolución del culto en el cristianismo desde sus raíces judías y paganas, exponiendo las prácticas rituales *ad intra* del cristianismo y los primeros testimonios que hay sobre las mismas, a la vez que señala el camino de evolución hasta la independencia y fortalecimiento del culto cristiano.

Finalmente se encuentran algunos autores antiguos, conocidos como padres apostólicos y apologistas, tales como Ignacio de Antioquía, Bernabé, Justino, Clemente Romano y escritos como la *Didajé* y la Tradición apostólica de San Hipólito, quienes al vivir en los albores del cristianismo y estar inmersos en los avatares de la misma, exponen, entre otras cosas, la naturaleza de los ritos cristianos, como deben ser practicados, la vitalidad de la fe en Cristo y su culto y el modo de ejecución de los sacramentos, todo esto con el objetivo de aclararle a los primeros cristianos cómo debían vivir su fe y hacerles entender a los demás las prácticas cristianas y la viabilidad de las mismas con la razón y con las leyes del Imperio.

Los anteriores son tan solo algunos de los muchos autores que han abordado el tema de la ritualidad y su naturaleza, de manera especial en el cristianismo, intentando dar respuesta a los diferentes descubrimientos y construcciones que el hombre ha hecho de sus mitos y como estos influyen en su concepción del mundo, su religiosidad, su culto, sus costumbres y su vida misma, no obstante, estas perspectivas ya dejan entrever lo variadas que pueden ser las aproximaciones a una misma materia.

7.1.2 Tipos de acercamiento.

De lo expuesto anteriormente resulta fácil deducir que los diferentes autores que se han acercado al tema de la ritualidad y el mundo cristiano, lo han hecho desde diferentes puntos epistemológicos; se evidencian al menos cuatro tipos de acercamiento que permiten abordar el tema mencionado y que ayudan a entender mejor el contexto, origen y desarrollo litúrgico y ritual en el cristianismo primitivo.

7.1.2.1 Acercamiento apologético.

Un primer tipo de acercamiento a la pregunta por la liturgia y los ritos en el cristianismo primitivo es sin duda el que se identifica en los primeros escritores cristianos; la exposición de la auténtica doctrina de la fe y la cuestión sobre los ritos estuvo presente ya desde los albores del cristianismo en los padres apostólicos como Clemente, Ignacio, Policarpo, Justino, Hipólito, y sus escritos, a saber, la *Didajé* o la Tradición apostólica, que en muchos casos están marcados con fuerte tinte apologético, en defensa de la fe cristiana.

Estos escritores transmiten la predicación y doctrina de los apóstoles, a quienes suceden en el tiempo, y por tanto la predicación de Cristo mismo, lo que otorga un profundo valor a sus escritos que manifiestan la vida de la Iglesia primitiva y su relación frente al paganismo hostil que la circunda y al que también le deben anunciar el mensaje de salvación.

La principal finalidad identificada en este acercamiento es la de exponer, y en otros casos defender, la auténtica doctrina cristiana en todos sus ámbitos, incluido el litúrgico y ritual, frente a las corrientes de pensamiento y la incompreensión del mundo pagano, así como el rechazo del mundo judío, dando un auténtico testimonio de fe. Estos autores exponen la intimidad de la Iglesia, una vez superado el miedo a dar a conocer las realidades más profundas de la fe a la multitud en general, a la vez que responden a las injustas acusaciones que reciben por parte de quienes no los conocen ni comprenden, enfrentándose a peligros que amenazan su propia existencia.

Sus escritos presentan la doctrina cristiana y dedican apartados a habar expresamente de la vivencia de los ritos litúrgicos; en la *Didajé* por ejemplo, que es uno de los escritos más antiguos del mundo cristiano y que presenta lo que se conoce como la doctrina de los doce apóstoles, se encuentran normas litúrgicas en relación al rito del bautismo y como debe ser practicado, y también en relación a la eucaristía, el ayuno, la oración y la necesidad de confesar los pecados para poder estar puro antes de participar del sacrificio, a la vez que hace una exposición de la doctrina cristiana encaminada al temor de Dios y el seguimiento de Cristo para transitar el camino de la vida.

La segunda parte de la *Didaché* (VIII-X), esbozo de liturgia del bautismo y eucaristía, tiene el incomparable interés de permitirnos penetrar en la vida íntima, en el principio vital mismo de una comunidad cristiana salida inmediatamente de manos de los apóstoles. La puerta para

entrar en la Iglesia es el bautismo, al que ha de preceder la instrucción catequética contenida en la primera parte y, como preparación inmediata, un día o dos de ayuno del catecúmeno y hasta del ministro y algunos miembros de la comunidad, que así patentizan su solidaridad espiritual con él. (Ruiz Bueno, 2009, pp. 40-41)

A partir de los datos y fórmulas precisas proporcionadas por la *Didajé* se puede conocer como era el culto de los cristianos que desde el siglo I se reunían el llamado día del sol, para ellos conocido como día del Señor, para recordar la resurrección de Cristo, reunidos todos en una asamblea como comunidad de fe y caridad, leyendo algunos pasajes de los profetas y de otros escritos autorizados que luego vendrían a ser los evangelios, recibiendo una exhortación a partir de lo escuchado y de la vida del Señor y participando de la bendición del pan y el vino, luego de la confesión de los pecados. La *Didajé* XIV 1 dice que “En cuanto al día señorial, el del Señor, cuando os hayáis reunido, partid el pan y dad gracias, después de haber confesado vuestros pecados para que vuestro sacrificio sea puro” (citado por Cuadernos Phase, 1996, p. 20). Estas fórmulas y oraciones permiten comprender la línea de unidad y continuidad en el culto y la liturgia cristiana, hasta hoy obviamente enriquecida con la evolución a través de los años.

San Justino mártir, uno de los principales apologistas griegos, considerado incluso el apologista por excelencia, se preocupa firmemente por demostrar a quienes se oponen al cristianismo y lo acusan sin razón, cual es la naturaleza de la nueva religión; en él se hace patente el sentir de todos los que escribieron en defensa de la fe. Su objetivo es defender a aquellos hombres que son injustamente odiados y perseguidos por el hecho de ser cristianos, acusados de ateos, mentirosos, idolatras, enemigos del Imperio y de la paz, entre otros; para esto hace una exposición de la vida cristiana, su origen, su legitimidad, su fe, sus costumbres, su culto, dando respuesta a las acusaciones y herejías que entorno a ellos se tejían hasta llegar a afirmar con vehemencia sobre sí mismo que es cristiano y que desea que todos conozcan la verdad por medio de su escrito.

En su afán por dar a conocer la doctrina cristiana toca aspectos relacionados con el culto, su apología primera dirigida a los emperadores, hecha hacia el año 150 d.C., indica los pasos a seguir para el bautismo, que también son mencionados en la *Didajé*:

Cuantos se convencen y tienen fe de que son verdaderas estas cosas que nosotros enseñamos y decimos y prometen poder vivir conforme a ellas, se les instruye ante todo para que oren y pidan, con ayunos, perdón a Dios de sus pecados, anteriormente cometidos, y nosotros oramos

y ayunamos juntamente con ellos. Luego los conducimos a sitio donde hay agua y por el mismo modo de regeneración con que nosotros fuimos también regenerados, son regenerados ellos, pues entonces toman en el agua el baño en el nombre de Dios, Padre y Soberano del universo, y de nuestro Salvador Jesucristo y del Espíritu Santo. (Ruiz Bueno, 2009, p. 1064)

Queda evidenciado entonces, como se dijo antes, que el acercamiento apologético a los ritos cristianos busca defender al cristianismo de las acusaciones sin razón y de una especie de odio colectivo alimentado por la ignorancia, a la vez que ofrece una exposición clara y sencilla de la vida práctica de los primeros cristianos, también en materia cultural.

7.1.2.2 Acercamiento histórico.

Otro acercamiento importante y bastante amplio que se ha hecho a la liturgia y los ritos en el cristianismo primitivo es el histórico, que valiéndose de herramientas científicas tales como el estudio comparado con otras formas culturales, la continuidad, la ruptura e independencia, el contexto propio en que nacen y se desarrollan, aborda el hecho litúrgico cristiano en su génesis y sus primeros siglos hasta el día de hoy, a este respecto Basurko afirma que “Una *historia de la liturgia* tiene como tarea mostrar el proceso evolutivo de esa vertiente *ritual* en el ámbito del cristianismo” (2006, p. 10).

Aquí se estudia al cristiano y sus ritos en un tiempo y espacio concretos, prestando atención a las acciones propias que fueron configurando un entramado cultural más complejo a partir de la sucesión de muchos y diversos acontecimientos tanto internos como externos y de la interpretación de los mismos en el tiempo y en el espacio en que sucedieron. Para esto se recurre a los testimonios tanto cristianos como judíos y paganos de la vida de los primeros cristianos, validando su autenticidad y pertinencia.

Al respecto, la aproximación histórica reconoce en el estudio de la liturgia cristiana una constante antropológica al entender al hombre como ser simbólico-ritual, una originalidad propia que reviste de su sello particular los símbolos y ritos ya encontrados en otras religiones, y una relación entre el culto y la cultura que incide en que este adquiera valores novedosos. En este esfuerzo se busca situar la historia de la liturgia en las diferentes fases históricas de la humanidad para comprender las transformaciones de la misma a partir del contexto vivido, no sin sortear numerosas dificultades “el historiador de la liturgia tiene la sensación de atravesar un campo

sembrado de minas, y esto ya desde el capítulo inicial del Nuevo Testamento, donde una multitud de investigaciones da lugar a un conceso mínimo (o nulo) en muchas cuestiones” (Basurko, 2006, p. 17).

Hablar aquí de la historia de los ritos, la liturgia y el culto en general del cristianismo en los primeros siglos, es hablar del origen y evolución del cristianismo mismo en este tiempo, entendiéndolo no como una realidad unificada y constituida, sino como el resultado complejo de diversos grupos que reconocían en Jesús de Nazaret a su salvador y en sus enseñanzas el modo de vida específico que debían seguir.

En este proceso, muy pronto surgieron, entre los judíos de Palestina y de la diáspora, grupos con formas muy diferentes de entender la vinculación con Jesús, de cultivar la memoria sobre él y de relacionarse con la sociedad; grupos que fueron estableciendo relaciones entre ellos, a veces de reconocimiento y aceptación, otras de conflicto y hasta de exclusión, de modo que, a partir de una matriz judía y en contacto con el mundo grecorromano, apareció el cristianismo como una entidad social propia. (Aguirre Monasterio, y otros, 2015, p. 7)

En definitiva, el acercamiento histórico que hacen los autores frente a la temática busca dar a conocer el origen y desarrollo de la religión cristiana, desde su trasfondo judío en Israel, su trasfondo grecorromano en contacto con el paganismo y su originalidad propia, todo esto a partir del análisis de las fuentes antiguas que atestiguan el origen del fenómeno cristiano, su desarrollo en el Imperio Romano, su doctrina sus prácticas y sus manifestaciones culturales.

7.1.2.3 Acercamiento litúrgico.

Otro de los acercamientos es el propiamente litúrgico, que se dirige al sentido ritual y de culto espiritual propiamente dicho, a este culto se le empezó a llamar liturgia, aunque con varias reservas al principio por el uso pagano y judío de este término; liturgia era en principio una acción en beneficio del pueblo y hacía referencia a un determinado servicio establecido por las leyes en favor de la colectividad; poco a poco este término va adquiriendo también un sentido cultural entendiéndose como el servicio prestado ante los dioses por personas específicas.

La traducción griega del AT, conocida como septuaginta, utilizó este término heleno *leitourgia* para referirse a los servicios culturales de los sacerdotes y levitas en el templo, introduciéndolo en el judaísmo. Los primeros cristianos no fueron muy adeptos a este término

para expresar su culto por las connotaciones judías y paganas que tenía, sólo en Hch 13,2 se utiliza el vocablo griego *leitourgia* para referirse expresamente al culto cristiano, no obstante en la época postapostólica el término fue ganando uso, especialmente en oriente, y luego ya se popularizó en occidente, es importante tener en cuenta que dicha liturgia en los primeros siglos era dirigida por cada Iglesia local y no respondía a la aplicación de estrictas normas escritas desde fuera sino que nacían al interior de la misma comunidad.

De este modo el acercamiento litúrgico busca analizar las expresiones de cultos inmediatamente anteriores al cristianismo, tales como los místéricos, los paganos, los judíos, analizar el culto en el Antiguo y el Nuevo Testamento, en los primeros escritos postapostólicos y los desarrollos ulteriores que sobre la materia se fueron dando, subrayando la función actualizadora del culto:

La función central del culto no es la simple memoria del pasado, sino su actualización. El culto así concebido intenta suprimir, sin olvidarla, la distancia cronológica y espacial: Dios no actúa solamente en tiempos pasados y lugares diversos, sino que obra eficazmente y de manera semejante ahora y aquí. (Augé, 1995, p. 18)

7.1.2.4 Acercamiento antropológico.

El hombre es capaz de lo simbólico, aún más, es un ser simbólico, se vale de la simbolización para comunicarse, para comprender el mundo, para relacionarse con su entorno; a partir del símbolo el hombre puede representar las realidades visibles e invisibles, haciéndolas más concretas, y esta representación tiene la característica de ser incluyente, comunitaria, el símbolo necesita del colectivo para poder tener sentido, si no hay un grupo que conozca e identifique el símbolo, este muere en su soledad.

Los ritos, la liturgia, el culto en general, alberga en sí una auténtica actividad simbólica, es mediante los símbolos como se comunica el hombre con la divinidad y viceversa, es a partir de los símbolos que el hombre logra religar con Dios, evocarlo, y esto reconociendo en su propia vida ciertos símbolos que significan la presencia divina.

El acercamiento antropológico parte de la premisa del hombre como ser simbólico, identificándolo como capaz de lo sagrado, así entiende que el ser humano en su experiencia vital entra en contacto con lo sagrado que se va haciendo consciente hasta formar en el hombre una

idea (creencia) que adquiere forma propia, logrando identificar que determinado espacio (lugar o hecho) no es igual a los otros que hay en el mundo, sino que adquiere una especificidad propia en la medida que la hierofanía (manifestación de lo sagrado) ha hecho uso del mismo, se distingue del resto porque allí hay una manifestación de lo sagrado, hay un acto fundante que genera un sentido nuevo, hay una comunicación de lo sagrado e incluso hay una unión entre lo sagrado y lo profano.

La experiencia del espacio sagrado hace posible la «fundación del mundo»: allí donde lo sagrado se manifiesta en el espacio, lo real se desvela, el mundo viene a la existencia. Pero la irrupción de lo sagrado no se limita a proyectar un punto fijo en medio de la fluidez amorfa del espacio profano, un «Centro» en el «Caos»; efectúa también una ruptura de nivel, abre una comunicación entre los niveles cósmicos (la Tierra y el Cielo) y hace posible el tránsito, de orden ontológico, de un modo de ser a otro. (Eliade, 1981, p. 43)

Una vez la idea o creencia se interioriza, el individuo va adquiriendo mayor comprensión, entiende la singularidad de la hierofanía y la importancia de la misma para su ser, ya no es algo ajeno que irrumpe y se muestra solamente, sino que es algo cargado de sentido para su propia existencia, que atraviesa y reconfigura su tiempo volviéndolo sagrado, haciéndose continuidad y actualidad; de esta manera la hierofanía se mitifica, se vuelve mito, en tanto que hace patente el acontecimiento y lo relata a todos los hombres, desvela su misterio, el mito narra el hecho sagrado que ha tenido lugar al comienzo de la historia y en el transcurso de esta actualizándolo.

Esta actualización de la hierofanía en el mito permite al hombre participar en la vida de lo sagrado, como lo afirma Eliade (1981) al decir que “por la reactualización de sus mitos, el hombre religioso se esfuerza para aproximarse a los dioses y por participar en el Ser” (p. 70). El hombre comprende entonces que lo sagrado está estrechamente unido a él mismo, a su vida, a su cotidianidad, y por tanto le es accesible; es así como los hombres arcaicos tenían claro que los dioses interactuaban con ellos, les posibilitaban la vida misma, les proporcionaban lo necesario y los libraban de los peligros y las catástrofes.

La hierofanía que irrumpe en el mundo ahora ya no es solamente externa, sino que irrumpe e interviene en la vida interior y la reorienta, esto incita a un cambio del hombre en su comportamiento, ya sabe que no actúa por sí y para sí, sino que actúa porque se le ha permitido hacerlo, es más, se le ha mandado hacerlo, y su acción está igualmente orientada a la divinidad, descubre que el origen y el culmen del mundo, de la naturaleza, de su propia existencia, está en

lo divino y teme por eso, así que no puede permanecer indiferente ante esto, sino que es interpelado a actuar consecuentemente con lo que ha ahora ha visto y comprendido.

Todo lo anterior deriva en una respuesta del hombre, una respuesta interna que lo mueve a un cambio de vida, pero dicha respuesta también se manifiesta exteriormente, y así como en el tiempo el hombre recuerda, continúa y actualiza la hierofanía, responde también a dicha actualización mediante acciones rituales específicas.

El rito es producto de la identificación de la hierofanía, la comprensión de la idea que en ella subyace y el significado nuevo que trae en la vida del hombre. Estos ritos se valen de símbolos que ejemplifican lo que se quiere comunicar, representan la idea que el hombre se ha formado en su cabeza y da a conocer el sistema de comprensión que le ha generado, y para esto el mundo mismo con todos sus componentes les resulta útil como vínculo entre la idea y la realidad.

Compone entonces el rito una forma concreta de respuesta a la hierofanía, comunicando eficazmente las realidades metafísicas, es la manera en que un pueblo comprende, vive y practica su propia fe, es la comunión de lo inmanente y lo trascendente. Para dicha misión el rito se vale del símbolo como vehículo que expresa una revelación trascendente, por medio de una imagen u otro elemento, en un espacio específico que se torna sagrado y por medio de actos y gestos propios que dan sentido a lo que se realiza, haciendo patente la divinidad.

El cristiano, auténticamente *homo religiosus*, supo identificar en los sucesos de la vida y muerte de Jesús, la hierofanía, Dios que se manifiesta en dichos acontecimientos, aún más, Dios protagoniza esos acontecimientos al ser Jesús verdadero Dios y verdadero hombre; esta identificación carga de significado las acciones de Jesús que se convierten en acontecimientos salvíficos que deben recordarse y repetirse y estos acontecimientos interpelan la vida misma del cristiano hasta el punto que lo conduce a un modo específico de acción, el de la configuración con Cristo, haciéndose necesaria una respuesta a la manifestación divina, la respuesta de la fe.

De este modo el acercamiento antropológico permite identificar en el cristiano primitivo un individuo dispuesto a la divinidad, abierto a ella, que comprende sus prácticas rituales como el cumplimiento de las promesas que ha recibido de parte de Dios y las vive como medio (puente) por el cual se conecta con lo divino, vislumbra su esperanza y se compromete a dar una respuesta concreta, el seguimiento de Cristo.

Así pues, el hombre desde siempre ha sentido inquietud por lo trascendente, se ha embarcado en la tarea de identificarlo, comprenderlo y hasta cuestionarlo; a este respecto el cristianismo

también ha realizado acercamientos para comprender su propia fe y su vida cultural, y esto a partir de varios acercamientos, todos válidos, que aportan para la comprensión del contexto, origen y desarrollo litúrgico y ritual del cristianismo primitivo.

Estos acercamientos permiten esbozar los acontecimientos que hicieron que la liturgia cristiana adquiriera su carácter propio, a la vez que vinculaba al cristiano con la configuración con Cristo a la que está llamado, la apologética manifiesta las prácticas específicas del culto cristiano y su sustento bíblico y de fe; la historia permite ver el nacimiento del culto cristiano como el resultado de un conjunto de sucesos penetrados por una conciencia de fe; la liturgia misma revela las prácticas rituales cristiana como el entramado práctico de aquello en lo que el cristiano cree y ora; finalmente la antropología subraya el hecho de que la cuestión ritual, simbólica, trascendente está presente en el ser humano en múltiples regiones, religiones y costumbres.

Aunque el acercamiento histórico resulta ser el acercamiento mayormente abordado en este trabajo, todos los mencionados aportan ideas que llevarán al conocimiento del contexto, origen y desarrollo litúrgico y ritual del cristianismo primitivo.

7.2 Contexto, origen y desarrollo ritual del cristianismo primitivo

Este apartado recorre el contexto geográfico, político y religioso en el cual el cristianismo ve la luz, con el ánimo de entender el origen del cristianismo mismo y desde allí el origen y desarrollo ritual del cristianismo primitivo; para esta labor se acudirá mayoritariamente al estudio histórico, y en menor medida también al estudio antropológico, litúrgico y apologético de los acontecimientos del cristianismo en sus tres primeros siglos de existencia.

7.2.1 Contexto.

El cristianismo aparece en un área geográfica precisa, la actual Palestina, que en ese momento hacía ya cinco décadas que se encontraba inmersa en el Imperio Romano. No obstante, bajo una fuerte influencia griega producto de conquistas pasadas que habían dado un giro irreversible a la historia del mundo antiguo, el griego común era la lengua mayormente extendida y, junto con el latín, gozaba del carácter de lengua oficial. Los primeros cristianos vieron la luz en un contexto

pluricultural, en el cual confluían el mundo judío, el griego y el romano, los tres inciden en la configuración de lo que más adelante serán los ritos cristianos.

La autoridad la ejercía el Imperio, cuya capital era Roma , dividido en provincias para la mejor administración de los muchos territorios, el pueblo lo integraban ciudadanos romanos de clases altas y bajas, quienes por su ciudadanía gozaban de ciertos privilegios, también estaban los pueblos sometidos bajo tributo a la autoridad del emperador, para con los cuales el Imperio mostraba en la mayoría de los casos cierta tolerancia, además la sociedad también la integraban numerosos esclavos producto de las campañas de expansión y los libertos, antiguos esclavos que habían obtenido su libertad. La ciudad era el principal centro administrativo y económico, desde ella se ejercía el poder de gobierno y se establecían las relaciones comerciales, los puertos resultaban ser de vital importancia por la posibilidad de conectarse por mar con muchos puntos del Imperio.

El Imperio Romano era profundamente religioso, cada ciudad tenía un dios tutelar y cada familia también, de manera que la religión permeaba toda la vida de la sociedad y la orientaba, entre más dioses tuviera una ciudad o una familia, mayor protección ganaba por parte de los mismos. Las prácticas religiosas estaban estrechamente unidas a la misma administración pública.

Las religiones eran profunda y exclusivamente rituales “Lactancio escribe que para los romanos toda la religión consiste en realizar ritos puramente corporales (*Inst.*, IV, 3). La religión así entendida es puro formalismo. Este formalismo está presente no solo en las religiones tradicionales de Grecia y Roma, sino también en las religiones místicas” (Ramos-Lissón, 2013, p. 19). Las religiones místicas hacen referencia a aquellas consideradas ocultas, en las cuales se daban ritos de iniciación que separaban al candidato de los demás miembros de la sociedad no iniciados y lo integraba a un círculo concreto de personas que juntas tendían a la religación con la divinidad, dichas formas de religación resultaban desconocidas para aquellos que no pertenecían al círculo concreto.

Las religiones nacionales propias del Imperio impregnaban la vida de sus ciudadanos, no obstante esta especie de religión romana vinculaba muy poco el compromiso moral de los individuos, lo que llegó a ocasionar incluso un vacío y unas ansias de hallar auténticos caminos de salvación, que condujeron a muchos de sus adeptos a dar cabida a las religiones orientales, entre ellas el judaísmo y más adelante el cristianismo.

El judaísmo tiene su especificidad propia, los judíos afirman ser una sola nación a pesar de estar dispersos por las diferentes regiones del imperio, solo tienen un Dios al que aceptan y rinden culto, son monoteístas, a diferencia de la gran mayoría, y este monoteísmo hace a su religión incompatible con cualquier clase de culto pagano, puesto que su Dios es único y no admite otros dioses, además están llenos de ricas expresiones culturales y abundantes leyes que regulan todos los aspectos de la vida humana.

La vida cotidiana de los judíos había sido fuertemente penetrada por la cultura helena, y más adelante por la romana; gracias al helenismo el judaísmo se abrió hacia otras latitudes y hasta cierto punto se impregnó de nuevas cosmovisiones, preparando, sin saberlo, el terreno para el cristianismo. La fe de Israel se centra en un solo Dios, Yahvé, que ha elegido a su pueblo y ha establecido una alianza con él a partir de un acontecimiento clave, la liberación de la esclavitud y la constitución de Israel como nación.

Los ritos cristianos están enraizados en dicho culto judío, aunque vienen a ser una reinterpretación radical del mismo, y esta reinterpretación la otorga la muerte y resurrección de Cristo, en quien se cumplen todas las promesas: “El cristianismo primitivo es históricamente inconcebible sin sus raíces judías, Jesús es un judío que predica y actúa en medio de su pueblo. Su mensaje va dirigido primordialmente a los judíos, sus conciudadanos. Sus discípulos ven en Él el cumplimiento de las profecías judías” (Figueras, 2016, p. 21).

Toda creencia debe tener también una manifestación exterior que valla en consonancia con lo que se cree, es así como toda la vida cultural de Israel se remite a un acontecimiento salvífico del pasado, la liberación del pueblo de la esclavitud (Cfr. Dt 26,5-9), pero a partir de este memorial se desarrolla el rito judío que se traduce en la esperanza de una liberación plena, en un éxodo definitivo.

El culto de Israel, memorial de los acontecimientos liberadores del pasado, contiene un movimiento de esperanza, una tensión escatológica de cara al porvenir hasta en los momentos más oscuros de la historia del pueblo, el culto, mientras evoca la experiencia liberadora del éxodo, invita y convoca a esperar un nuevo éxodo, y mientras admira y alaba al Dios de la creación, estimula a esperar una nueva creación. (Basurko, 2006, p. 33)

Israel tiene muy clara su condición de ser pueblo elegido por Dios para ser de su propiedad, es una alianza en la que Dios promete protegerlos y ellos han de responderle entregándose a él, dándole culto (Cfr. Ex 19,4-6) De esta manera, el culto israelita es el resultado de una relación

íntima con Dios, que actúa en toda su historia: pasado, presente y futuro, de allí que el culto judío tenga tanto de memorial como de profecía, de memorial como recuerdo vivo de las acciones de Dios que se actualizan en la vida del hombre, y profecía porque este memorial de acciones y acontecimientos le dan sentido a la vida “No concluyó Yahvé esta alianza con nuestros antepasados, sino con nosotros, con nosotros que estamos hoy aquí, todos vivos” (Dt 5,3). De esta manera el pueblo comprende que Dios no solo obró grandes portentos, sino que, como se dijo antes, sigue actuando en el hoy concreto, y esto lo expresa su culto propio, a eso se encaminan sus ritos.

Sin embargo, esta visión del culto judío se vio manchada en no pocas ocasiones en las que el pueblo cayó en el formalismo, aislándolo de la vida y aferrándose únicamente a los actos externos. Los profetas hicieron ver esta desviación en muchas ocasiones, criticando el culto vacío e invitando al pueblo a volver a Dios de corazón, siendo esta la auténtica forma en que el rito adquiere valor y llega a ser verdaderamente escenario de encuentro entre Dios y el hombre:

Así dice Yahvé Sebaot, el Dios de Israel: Mejorad de conducta y de obras, y yo haré que os quedéis en este lugar. No confiéis en palabras engañosas diciendo: ‘¡Templo de Yahvé, Templo de Yahvé, éste es el Templo de Yahvé!’ Porque si mejoráis realmente vuestra conducta y obras, si realmente hacéis justicia mutua y no oprimís al forastero, al huérfano y a la viuda (y no vertéis sangre inocente en este lugar), ni andáis en pos de otros dioses para vuestro daño, entonces yo me quedaré con vosotros en este lugar, en la tierra que di a vuestros antepasados desde siempre hasta siempre. Pero resulta que vosotros confiáis en palabras engañosas que de nada sirven, para robar, matar, adulterar, jurar en falso, incensar a Baal y seguir a otros dioses que no conocíais. Luego venís y os paráis ante mí en este templo donde se invoca mi Nombre y decís: ‘¡Estamos seguros!’, para seguir haciendo todas esas abominaciones. (Jr 7, 3-10)

El Templo era el centro del culto en Israel cuando apareció el cristianismo, todo lo referente al culto del Templo estaba ya regulado por detalladas leyes y normas que dictaminaban una exacta realización. Las ofrendas, sacrificios y tributos era la acción principal en el culto de Israel, por medio de ellas se expresaba una relación cercana con Dios que había hecho un pacto con su pueblo; los sacrificios de expiación, las ofrendas para consagrar al primogénito o las primicias de las cosechas dinamizaban la vida cultural del pueblo, estas de seguro acompañada por fórmulas de oraciones para que la gente sencilla pudiera llevar esta práctica de la manera correcta. El

sacerdote era figura principal en el culto judío, era él el encargado de llevar a cabo el sacrificio, de aceptar las ofrendas y de interceder por el pueblo, función que en menor medida también realizaban los jefes de familia.

Las fiestas judías más importantes eran el Sabbat, Pascua, Pentecostés, Tabernáculos, Año Nuevo, Día de la Expiación y Novilunio; durante las fiestas el trabajo estaba prohibido y se llevaban sacrificios al Templo, la Pascua es sin duda la más importante de todas estas celebraciones.

La visión crítica apunta a un doble origen: dos fiestas distintas (fiesta de los panes ázimos, que era una fiesta pastoral, y la Pascua, una fiesta agrícola) que luego fueron fusionadas. Es posible que se atribuyera un origen histórico a una vieja costumbre nómada de sacrificar un animal para garantizar la protección de los rebaños antes de abandonar los pastos invernales del desierto para ser llevados a regiones cultivadas, conectando aquella costumbre al acontecimiento primordial en la historia de la salvación, el éxodo de Israel de Egipto.

(Figueras, 2016, p. 160)

En lo anterior se identifica como el pueblo, consciente de la hierofanía, reconoce un nuevo valor al sacrificio y la necesidad de consagrar a Dios toda su vida, las cosechas son el sustento para los agricultores y los pastos son esenciales para el trabajo de los pastores nómadas. La cena pascual es una comida solemne y ritual en el judaísmo que expresan la comunión con Dios.

Las abluciones rituales también formaban parte de la vida cultural judía, estos actos de lavado traen una connotación de purificación. En la sinagoga se dan servicios diarios que consisten básicamente en la lectura de las Escrituras y la oración, e incluso se recitaban algunos salmos, el *Shemá* es una de las oraciones más importantes que se hacen en la sinagoga, esta compone una especie de credo de la liturgia judía y era la primera que se realizaba, antes de otras oraciones de bendición, de petición y de acción de gracias.

En cuanto a las otras religiones existentes en el contexto del imperio, por la pluralidad de la religión pagana su culto no puede reducirse a un a única forma general, sino que esta está impregnaba de muchas y variadas formas de religación propias de cada ciudad y cultura particular, por tanto, sus ritos no son uniformes, aun así se pueden mencionar algunas líneas generales en torno al culto pagano en la época en la que surgió el cristianismo. Variadas religiones paganas tienen ritos de iniciación para la admisión de un nuevo candidato, además están presentes unciones y exorcismos.

El culto pagano incluía sacrificios a sus dioses y plegarias, el pagano ofrecía sacrificios a sus dioses, aunque algunos de estos podían resultar chocantes para el cristianismo tales como el sacrificio de niños y también la llamada prostitución sagrada. Una de las más notables influencias del paganismo en el cristianismo primitivo es la llamada disciplina del arcano “la costumbre antiquísima –aunque no generalizada hasta el siglo cuarto– de pasar en silencio el meollo de los ritos y especialmente las fórmulas sagradas” (Klauser, 2011, p. 7) de esta manera algunas oraciones como la de consagración, el credo o la Oración del Señor eran propiedad exclusiva de los bautizados y no debían conocerla los paganos ni los catecúmenos. Así era entonces el contexto sociocultural al momento del advenimiento del cristianismo.

Geográficamente, se limitaba a las fronteras de la provincia de Judea. Cronológicamente, se inició cuando el pueblo judío era gobernado por un procurador romano, durante el siglo I d.C. Ideológicamente, fue percibido por los rabinos de la época como un peligroso movimiento mesiánico, capaz de destruir el tradicional establecimiento de su hegemonía sobre el pueblo, de la que en realidad dependía su subsistencia. Su comprensible odio por los primeros seguidores de Jesús dio como resultado el encarcelamiento de algunos, la muerte de dos de ellos, la dispersión de muchos más allá de las fronteras y un número creciente de no judíos aceptando la nueva fe. (Figueras, 2016, pág. 85)

El vasto contexto trajo ciertas ventajas a la naciente religión, tales como la facilidad de comunicación entre las principales poblaciones debido a las vías construidas por los romanos para promocionar el contacto con Roma; el *Mare Nostrum* o Mar Mediterráneo, que viene a ser una gran vía de tráfico; la pluralidad cultural que caracteriza al imperio; la presencia de judíos, prosélitos (gentiles convertidos al judaísmo) y temerosos de Dios (gentiles atraídos por la religión judía pero no dispuestos a cargar sobre sí los pesados preceptos judíos) en amplias partes del Imperio; el hecho de pertenecer a una zona común dotada de una estructura organizativa generalmente tolerante con las costumbres autóctonas; la tolerancia religiosa.

7.2.2 Origen.

El cristianismo tiene su origen en una persona, Jesucristo, su vida y sus enseñanzas componen una nueva forma de comprensión de Dios en su relación con el hombre; esta nueva comprensión

genera también una nueva forma de ser y estar en el mundo y de religación con Dios, si bien el judaísmo lo considera, al menos inicialmente, como una secta más en su interior.

A los partidarios de esta nueva religión y este nuevo culto se les conoce tempranamente como los del camino, fieles o elegidos, sin embargo, su apertura al mundo y el rápido crecimiento en ciudades importantes como Antioquía trajo consigo que se les diera un nombre propio, el de cristianos (Cfr. Hch 11,26), y de allí el consecuente nombre del movimiento, cristianismo.

El cristianismo primitivo, inspirado en Jesús, busca alejarse del extremo formalismo cultural y reconoce a Jesús como fundamento de su culto, este fundamento radica en la muerte y la resurrección, toda celebración cristiana viene a ser un memorial de la muerte y resurrección de Cristo y una promesa de la realidad a la cual el hombre está llamado. Es Cristo quien compone la realidad íntima de la celebración cristiana, inicialmente carente de templos, altares o sacerdotes, pero ampliamente rica en la vida cotidiana, las casas vienen a ser los centros de reunión (Iglesia doméstica) en las cuales los cristianos se encuentran para la lectura de los libros sagrados y la fracción del pan (nombre con el que denominaban a la Eucaristía).

Toda esta vida celebrativa y de fe tiene su punto de partida formal en el bautismo, aunque desde antes se empieza a conocer toda la doctrina, el bautismo exige la previa evangelización, la conversión para llegar a la recepción del sacramento, que es “presentado como signo de la fe en una doble vertiente: sello del mensaje evangélico, de la fe anunciada, y sello a su vez de la adhesión interior, de la fe aceptada. Así crece la comunidad cristiana, como grupo original que encuentra en Cristo su unidad y su centro de consistencia” (Basurko, 2006, p. 49).

El cristianismo naciente se diferenciaba de las otras religiones, exige una conversión “Pedro les contestó: Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para el perdón de vuestros pecados y para que recibáis el don del Espíritu Santo” (Hch 2,38), y esta conversión era a una persona, a Cristo. Los cristianos no ven en su Dios a un ser más entre otros, sino a un Dios único que se extiende a todos los pueblos del mundo, así los cristianos rechazaban el culto oficial romano porque su culto resultaba incompatible con cualquier otro.

Aquellos que se convierten son iniciados en la doctrina, de modo que se van adecuando a una nueva forma de vida, para este menester surge la catequesis como un método de enseñanza para los futuros cristianos:

No era fácil ser recibido en la comunidad cristiana. Normalmente el itinerario del pagano que se sentía atraído por la vida cristiana solía iniciarse a partir de una información proporcionada

por otro cristiano que lo conocía, bien fuera por razones de familia, amistad, vecindad o de otro tipo. Además de esta instrucción personal, el cristiano solía llevar al pagano a las reuniones de la comunidad, en las que se explicaban con más detalle las verdades de la doctrina cristiana y la manera de llevarlas a la práctica. Era un aprendizaje que llevaba su tiempo y al que la Iglesia irá dando forma en lo que se conoce bajo el nombre de «catecumenado», palabra de origen griego que llega hasta nuestros días, y que expresa el período de tiempo de la primera formación cristiana. (Ramos-Lissón, 2013, p. 82)

El catecúmeno debía someterse a una instrucción más propia sobre el compromiso que iba a contraer, sometiéndose a prácticas de oración y ayuno, en compañía de otros miembros de la comunidad.

Más allá de una ideología el cristianismo llega como una nueva forma de vida que testimonia su fe y promueve en todos los creyentes el encuentro con Cristo. No obstante, la novedad del cristianismo, los primeros cristianos no fueron ajenos al mundo en el que vivían y se relacionaban, antes bien se van inculturando, aceptando lo bueno y rechazando aquello que se opone al evangelio; la lengua, la enseñanza, la cultura, la filosofía, se tornan en herramientas para difundir la buena noticia.

7.2.3 Desarrollo ritual.

Con la primera persecución contra la primitiva Iglesia de Jerusalén (Cfr. Hch 8,1) el cristianismo comenzó su dispersión; la sinagoga vino a ser el primer espacio para la exposición de la fe cristiana, en ella se encontraban los judíos, prosélitos y temerosos de Dios congregados y resultaba práctico aprovechar ese espacio para anunciar el evangelio, de aquí se desprende la idea de que en los albores del cristianismo, el mensaje estaba particularmente dirigido a los judíos, a quienes el señor había elegido desde antiguo. No obstante, este comportamiento trajo numerosas disputas entre la sinagoga y la Iglesia como lo atestigua el libro de los Hechos de los Apóstoles, situación que motivó la necesidad del anuncio más allá del círculo judío y en la cual los llamados temerosos de Dios jugaron un papel fundamental en tanto que fueron ellos de los primeros en abrirse a la nueva religión y disponer de sus casas y sus medios para las reuniones de la comunidad.

Es importante tener en cuenta que desde el principio el cristiano se ha sentido llamado a anunciar un mensaje al mundo incluso en contra de la autoridad (Cfr. Hch 5,29), desde los apóstoles y la primera generación de cristianos y hasta hoy se tiene clara la idea de que no hay límites establecidos, el mandato misionero dado por Jesús invita a ir hasta los confines de la tierra haciendo discípulos, esta idea jugó un papel fundamental en el hecho de que el cristianismo se desligara poco a poco del judaísmo y dejara de ser percibido como una secta judía, abriéndose a diferentes tipos de personas de procedencias muy distintas.

Al desarrollar una pronta conciencia universal, dejó de lado la idea excluyente de la religión judía y rápidamente se abrió paso por grandes y pequeñas ciudades, en las cuales los apóstoles y misioneros establecían una pequeña comunidad a la cual formaban y que se encargaba de seguir llevando el kerigma entre los conciudadanos. La mentalidad cosmopolita helenística, notablemente mucho más abierta que la judía, fue determinante para que el cristianismo anidara en vastas regiones.

El cristiano tenía la conciencia de que la salvación era para todos los hombres y no únicamente para un pueblo, abriéndole a los gentiles las puertas de la Iglesia; la conversión del centurión Cornelio y toda su familia, narrada en el libro de los Hechos de los apóstoles, da fe de esta temprana conciencia de universalidad, que si bien trajo algunas dificultades consigo, fueron inmediatamente superadas a la luz del mensaje de Jesús y de la acción del Espíritu, dejando claro que en Dios no hay acepción de personas (Cfr. Hch 10, 34-35).

La pluralidad de grupos que integraban la comunidad cristiana desató sin embargo algunos inconvenientes tanto internos como externos, particularmente con aquellos convertidos del judaísmo que insistían en que quienes se convertían del paganismo estaban en la necesidad de acatar las leyes de Moisés y circuncidarse, para alcanzar la salvación. Esta postura de los judeocristianos generaba dificultad entre los fieles venidos de la gentilidad, pero a su vez llevó a la primitiva comunidad cristiana a reflexionar sobre la relación con el judaísmo y con la que identificaban como una antigua alianza, sentando varios precedentes en la vida de la Iglesia tales como la independencia de la sinagoga y la práctica de concilios para tratar temas de interés general para la cristiandad.

El llamado concilio de Jerusalén, en el año 49 donde Pablo y Bernabé fueron portavoces de las iglesias venidas del paganismo, abordó el tema de la conversión de los gentiles y la necesidad de las leyes judías para la salvación. Se definió la no necesidad de imponer dichas leyes a los

gentiles, por considerarlas ya superfluas en razón a alcanzar la auténtica salvación que viene por la muerte de Cristo, siendo sin embargo enfáticos en la prohibición de comer carnes sacrificadas a los ídolos, del contacto con la sangre y de actos de impureza, por considerarlos actos contrarios a la condición de creyentes.

También los conversos provenientes del judaísmo se enfrentaban a sus propias amenazas, los rabinos judíos no dudaban en condenar a su vez a quienes se adherían al cristianismo, de manera especial los judeocristianos, a quienes consideraban como herejes y que por lo tanto fueron siendo marginados de la comunidad judía. A la par del rechazo judío, los cristianos tuvieron que enfrentarse también a la resistencia pagana a esta nueva religión oriental, de por sí la religión, el pensamiento, la cultura y el arte pagano resultaba en algunos aspectos fuertemente opuestos al evangelio, lo que suscitaba enfrentamientos.

Los cristianos que vivían y trabajaban en una sociedad pagana no podían evitar frecuentes conflictos en su comportamiento y actitudes. La cultura clásica, en la que habían sido educados la mayoría de los ciudadanos, estaba totalmente involucrada en expresiones paganas y en símbolos de la antigua mitología, que penetraba en todas las áreas de sus vidas. Y, rodeados como estaban por una atmósfera pagana oficial, a menudo sucumbían a las tentaciones sincretistas y a las tentaciones que experimentaban. (Figueras, 2016, p. 97)

Empero, como ya se dijo antes, el contexto judío y pagano en el que nació el cristianismo favoreció su expansión y desarrollo, la diáspora judía permitió que los misioneros pudieran llegar a las sinagogas establecidas en muchas y distantes ciudades al interior del imperio, dando posibilidad de acceder a un público más o menos estable en donde ellas estaban conformadas, además la cultura de comunicación, enseñanza y tolerancia del imperio fue también herramienta aprovechada por los cristianos para anunciar su mensaje al mundo en el cual nacían.

La expansión del cristianismo vino de manos de los apóstoles y otros discípulos, hombres y mujeres humildes, muchos sin una amplia formación intelectual, funcionarios, comerciantes, soldados, esclavos, que llevaron las primicias del evangelio a donde quiera que llegaban, penetrando el corazón mismo del Imperio y arraigándose en diversas regiones del Oriente como Siria, Armenia, Asia Menor y Armenia; y del Occidente como el norte de África, incluyendo por supuesto Egipto, las Galias, Italia, España y la misma Roma.

El cristianismo hereda la noción judía de culto como forma de relación entre Dios y el hombre que consiste en rendirle honor y veneración, reconociendo su grandeza, su poder y su misterio

insondable, veneración manifestada en una actitud interna de adoración humilde y de entrega, pero también en actos externos (gestos, ofrendas, etc.) que han de ser coherentes con la vida entera de cada individuo, es decir, que la actitud interna, los ritos y la vida práctica han de estar íntimamente unidos, de lo contrario serían un formalismo que busca contentar a Dios o una piedad subjetiva que busca manipularlo, “Dado que el cristianismo se deriva directamente del judaísmo, es natural que el primitivo culto cristiano tuviese mucho en común con el culto del Templo y la sinagoga judíos. Al extenderse el Evangelio por el mundo pagano, otras influencias empezaron a afectar la práctica litúrgica cristiana” (Figueras, 2016, p. 157).

El culto cristiano siempre es acción de Dios y acción del hombre, es vida, encuentro entre Dios y el hombre, rito y vida no se pueden separar “cuando se hace así, se cae fácilmente en el ritualismo o exterioridad formalista, o bien en el interiorismo o subjetividad pietista” (Borobio, 2003, p. 17).

Esta unión entre rito y vida la tuvieron presente los primeros cristianos, que veían en las actividades litúrgicas la forma auténtica de expresar su relación con Dios, aquella que vivían ya en su corazón. Es también novedoso este culto cristiano frente al culto judío en tanto que todo él está referido a una persona, Cristo, plenitud del culto cristiano, al que Dios resucitó de entre los muertos. El sacrificio de Cristo compone el único y eterno sacrificio en favor de todos los hombres.

Es a partir de la acción de reunirse para la oración y la fracción del pan alabando a Dios y escuchando las enseñanzas de los apóstoles como se desarrolla el culto cristiano, estas reuniones se hacen especialmente el domingo, día de la resurrección, acontecimiento que brinda la certeza de que Jesús está presente en medio de la comunidad, el sitio de reunión es la Iglesia doméstica, es decir, la casa de algunos de los hermanos, es así como el naciente culto cristiano se distancia del judaísmo y de otras religiones, como va adquiriendo una configuración propia, el cristianismo viene a ser esencialmente comunitario:

En realidad, la casa fue la estructura social básica en la que el cristianismo nació y se desarrolló. La casa fue la primera forma de constituirse en Iglesia y de celebrar la eucaristía. La casa facilitó a los primeros cristianos la conciencia de su propia identidad y de su diferencia con el judaísmo. Además, la casa fue también con frecuencia el punto de partida para la evangelización, la plataforma misionera fundamental, el lugar de acogida para los

predicadores itinerantes y el soporte económico del naciente movimiento cristiano. (Basurko, 2006, p. 61)

El bautismo es ya desde esta época uno de los principales ritos dentro del cristianismo, junto con él está también la celebración de la eucaristía o fracción del pan el «día del Señor», antes del alba. Los bautizados nacen a una nueva vida, una vida sobrenatural, la de hijos de Dios por mediación de Jesús, entrando a formar parte de la familia de Dios, las catequesis llamadas «mistagógicas» recibidas después del bautismo venían a hablar acerca de los misterios recibidos, introduciendo al nuevo cristiano a la vida de perfección, esta vida cristiana en los primeros siglos se expresaba en diferentes estados: los casados, vírgenes, continentes, ascetas, viudas; algunos de estos mal vistos por la ley romana, que castigaba la soltería.

Las vírgenes, teniendo por modelo a María y al mismo Jesús que vive la virginidad, se hacen castas por el Reino de Dios, convirtiéndose en esposas de Cristo; las viudas forman parte de un grupo especial en cuanto viven la continencia.

Las viudas se encargan, de manera preferente, del trabajo misional en la atención de los enfermos; a veces toman también a su cargo las ayudas a los prisioneros. En oriente, a partir del siglo II, se admiten también para estos servicios a mujeres solteras, que posteriormente, lo mismo que las viudas dedicadas a la beneficencia, reciben el nombre de diaconisas. (Ramos-Lissón, 2013, p. 105)

Referente al matrimonio, el cristiano se opone a la moral pagana que lo ve únicamente como fuente de ciudadanos y soldados para el Estado, permitiendo la infidelidad y la prostitución sagrada, para el cristiano el matrimonio es santo e indisoluble, esto compone una novedad junto con la libertad de poder optar entre matrimonio y celibato.

La caridad era un distintivo propio de los cristianos, la ayuda al necesitado es tarea primordial y para tal actividad hay incluso ministros específicos, en ella se extendía el acto cultural a través de la asistencia a los pobres y necesitados, a los enfermos, a los huérfanos, a las viudas. La caridad debía ir de la mano con la oración y la meditación de las Sagradas Escrituras, la oración del Señor (Padrenuestro) era la oración por excelencia, inspirados en la Biblia utilizaban varias posturas para orar: de pie, de rodillas, inclinados, postrados, vueltos a oriente, con las manos extendidas o frente a una cruz. Las prácticas ascéticas también hacían presencia en la vida del cristiano primitivo, especialmente le ayuno, con el ánimo de dominar los impulsos desordenados. “Las comunidades cristianas de los primeros siglos acogen a personas de muy diversa

procedencia: unos son ricos, otros pobres, unos son jóvenes, otros viejos, uno son libres y otros esclavos, pero todos se consideran hermanos” (Ramos-Lissón, 2013, p. 114).

A pesar de todas estas bondades, el solo hecho de rechazar las divinidades paganas, la hostilidad que provocaban en algunos judíos de la diáspora que veían en ellos una deformación del judaísmo y la ignorancia de los judíos y gentiles respecto al culto y la doctrina cristiana, llevaron a la opinión pública a considerar a los cristianos como extraños, ateos, apatrios, estos dos últimos graves delitos en contra del Estado. Muchos paganos y judíos trataban de desprestigiar a los cristianos con calumnias y acusaciones falsas, también en el ámbito ritual, acusándoles de ateísmo, de hacer orgías, de antropofagia, entre otras cosas.

Estas calumnias se difundían entre todo el pueblo, no solo el vulgo, sino también entre los más cultos, que los acusaban incluso de magia y de no interesarse por los asuntos públicos, acusaciones que generaban odio y disturbios. Este es el panorama en el que se desarrolló la literatura de defensa dirigida especialmente a los emperadores, la llamada apologética, “San Justino, y con él los demás apologistas, firmaron la clara toma de posición de la fe cristiana por el Dios de los filósofos contra los falsos dioses de la fe pagana. Era la opción por la verdad del ser contra el mito de la costumbre” (Benedicto XVI, 2007).

Este descontento generalizado para con los cristianos y sus raras costumbres lo utilizó el emperador Nerón para desviar los rumores que lo acusaban de ser el culpable del incendio de Roma en el año 64, volcando hacia ellos toda la culpa e iniciando la primera persecución. Producto de las persecuciones son las muertes de numerosos cristianos, conocidos como mártires; el mártir (testigo) es el cristiano que sufre o muere a causa de su fe, su comportamiento generaba admiración y reconocimiento, suscitando no pocas conversiones, el martirio empezó rápidamente a ser considerado la expresión más perfecta de santidad y los cristianos empezaron a rendirle veneración por su fe y valentía, impulsando con esto un nuevo desarrollo en el culto.

En síntesis, los ritos culturales de las primeras comunidades cristianas lo integraban la fracción del pan (cena) precedida por la confesión de los pecados, el bautismo que era la puerta de entrada a la comunidad, también lo integraban el culto a los mártires como cristianos ejemplares, la oración, el ayuno y las prácticas de caridad para con los más necesitados. Estos ritos tienen su origen en las prácticas rituales del judaísmo y algunas prácticas paganas y de religiones místicas que influyeron en la configuración del cristianismo, y tienen la capacidad de traer al presente los acontecimientos fundantes del cristianismo, a saber, la vida y el actuar de Jesús y su

sacrificio en la cruz, a la vez que disponen al hombre a llevar una forma de vida específica impulsado por la esperanza, el rito provoca en el individuo un movimiento temporal de pasado, presente y futuro que abarca toda la realidad del hombre. El entorno geográfico, político y religioso jugó un papel importante en el desarrollo del cristianismo mismo y modelaron su evolución tanto doctrinal como ritual en los primeros siglos, permaneciendo su influencia hasta la actualidad.

8. Capítulo II: La idea de esperanza en el cristianismo primitivo

La esperanza ha sido y sigue siendo de vital importancia en la vida cristiana, esta es esencialmente el impulso que lleva al hombre actuar; soportada en la fe, la esperanza dinamiza la caridad. Ya desde el mismo origen del cristianismo los creyentes se reconocían como receptores de una esperanza nueva, de una vida nueva y verdadera que transformaba la existencia, esta comprensión de esperanza se fue robusteciendo y evolucionando desde los albores del cristianismo, sobrepasando toda idea de inmediatez para convertirse en paciencia y otorgar sentido a las realidades humanas y la vida misma.

Para el acercamiento a la idea de esperanza en el cristianismo primitivo las bases se encuentran en el magisterio de la Iglesia en el Catecismo, así como las enseñanzas del papa Benedicto XVI transmitidas en sus audiencias y especialmente en la carta encíclica *Spe Salvi*, los trabajos de Gustavo Baena, Jürgen Moltmann, Pedro Laín, entre otros, en torno a la esperanza en la vida cristiana. Aquí se seguirán principalmente las ideas de Benedicto XVI y Baena.

8.1 La idea de esperanza en el cristianismo primitivo siglos I, II y III

Habiendo ya esbozado el contexto, origen y desarrollo ritual del cristianismo primitivo, la atención se centra ahora en escrudñar cuál es la idea de esperanza presente en los primeros cristianos, con el ánimo de entender qué motivó a muchos a convertirse al cristianismo, adherirse a las promesas de la fe y al culto. Para esta labor se recurrirá al estudio de una de las comunidades primitivas, la de Tesalónica, por ser esta de las primeras comunidades cristianas de origen paulino y además a la que se le dirige el escrito más antiguo contenido en el Nuevo Testamento; se analizará también la idea de esperanza que subsiste en los ritos primitivos y en el comportamiento de los mártires, para finalmente intentar comprender la idea de esperanza y la evolución de la misma durante los primeros siglos de la era cristiana.

8.1.1 Idea de esperanza en los primeros cristianos.

Benedicto XVI afirmó que la esperanza es un aspecto profundamente humano, esta atraviesa totalmente la existencia del hombre, concretamente afirma que “Se podría decir que el hombre

está vivo mientras espera, mientras en su corazón está viva la esperanza” (2010). Con esto el Papa colocó una vez más el tema de la esperanza en el centro mismo de toda antropología, decir que el hombre está vivo mientras espera equivale a decir que cuando ha perdido la esperanza ha perdido la vida misma, la identidad humana.

Efectivamente la esperanza ha sido uno de los principales motores de toda la vida humana, también, y de manera especial, en el campo de la fe. Basta releer la historia del pueblo de Israel, historia ante todo de salvación, para darse cuenta como la esperanza les motivó en cada uno de los acontecimientos que debieron afrontar como pueblo. Con esperanza, producto de la fe, Abraham abandonó su tierra y se fue a un lugar desconocido con su familia y sus posesiones, llegando después a ofrecer a Dios incluso a su propio hijo, anhelando aquello que miraba de lejos; movidos también por esta misma esperanza el pueblo, guiado por Moisés salió de Egipto, atravesó el desierto y luego se lanzó a la conquista de la tierra prometida, asentándose en ella; por la esperanza incluso durante los duros momentos de prueba como el exilio, motivados por los profetas, esperaban la venida del mesías del Señor que llegaría a salvar a su pueblo.

Si bien, en la misma historia del pueblo, se evidencia que la fe decayó en no pocos momentos desencadenándoles sucesos terribles, también se comprueba que aun alejados de la fe y golpeados por los acontecimientos, la esperanza se abrió camino y los impulsó a volver a Dios ansiando algo mejor, algo que estaban seguros, solo en Él encontrarían.

Al momento de la llegada de Jesús, el pueblo judío, al que se dirigió principalmente, nuevamente sometido, esperaba más que nunca la llegada de un libertador, la llama de la esperanza se mantenía viva aun en los momentos difíciles, era el consuelo para afrontar la vida misma y era el impulso para, adheridos a la fe, mantenerse firme a sus tradiciones y su culto.

Los primeros cristianos heredaron esta comprensión de esperanza y la reconocieron como una de sus prendas más preciadas, en ella identificaban la realización de las promesas que aguardaban mediante la fe. Precisamente la fe es la sustancia de la esperanza, certeza garantizada, como lo afirma la carta a los hebreos (Cfr. Hb 11,1).

«La fe es *hypostasis* de lo que se espera y prueba de lo que no se ve». Para los Padres y para los teólogos de la Edad Media estaba claro que la palabra griega *hypostasis* se traducía al latín con el término *substantia*. Por tanto, la traducción latina del texto elaborada en la Iglesia antigua, dice así: «*Est autem fides sperandarum substantia rerum, argumentum non apparentium*», la fe es la «sustancia» de lo que se espera; prueba de lo que no se ve. Tomás de

Aquino, usando la terminología de la tradición filosófica en la que se hallaba, explica esto de la siguiente manera: la fe es un *habitus*, es decir, una constante disposición del ánimo, gracias a la cual comienza en nosotros la vida eterna y la razón se siente inclinada a aceptar lo que ella misma no ve. Así pues, el concepto de «sustancia» queda modificado en el sentido de que por la fe, de manera incipiente, podríamos decir «en germen» –por tanto según la «sustancia»– ya están presentes en nosotros las realidades que se esperan: el todo, la vida verdadera. (Benedicto XVI, 2007)

Se entiende entonces que la esperanza, producto de la fe, adelanta, al menos en parte, lo que se anhela, constituyéndose así en prueba de lo que ha de venir, provocando un cambio de vida y la necesidad de compartir aquello de lo que tiene por cierto para que todos lo conozcan, es un cambio en la forma de ser y actuar. La fe y la esperanza están íntimamente relacionadas, ambas virtudes son otorgadas por Dios que prepara a su pueblo y lo instruye en sus caminos (Cfr. Rm 15,4); por medio de la esperanza los cristianos fortalecieron su misma fe ante las dificultades, manteniéndose firmes y animados, (Cfr. Rm 8,18-19) anunciando el mensaje de Cristo. La experiencia del resucitado invade toda la existencia de las comunidades cristianas primitivas, les da sentido a su vida y las conduce por un camino nuevo.

La vida, aunque cargada de fatigas y dificultades, se hace liviana por la novedad de la esperanza que justifica cualquier esfuerzo necesario para alcanzar la meta; los primeros cristianos adquieren rápida conciencia de esto, se comprenden a sí mismos como hombres libres, creados para un propósito, la vida eterna, no van a la deriva sino que recorren un camino, y no solos sino acompañados por el resucitado que se convierte a sí mismo en prenda de los que se espera (Cfr. Sal 23(22),1-4). Así pues, los cristianos han de vivir de manera diferente en el mundo, como lo viene a decir el papa en *Spe Salvi*:

En el mismo sentido les dice a los Tesalonicenses: «No os aflijáis como los hombres sin esperanza» (1 Ts 4,13). En este caso aparece también como elemento distintivo de los cristianos el hecho de que ellos tienen un futuro: no es que conozcan los pormenores de lo que les espera, pero saben que su vida, en conjunto, no acaba en el vacío. Sólo cuando el futuro es cierto como realidad positiva, se hace llevadero también el presente. De este modo, podemos decir ahora: el cristianismo no era solamente una «buena noticia», una comunicación de contenidos desconocidos hasta aquel momento. En nuestro lenguaje se diría: el mensaje cristiano no era sólo «informativo», sino «performativo». Eso significa que el Evangelio no es

solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida. La puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva.

(Benedicto XVI, 2007)

Los primeros cristianos encontraron en la novedad del evangelio un proyecto novedoso de vida que, al llenarlos de sentido, los incitaba a seguir adelante asumiendo con paciencia las realidades presentes. La paciencia está en la base de la esperanza (Cfr. Rm 15,4), esta segunda no es una virtud independiente de lo demás, sino que es el producto de abrazar la fe en Cristo resucitado y aguardar pacientemente instruidos por las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, como lo afirma Gustavo Baena: “La esperanza cristiana no es propiamente una virtud autónoma, sino en dependencia de la fe, o como un efecto de la paciencia, o formando con ella una misma entidad, la paciencia, “la paciencia de la esperanza” (1 Ts 1,3) y en fin, en función del amor” (2005, p. 214).

La esperanza, integrada en un todo, se articula con la fe y el amor, constituyéndose en la esencia de la vida cristiana; el cristiano que abrazaba la fe recibía una esperanza nueva que lo impulsaba a una vida también nueva, a practicar la caridad (el amor) con el prójimo y a su vez este amor elevaba mucho más la misma fe que había abrazado y por consiguiente la esperanza se veía fortalecida. La relación de esta triada fe-esperanza-amor mueve toda la vida del cristiano primitivo.

De este modo la esperanza se vive y se realiza en la comunidad, el cristiano de los primeros siglos reconocía que la salvación ofrecida por Jesús no era personalista, aunque no por eso dejara de ser puntual e íntima, la salvación era sobre todo comunitaria. Soportada en el conocimiento que otorga la fe, a partir de la adhesión del creyente a Cristo, la esperanza robustece al hombre para resistir con paciencia mientras aguarda aquello que anhela y que ya conoce en la persona de Jesucristo; no es por medio de la reflexión filosófica sino por la experiencia de Jesús en su vida misma como el cristiano encuentra la esperanza, y es en la comunidad donde esta se hace acción.

La esperanza es ante todo don recibido que impulsa a actuar acorde a la justicia de Dios, a construir comunidad, a dar un nuevo y pleno sentido a la vida y de esta manera anticipar aquello que se espera, el Reino de los cielos.

En suma, la esperanza cristiana como componente esencial de ese todo que se llama el Evangelio, cuya realidad histórica es la existencia cristiana en la comunidad, es un don, que

consiste en el Resucitado mismo dándosenos por su Espíritu y que nos hace capaces de superar con paciencia toda resistencia que se oponga a nuestra autotranscendencia o al amor incondicional al “otro”. (Baena, 2005, p. 222)

8.1.2 El ejemplo de la comunidad de Tesalónica: 1 Ts 4, 13-18.

Pablo es el autor neotestamentario que más aborda y profundiza el tema de la esperanza, las comunidades cristianas de influjo paulino recibieron instrucciones en cuanto a la esperanza que los había de caracterizar; de allí que ahora se tome a una comunidad paulina como ejemplo para seguir descubriendo la idea de esperanza en el cristianismo primitivo. Para esta propósito la elegida es la comunidad de tesalónica, a la cual se le dirigen dos cartas, siendo la primera de ellas el escrito más antiguo contenido en el Nuevo Testamento escrito hacia el año 51 en las que se aborda de manera concreta el tema de la esperanza.

Tesalónica, llamada hoy también Salónica es en la actualidad la segunda ciudad más importante de Grecia y un importante puerto, esta importancia le era ya propia desde los tiempos de Pablo siendo capital de uno de los cuatro distritos de la provincia romana de Tesalónica, sede del gobernador romano y de los políticos autóctonos que debían velar por el, con un puerto ya sobresaliente por su ubicación y con vías que la comunicaban con otros importantes asentamientos de la época.

Por su estructura de polis y la característica de ser puerto marítimo, la variedad cultural estaba garantizada, razón natural para que los grandes sistemas de pensamiento filosóficos y religiosos hicieran presencia en la ciudad y se presentara también un alto grado de sincretismo religioso.

Los judíos contaban con su sinagoga en la ciudad, y es allí donde Pablo inicia su predicación, sin embargo, será entre los paganos donde contará con mayor éxito, así la Iglesia de Tesalónica estaba conformada en su mayoría por gentiles convertidos tras la predicación del apóstol (Cfr. Hch 17, 2-5) Pablo establece una relación filial con los Tesalonicenses, como una madre cuida con cariño a sus hijos (Cfr. 1 Ts 2,7) y este sentimiento se percibe en sus correspondencias.

Las cartas a los tesalonicenses son el reflejo del trabajo evangelizador de Pablo y dejan ver la relación del apóstol con la comunidad y su preocupación por que sigan dando frutos de santidad. El tema de la resurrección de los muertos y la venida del Señor causan gran preocupación y curiosidad en Tesalónica, y el apóstol en su relación filial con estos hermanos no dudará en

darles respuestas, aclarar puntos importantes y exhortarlos para que permanezcan firmes en la fe, la esperanza y el amor.

Estos primeros cristianos habían logrado en poco tiempo cambiar su vida; habían abandonado la idolatría; habían sido capaces de descubrir el amor de Dios que se manifestaba en la vida de cada miembro de la comunidad; habían sido capaces de dar ejemplo a otros en estos inicios; habían dado muestras de hospitalidad, de acogida, de caridad; habían cargado con unos estigmas sociales muy pesados que les granjearon el rechazo de su entorno; habían asumido costes económicos y comunitarios; habían mostrado una ejemplar acogida de la predicación cristiana y de los predicadores; habían, en resumidas cuentas, convertido su vida en un camino de santidad que respondía a la llamada de Dios para la salvación. Eran efectivamente, una comunidad «especial» para Pablo, unida a él por fuertes lazos afectivos. (Gil Arbiol, 2004, pp. 22-23)

La primera carta responde a interrogantes tales como el destino de los que ya han muerto y cuándo será la parusía; las mismas preguntas que se hace la comunidad dejan ver que esta es ya una Iglesia firme y convencida, que ha recibido y vive el mensaje cristiano y que, como es natural, le surgen cuestionamientos particulares que demuestran venir de una comunidad de fe que quiere seguir afianzando su esperanza, Pablo da las respuestas esperadas sin desaprovechar la oportunidad de exhortarlos a seguir, como lo han hecho, llevando una vida de santidad.

La segunda carta por su parte ha sido duramente cuestionada en cuanto a su procedencia paulina por su estilo apocalíptico, que “ha contribuido a que muchos estudiosos consideren que la carta no salió de la pluma de Pablo. De todos modos, hasta el día de hoy, no se puede decir que la cuestión esté zanjada” (Sánchez Bosch, 2009, p. 175). La carta aclara lo que sucederá antes de la parusía para así calmar el ánimo de los Tesalonicenses e invitarlos a no dar crédito a una supuesta carta paulina que habla de una parusía inminente, a la vez reprende a esos que, ante la eventual inminencia de la parusía, han evadido su responsabilidad en los asuntos temporales.

En fin, la comunidad de Tesalónica se inquietaba por conocer acerca de la resurrección de los creyentes tanto los vivos como los muertos, ya que veía con temor la suerte de aquellos que ya habían muerto, y también por comprender los sucesos entorno a la parusía.

En primera de Tesalonicenses 4,13-18 se revela la inquietud por la suerte de los que han muerto, Pablo indica que no quiere que estén en la ignorancia ni en la tristeza, como aquellos que no tienen esperanza, les hace ver que la garantía del destino de los que ya han muerto se

encuentra en la muerte y resurrección de Cristo, es a ejemplo de la resurrección del Señor como se dará la resurrección de aquellos que ya murieron; la resurrección de Jesús se constituye en esperanza para los cristianos.

Si creemos que Jesús murió y resucitó, de la misma manera Dios llevará consigo a quienes murieron en Jesús” (1 Ts 4,14). Quienes estén vivos al momento de la venida del Señor no gozarán de ningún privilegio frente a los muertos, por tal razón no hay que entristecerse por ellos como lo afirma Pablo en el v. 15. “Dios no puede dejarnos «sin esperanza» (v. 13), cosa que ocurriría si entendiéramos que el «encuentro con Cristo» se reserva sólo para «los que queden». (Sánchez Bosch, 2009, p. 123)

8.1.2.1 Análisis de 1 Ts 4,13-18.

Con esta perícopa en especial se busca ingresar al mundo de la comunidad de Tesalónica y extraer su idea de esperanza. Para esta labor se utilizan algunas herramientas provenientes del método histórico crítico propuestas por Tarcisio Gaitán (2006, p. 141-169) en su artículo sobre métodos de interpretación de la Biblia. Texto bíblico:

¹³Hermanos, no queremos que estéis en la ignorancia respecto de los muertos, para que no os entristezcáis como los que no tienen esperanza. ¹⁴Porque si creemos que Jesús murió y que resucitó, de la misma manera Dios llevará consigo a quienes murieron en Jesús. ¹⁵Os decimos esto como Palabra del Señor: Nosotros, los que vivamos, los que quedemos hasta la Venida del Señor no nos adelantaremos a los que murieron. ¹⁶El mismo Señor bajará del cielo con clamor, acompañado de una voz de arcángel y del sonido de la trompeta de Dios. Entonces, los que murieron siendo creyentes en Cristo resucitarán en primer lugar. ¹⁷Después nosotros, los que vivamos, los que quedemos, seremos arrebatados en las nubes, junto con ellos, al encuentro del Señor en los aires. Y así estaremos siempre con el Señor. ¹⁸Consolaos, pues, mutuamente con estas palabras. (1 Ts 4,13-18)

8.1.2.1.1 Crítica de la construcción del texto.

El texto se encuentra ubicado en el cuarto capítulo de la primera epístola a los Tesalonicenses y lo conforman los versículos 13 al 18. La Biblia de Jerusalén llama a la perícopa Los muertos y

los vivos en la Venida del Señor y la ubica después de la perícopa titulada recomendaciones: santidad de vida y caridad.

La palabra Hermanos, con la cual se introduce la perícopa, da una idea de familiaridad y continuidad, por tanto el tema del que se habla no es algo aislado dentro del conjunto de la carta sino que sucede naturalmente a lo antes dicho, lo que manifiesta que la esperanza de la resurrección, va de la mano con las recomendaciones de santidad de vida y caridad, es más, la resurrección exige que todo aquel que camina en dicha esperanza debe recordar que ha sido llamado a una vida de santidad y caridad al interior de la comunidad.

Por su parte el v. 18 cierra la perícopa dejando en claro que ya ha dicho lo que tenía para decir referente al asunto tratado. El texto juega de manera interesante con los tiempos presente y futuro: -no queremos que estéis en la ignorancia (...) para que no os entristezcáis (...) llevará consigo- frente a expresiones como -porque si creemos-. Lo anterior hace ver algo interesante, como garantía de las acciones futuras tales como -llevará consigo- es necesario mantenerse en el presente con una actitud de fe -porque si creemos-, de allí se intuye que la fortaleza y perseverancia en la fe es un paso necesario para vivir en la esperanza y alcanzar la resurrección.

El uso constante de la primera persona del plural nosotros en las conjugaciones, manifiesta también un hecho importante, esta resurrección no es sólo un acontecimiento individual, sino que es a la vez un acto comunitario, por eso al final se pide, casi en tono imperativo que se consuelen mutuamente.

8.1.2.1.2 Crítica de la redacción y la composición.

El texto está enmarcado en una carta tradicionalmente reconocida como autoría de san Pablo, empero, mirando la misma composición y redacción es fácil descubrir en ella el lenguaje y el pensamiento del apóstol, el uso de la palabra hermanos es muy recurrente en sus escritos, sobre todo al iniciar una perícopa, por medio de esta palabra el apóstol expresa su cercanía con la comunidad a la cual se dirige y enlaza el tema que va a tratar.

El tema de la esperanza aparece como un eje transversal en los escritos paulinos, el autor la utiliza también en Ef 2,12 refiriéndose a la esperanza mesiánica y en Col 1,27 donde coloca a Cristo mismo como esperanza de la gloria; en su libro sobre la primera carta a los tesalonicenses Trimaille otorga algunos datos curiosos al indicar que “El término «esperanza» es muy paulino

36 veces en sus cartas, mientras que solo aparece 17 veces en el resto del Nuevo Testamento, Pablo utiliza el verbo «esperar» con una frecuencia tres veces mayor que los demás autores neotestamentarios” (1982, p. 16). El hecho de que la resurrección de Jesús sea obra de Dios (Cfr. Rm 1, 4; 8, 11) es una característica recurrente en el pensamiento paulino que se refleja en el texto.

La venida de Cristo (parusía) también está muy presente en los escritos Paulinos, figuras como el sonar de la trompeta y la voz del arcángel brindan al texto una especial consonancia con otros escritos evangélicos en torno a la venida de Cristo e incluso con las profecías de corte apocalípticas de Daniel, relacionando la teología paulina con la teología de los sinópticos y de Juan en torno a la parusía (Cfr. 1 Co 15,23.51; Mt 24,30-31; Jn 14,2-3; Jn 17,24; Dn 7,13.)

El autor tiene la intención de aclarar muy bien el punto de la resurrección a sus destinatarios, sin dejar lugar a dudas, por eso utiliza el recurso de apelación a la autoridad al ratificar lo que dice como Palabra del Señor. Se esfuerza Pablo porque su mensaje, un tanto complejo por su realidad misteriosa, sea lo más comprensible posible, por eso explica cómo ha de ser esa Venida de Señor y la posterior resurrección casi que con un paso a paso que evite dudas y malas interpretaciones por parte de aquellos a quienes se dirige.

8.1.2.1.3 Crítica del género literario.

El texto tiene como objetivo informar-comunicar aspectos precisos sobre un tema en particular, dando respuesta a una cuestión planteada, así pues, más allá de una narración el texto es una carta en la que el lenguaje utilizado es cercano a pesar de lo complejo del tema a tratar. Las siguientes preguntas ayudarán a comprender aún más el género y el contexto del texto:

¿Quién es el autor de la obra? / San Pablo.

¿Qué se sabe acerca de él? / Es el fundador de la comunidad de Tesalónica y les escribe con el fin de aclarar las dudas que puedan tener a la vez que los exhorta a permanecer firmes en la fe que de él han recibido.

¿Es el autor al que se le atribuye el autor real, o es un trabajo pseudoepigráfico? / Pablo es el autor real.

¿Cuándo, dónde y en qué circunstancias se escribió la obra? / Al parecer la carta se escribió hacia el año 51 en Corinto, debido a la preocupación de Pablo por el desarrollo de la comunidad. Es el libro más antiguo del Nuevo Testamento.

¿Quiénes eran los destinatarios originales? ¿Dónde vivían? / La comunidad eclesial de Tesalónica. Vivían en Tesalónica, la capital de la provincia romana de Macedonia, ciudad portuaria, comercial, próspera, cosmopolita, con habitantes griegos, romanos y algunos judíos, por lo que ofrecía un sincretismo religioso.

¿Cuál es la forma literaria o género de toda la obra y el texto en particular? / Es una carta.

¿El texto sigue o diverge de las expectativas habituales de este género? / El texto al igual que toda la obra se desarrolla en el contexto propio de una carta, con sus características habituales.

Del análisis hecho hasta aquí se puede afirmar que Pablo busca instruir, calmar y a la vez animar en la esperanza a la comunidad de Tesalónica, presentándose como uno más que comparte su misma instrucción y que anhela la misma esperanza, este situarse con el lector se convierte en herramienta poderosísima para generar calma, a la vez que aceptación de la instrucción pretendida. El apóstol lleva a los lectores desde un estadio de ignorancia, preocupación y tristeza a uno de consuelo y esperanza, por medio de la instrucción, la certeza y autoridad de sus palabras. Maneja las emociones de los lectores a su manera por medio de sus palabras para conseguir el objetivo trazado en el texto: que mantengan la esperanza.

Lo más importante de este análisis es que deja ver que la esperanza, en la comunidad de los tesalonicenses, lejos de estar desligada de la vida, abarca toda su experiencia vital, se sitúa en lo más íntimo de la comunidad, ellos no son como los que no tienen esperanza (Cfr. v.13) que viven afligidos; un efecto de la esperanza es la alegría y el consuelo que producen una nueva forma de estar en el mundo.

8.1.3 La esperanza en los ritos del cristianismo primitivo.

La esperanza está integrada a la fe y al amor, y se vive y se expresa en la comunidad; de manera que los ritos culturales del cristianismo primitivo han de estar impregnados de esperanza. Lo primero a tener en cuenta es que las prácticas rituales cristianas tienen como función propia expresar la fe, “la creencia debe tener su manifestación externa” (Figueras, 2016, p. 157), y si la

fe es substancia de la esperanza, entonces la esperanza también incide en los ritos del cristianismo primitivo, es más, los configura.

Los ritos realizados por la Iglesia en la tierra durarán hasta que Jesús vuelva (1Co. 11:26). La Iglesia, que actualmente llama incesantemente a Jesús a que venga “Marana-ta” /1Co. 11:26; 11:22; 22:17), se preparará entonces como una novia para su novio para celebrar su boda con el Cordero (Ap. 19: 7-9). En aquel momento ya no habrá un templo que simbolice la presencia de Dios, porque Dios mismo y el Cordero serán el Templo de la nueva Jerusalén (22:22). (Figueras, 2016, p. 167)

Es el sacrificio de Cristo el que da sentido a todo el culto y los ritos cristianos, por medio de estos los creyentes se asocian a dicho sacrificio. Las 2 expresiones rituales por excelencia en el cristianismo primitivo eran sin duda el bautismo y la cena, en ambos se ve plasmada la idea de la esperanza cristiana.

El bautismo abre la puerta a una vida nueva, introduce al catecúmeno a la vida de Dios, lo vincula a Cristo y lo hace partícipe de su gloria (Cfr. Rm 6,4), así lo deja ver la estructura del rito que seguían las primeras comunidades cristianas (Ver anexo 1).

Como se puede observar en el anexo, lo primero que se hace es orar sobre el agua, el agua es signo de la purificación y de la nueva vida que el catecúmeno va a recibir, debe bajar desnudo a ella, sin nada encima, porque va a ser recreado. El obispo exorciza el óleo de exorcismo con el que se ungirá al catecúmeno una vez haya renunciado públicamente a Satanás y a sus obras, de manera que libre de cualquier espíritu maligno, está ahora dispuesto a abrazar la fe, a adquirir vida nueva. El óleo de acción de gracias, con el que se unge al catecúmeno una vez haya hecho su profesión de fe, manifiesta así que ya no es igual que antes, al aceptar las verdades cristianas se compromete a vivir conforme a ellas.

Al momento que va haciendo su profesión de fe, tiene lugar el bautismo, sumergido en el agua por el que lo bautiza y con la imposición de manos. Al salir del agua se viste para entrar a la Iglesia, ya es creatura nueva, ya su vida ha adquirido sentido nuevo, ya no vivirá sin esperanza. Una vez dentro de la Iglesia el obispo nuevamente les impone la mano y ora sobre él invocando el espíritu santo y uniéndolo nuevamente con el óleo de acción de gracias y signándolo con la señal de la cruz; por primera vez puede estar junto a la comunidad, puede orar con ellos, manifestando así su adhesión completa al cuerpo de Cristo.

El rito de iniciación encamina la intención del individuo hacia la fe y el bautismo lo coloca en un camino nuevo, uno de espera. Si está dispuesto a dejar al hombre viejo y adoptar una nueva forma de vida es porque reconoce en esta vida nueva un sentido para sí mismo, ya no vive atado a las contrariedades del mundo como barco a la deriva, sino que recorre un camino también osado y lleno de avatares, pero con una meta que supera el hecho mismo de la muerte, no camina hacia el fin sino al comienzo, va de regreso a casa.

La cena eucarística es el otro rito por excelencia de los primeros cristianos, en ella daban culto a Jesús, recordaban sus enseñanzas y compartían el pan y el vino que eran su cuerpo y su sangre; la eucaristía, aunque con raíces judías y hasta paganas, compone una verdadera novedad en el cristianismo. (Ver anexo 2)

Toda eucaristía es acción de gracias, celebrada en el marco de la cena hace partícipes a los fieles del sacrificio de Cristo, de su pasión y también de su gloria, además que los dispone a la espera del Señor y de su gloria. En la celebración ritual queda patente que el cristiano por la fe dada, sabe que participa en la inmortalidad de Cristo, la vida eterna, así pues la eucaristía viene a ser sustento para el camino, comida y bebida espiritual para aquellos que, unidos a Jesús, saben esperar con paciencia.

La primera comunidad vinculaba el rito memorial de la Eucaristía con la expectativa de la segunda venida de Cristo, tanto en las narraciones del Evangelio (Cfr. Lc. 22:15-18) como en la declaración de Pablo que “cuantas veces coméis este pan y bebéis este cáliz, proclamáis la muerte del Señor hasta que venga” (1Co. 11:26). (Figueras, 2016, p. 171)

Los primeros cristianos tenían claro que la fe se alimenta por la Eucaristía y produce esperanza, que anhela la justicia de Dios, se concreta en la comunidad, se manifiesta en los actos rituales y se vive en el amor que todo lo espera y todo lo soporta (Cfr. 1 Co 13,7).

Además de estos dos ritos específicos, la vida cristiana de la comunidad primitiva se nutría del evangelio, y de prácticas de piedad como oraciones, ayunos, ágapes y obras de misericordia. La oración tres veces al día, por ejemplo, especialmente el Padre nuestro, tenía como fin consagrar el tiempo a Dios, santificar el día, era una herencia judía; esta práctica revela la idea de esperanza, el cristiano sabe que su tiempo es todo don de Dios que actúa en su cotidianidad, por eso lo ofrece sin reparos a aquel que se lo ha dado, confiando en que lo confortará y acompañará.

En fin, la idea de esperanza penetra también la vida ritual del cristianismo primitivo; si por el don de la fe el creyente ha sido llamado en Cristo a una vida nueva, por la esperanza se mantiene

en este camino, y la participación de los ritos viene a ser expresión del estado de su esperanza. El que espera ve y comprende en los actos rituales realizados en el presente la actualización del pasado y a su vez la realización del futuro, en últimas la esperanza fortalece los ritos en tanto les otorga sentido pleno.

8.1.4 El martirio.

Desde sus inicios, el cristianismo suscitó opiniones diversas entre la sociedad en la cual nacía y crecía, no pocos hombres se mostraron apáticos y hasta hostiles con la nueva religión que se fortalecía rápidamente, lo cierto es que quien se convertía al cristianismo, tenía un cambio de vida tal que asombraba a aquellos que le conocían desde antes, en cierta manera no era el mismo, había algo nuevo que lo hacía diferente y por eso quizás molesto. De allí que surgieran suspicacias y calumnias por parte de quienes no comprendían el cristianismo hasta el punto de desatar persecuciones con el fin de que la nueva religión se acabara; no obstante esta actitud hostil lejos de menguar el cristianismo, dio pie para que viera la luz una de las más nobles y contundentes formas de testimoniar la fe por parte de quienes, confiados en lo que creían, convencidos por lo que ahora conocían y confortados por lo que esperaban, caminaron con la frente en alto hasta la muerte, así nació el martirio.

Llegó a ser tan llamativo y poderoso el testimonio del martirio para los cristianos, que ya desde el principio fue considerado la expresión más perfecta de santidad. Los mártires, hombres y mujeres asidos a su fe, dieron testimonio público, imitando a Cristo hasta la muerte injusta y cruel, sabiendo que aquel que les había dado la vida y los había redimido, tenía el poder para devolvérsela, y ahora de manera plena. En los mártires hay una profunda comprensión de esperanza, es el impulso natural de la esperanza lo que los lleva hasta desprenderse de su propia vida, como lo afirma el Papa Benedicto XVI en la audiencia general del 11 de agosto de 2010:

Una vez más, ¿de dónde nace la fuerza para afrontar el martirio? De la profunda e íntima unión con Cristo, porque el martirio y la vocación al martirio no son el resultado de un esfuerzo humano, sino la respuesta a una iniciativa y a una llamada de Dios; son un don de su gracia, que nos hace capaces de dar la propia vida por amor a Cristo y a la Iglesia, y así al mundo. Si leemos la vida de los mártires quedamos sorprendidos por la serenidad y la valentía a la hora de afrontar el sufrimiento y la muerte: el poder de Dios se manifiesta plenamente en

la debilidad, en la pobreza de quien se encomienda a él y sólo en él pone su esperanza (Cfr. 2 Co 12, 9). Pero es importante subrayar que la gracia de Dios no suprime o sofoca la libertad de quien afronta el martirio, sino, al contrario, la enriquece y la exalta: el mártir es una persona sumamente libre, libre respecto del poder, del mundo: una persona libre, que en un único acto definitivo entrega toda su vida a Dios, y en un acto supremo de fe, de esperanza y de caridad se abandona en las manos de su Creador y Redentor; sacrifica su vida para ser asociado de modo total al sacrificio de Cristo en la cruz. En una palabra, el martirio es un gran acto de amor en respuesta al inmenso amor de Dios. (Benedicto XVI, 2010)

El mártir, unido a la Iglesia, sigue el ejemplo de Cristo, atestiguando en sí mismo la fe en el resucitado delante de sus verdugos, no muere porque sí, su muerte es testimonio, con ella anima a la comunidad a permanecer firme en las promesas.

San Ignacio de Antioquía, en su carta a los romanos, deja ver el espíritu propio del martirio: Por lo que a mí me toca, escribo a todas las Iglesias, y a todas les encarezco que yo estoy pronto a morir de buena gana por Dios, con tal que vosotros no me lo impidáis. Yo os suplico: no mostréis para conmigo una benevolencia inoportuna. Permitidme ser pasto de las fieras, por las que me es dado alcanzar a Dios. Trigo soy de Dios, y por los dientes de las fieras he de ser molido, a fin de ser presentado como limpio pan de Cristo. (Ruiz Bueno, 2009, p. 401)

La muerte es aceptada de buena gana para alcanzar a Dios, imitando a Cristo; todo lo temporal pierde su atracción frente a lo eterno que se aproxima, de allí el rechazo de Ignacio a cualquier intención de ser liberado, la muerte es una meta en la carrera que solo se puede realizar con el motor de la esperanza que impulsa al mártir a la vida eterna como auténtica felicidad del hombre.

Hasta aquí ya se puede ver una clara idea de esperanza en el cristianismo primitivo, estos creyentes entienden la esperanza como un don recibido de Dios mediante la fe, como un soporte que los impulsa a seguir adelante; la viven en la comunidad ligándola a las prácticas de caridad, no está sola, sino que junto con la fe y el amor componen un conjunto que transforma y anima la vida del cristiano; la manifiestan en sus ritos al entender que en el bautismo están entrando a una vida nueva y que en la eucaristía se están acercando al misterio que anhelan poseer ya en totalidad cuando Cristo vuelva. La comunidad de Tesalónica deja ver como la Iglesia primitiva se esforzaba por comprender el actuar mismo de la esperanza y por vivir conforme a esta y los

mártires vienen a ser el ejemplo más significativo del actuar de la esperanza en la vida del hombre.

8.2 Hacia una comprensión de la idea de esperanza

Con el ánimo de ampliar el análisis hasta ahora hecho de la comprensión de esperanza en los primeros cristianos, es necesario acercarse a la acción de la esperanza en la vida del hombre y en las realidades que le acontecen, de manera que se identificará cómo los primeros cristianos pasan de la idea una espera en la venida inminente del Señor a la idea de una esperanza que abarca toda la existencia humana.

8.2.1 La Esperanza y las realidades humanas.

Como se dijo antes, la esperanza cristiana es motor que impulsa al hombre al reino de los cielos y a la vida eterna, esperanza y escatología están muy unidas, la una prepara e ilumina a la otra, la escatología es bien comprendida solo desde la esperanza y la esperanza adquiere un sentido mayor desde la escatología.

En toda la escatología, la esperanza adquiere un papel principal y un valor fundamental, esta esperanza es Jesús mismo, puesto que es él quien salva, y su obra salvadora ha comenzado ya con la resurrección y sigue activa en la espera de su segunda venida; la comunidad debe permanecer unida en la esperanza de la salvación que permite vivir en actitud de confianza y constancia.

No obstante, esta esperanza no deja de estar vinculada a las realidades humanas, es en ellas donde se vive y es a partir de ellas que se ejercita y toma sentido. El hombre que tiene esperanza vive sereno, descubre el sentido a las cosas, y cuando todo parece estar difícil, como en los momentos de persecución, aún allí se sabe acompañado por Dios, al fin de cuentas ya no anda solo, sino que Jesús lo acompaña hasta en los valles oscuros.

Todo ser humano, dentro de su existencia situada en este mundo, está continuamente lanzado hacia la consecución de una meta o un propósito, tanto más cuanto mayor es el grado de su conciencia. Esa meta puede ser meramente transitoria, a mediano o largo plazo, o puede ser

de carácter más trascendental, que supere lo finito, una vida sin límites y de unión definitiva con Dios, después de la muerte.

Ahora bien, durante esta situación de estar siempre lanzado o de alguna manera impulsado hacia esa meta, el ser humano parece estar movido desde dentro por una “fuerza por la cual un ser puede seguir su impulso con todo el poder que le es propio”. Pero si esta meta está dentro de la temporalidad y es alcanzada en algún momento, ese mismo ser humano seguramente se pondrá de nuevo en situación de estar lanzado a alcanzar otra meta.

Ello significa, precisamente, que por principio el hombre mira su propia existencia como un camino hacia una meta que “todavía no” ha alcanzado, y en consecuencia, existir es un vivir dentro de un “todavía no”. De allí, entonces, que lo que hace gravoso y más cargado de tensiones sea ese punto de tensión del “todavía no”. Es allí donde se sitúa el fenómeno esperanza como principio, fuerza, o impulso que capacita para resistir la realización de grandes esfuerzos, que implica la consecución de tal meta. (Baena, 2005, pp. 210-211)

La esperanza no puede entonces estar desligada del hombre y de las realidades humanas, la esperanza es don de Dios al hombre, es esencialmente humana, es en la experiencia vital donde se hace necesaria y cuando se posee se hace palpable, produce una transformación de dicha experiencia vital. El hombre que tiende a lo infinito, a superarse a sí mismo, se encuentra a menudo con obstáculos que parecen truncar su camino, entre ellos la muerte, la esperanza le ayuda a entender y superar dichos obstáculos, le ayuda a conocer, a aceptarse y a seguir adelante.

Pablo recuerda a los efesios cómo antes de su encuentro con Cristo no tenían en el mundo «ni esperanza ni Dios» (Ef 2,12). Naturalmente, él sabía que habían tenido dioses, que habían tenido una religión, pero sus dioses se habían demostrado inciertos y de sus mitos contradictorios no surgía esperanza alguna. A pesar de los dioses, estaban «sin Dios» y, por consiguiente, se hallaban en un mundo oscuro, ante un futuro sombrío.

Quién se ha encontrado con Cristo mediante la fe, goza de la esperanza, los primeros cristianos tenían como inminente la venida del Señor, la misma comunidad de Tesalónica se preocupaba por saber cuándo sería esa venida, que parecía estar muy cerca, se encontraban en la dimensión de esperar que el Señor viniera y cumpliera todas sus promesas, no obstante, no faltaban quienes en dicha espera creían que no debían preocuparse ya por nada sino aguardar pasivamente, esta no es una auténtica esperanza, la esperanza verdadera antes bien impulsa a transformar el entorno, impulsa a la caridad.

8.2.2 De la espera a la Esperanza.

Con el paso del tiempo los cristianos, que un primer momento creían que la parusía sería inminente se dan cuenta que no es del todo así, ellos esperan la segunda venida del Señor, pero esta se retrasa más, lo que les hace ver que no necesariamente será tan pronto como lo creen y les invita a reflexionar en su ser como cristianos. Pasar de la espera apocalíptica de Jesús a la esperanza indica toda una evolución en la mentalidad del cristianismo primitivo; la idea de esperanza cambia, ya no es la espera de un suceso apoteósico que vendrá muy pronto y que obliga a actuar de determinada manera mientras se aguarda, sino que es una esperanza confiada en Jesús que acompaña y consuela que antes que obligar, invita a la acción.

Por ejemplo, en la comunidad de Tesalónica, de la que ya se ha hablado, hay una preocupación por el destino de quienes han muerto, apareciendo en el panorama de la comunidad el tema propio de la Parusía (Cfr. 1 Ts 2,19; 5,1-11; 2 Ts 2,1-2). La pregunta concreta que se hace la comunidad es ¿cuándo llegará la Parusía? Y la respuesta es más concreta aún, no lo podemos saber, “Vosotros mismos sabéis perfectamente que el Día del Señor ha de venir como un ladrón en la noche” (1 Ts 5,2) ¿Pero en qué consiste esta Parusía? Pablo hace una insistente invitación a estar preparados, y este estar preparados lo refleja cuando pide que estén vigilantes y despiertos, revestidos de la coraza de la fe y la caridad y con el yelmo de la esperanza (Cfr. 1 Ts 5,6ss)

Como se puede observar en los versículos referenciados, hay una identificación de la parusía con el llamado día del Señor y este día del Señor se identifica con la segunda venida de Cristo. La segunda carta a los tesalonicenses quiere calmar los ánimos de la comunidad ante la inminencia o no de la Parusía y sobre todo invitarlos a no prestar atención a aquellos que quieren alterar la vida comunitaria.

Pablo entiende la Parusía como un «estar en el Señor», un don del mismo Dios que otorga la salvación a la humanidad de manera gratuita mediante la muerte y resurrección de Jesús, a este respecto hace referencia el Papa Benedicto XVI en su audiencia general del 12 de noviembre de 2008:

San Pablo describe la parusía de Cristo con acentos muy vivos y con imágenes simbólicas, pero que transmiten un mensaje sencillo y profundo: al final estaremos siempre con el Señor. Este es, más allá de las imágenes, el mensaje esencial: nuestro futuro es “estar con el Señor”;

en cuanto creyentes, en nuestra vida ya estamos con el Señor; nuestro futuro, la vida eterna, ya ha comenzado. (2008)

Pablo habla en la primera carta a los tesalonicenses del carácter sorpresivo o inesperado de la parusía, no se sabe cuándo va a venir, empero este carácter de inesperado había hecho mella en la comunidad hasta al punto de que no pocos lo asimilaban con inminente, como es sorpresivo su día, será muy muy pronto, pensaban. Aquí algunos estudiosos indican que Pablo, al posiblemente contarse entre aquellos que queden hasta la Venida del Señor en 1 Ts 4,15b, creía él mismo que la parusía sería un acontecimiento próximo, inminente, sin embargo, no todos están de acuerdo en entender de esta forma el pasaje alegando que ese plural se refiere a la comunidad y Pablo se cuenta con ellos por la cercanía y la filiación que mantienen. Velasco ratifica que “No todos están de acuerdo en interpretar las palabras de Pablo en el sentido de que él tiene la esperanza de estar presente cuando ocurra este evento. Para éstos la afirmación de Pablo sería un recurso literario para dar más fuerza a su argumentación” (2009, p. 152); lo claro es que la comunidad de Tesalónica empezó a creer que la parusía sería inminente, quizás alentados por la circulación de una falsa carta paulina a la que se hace mención en 2 Ts 2,2, ellos están en una espera.

La exhortación de Pablo se centra en que la comunidad se encuentre preparada porque no porque el día está ya cercano, sino porque es inesperado, lo importante es mantener la esperanza en estas promesas, es la esperanza la que da dinamismo a la vida de la comunidad; ante una inminente parusía no tarda en aparecer la tentación de dejar de preocuparse por las cosas actuales incluido el dejar de trabajar, producto de una espera pasiva y sin sentido, pablo los invita a la actividad., la parusía no dispensa del trabajo en el mundo sino que anima a la corresponsabilidad del hombre para con todos y todo, de allí que el apóstol afirme que “Si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma” (2 Ts 3, 10b).

La misma esperanza cristiana que mueve al hombre a permanecer firme en la promesa recibida, lo motiva también a desarrollar un sentido de responsabilidad social, a preocuparse por sí mismo, por su vida y su vivencia de la fe, a la vez que por la de los demás, “en otras palabras, la espera de la parusía de Jesús no dispensa del trabajo en este mundo; al contrario, crea responsabilidad ante el juez divino sobre nuestro obrar en este mundo. Precisamente así crece nuestra responsabilidad de trabajar en y para este mundo” (Benedicto XVI, 2008).

Ante la exaltación exagerada que suscita la inminencia de la Parusía Pablo reacciona explicando los acontecimientos previos a la misma en 2 Ts 2,5-12: apostasía, manifestación del

hombre impío que pretende usurpar el lugar de Dios y que será destruido con la manifestación de la Venida del Señor. Todas estas señales explicadas por el apóstol buscan instruir a la comunidad a la vez que no deja de colocarla en una situación de vigilancia permanente, estar despiertos para saber identificar las señales, no dejarse confundir por este hombre impío que con sus prodigios y señales producto del influjo de Satanás quiere engañarlos.

La gran respuesta ante estos acontecimientos no es otra que la perseverancia en la auténtica esperanza, según lo manifiesta el apóstol en 2 Ts 2,13-17 y este perseverar se hace visible en la vida práctica, en la medida que se vive una vida de santidad acompañada de la certeza de la resurrección de Jesús. La vida de esperanza es una vida de alegría (Cfr. 1 Ts 4,13) es esta actitud de alegría, y no de alarma, la que debe sobresalir en un cristiano.

La parusía lejos de ser ocasión de preocupación y angustia se convierte para el cristiano en certeza de su vida plena en Cristo, certeza que se va realizando desde ya en el mundo a partir de la misma resurrección de Cristo, certeza que mantiene encendida la llama de la esperanza que surge de la fe y se vitaliza en el ejercicio de la caridad. El cristianismo primitivo experimentó todo este movimiento evolutivo de una espera pasiva y hasta atemorizadora a una esperanza activa, que consuela y conforta, que anima la vida de la comunidad y que ansía la comunión entre todos y con Cristo.

En definitiva, la esperanza no está por fuera de las realidades humanas, porque en sí misma se identifica con el hombre, es en las realidades humanas donde se vive la esperanza y es a estas mismas realidades a las que les da sentido, sobrepasando su nivel de limitación en tanto que eleva al hombre mismo a la trascendencia; pasar de la espera a la esperanza es vital para el cristiano, es abrazar ya la vida eterna.

9. Capítulo III: Aportes de la relación esperanza-rito del cristianismo primitivo a la vida ritual cristiana hoy.

Hasta aquí se ha recorrido el camino de la configuración de los ritos y la comprensión de esperanza en el cristianismo primitivo, ahora es momento de adentrarse en la relación esperanza-rito tanto en el cristianismo primitivo como en la Iglesia hoy, esto con el ánimo de comprender la situación actual e identificar los aportes que permitan fortalecer la vida ritual cristiana actual. Para esto se describirán los cambios presentados en la relación esperanza-rito y luego se procederá a condensar los aportes pertinentes para el fortalecimiento de la vida ritual cristiana hoy y algunos criterios de acción que en este orden de ideas dichos aportes sugieren.

9.1 Análisis de las relaciones esperanza-rito en el cristianismo primitivo y esperanza-rito en la Iglesia hoy

Este primer apartado se aproxima a la naturaleza y el estado de las relaciones esperanza-rito tanto en el cristianismo primitivo de los tres primeros siglos como en la Iglesia hoy, en el tiempo postconciliar, e identifica los cambios que se han dado, sin tener en cuenta de manera específica la evolución desarrollada a lo largo de toda la historia. Para esta labor se expone el estado actual de la vida ritual cristiana y se realiza un acercamiento a la idea de esperanza en el mundo de hoy.

9.1.1 Esperanza-rito en el cristianismo primitivo.

Esperanza y ritos están íntimamente unidos, al fin de cuentas el rito hace patente las verdades de fe del creyente, en las cuales espera, y es también gracias a la esperanza como el rito puede adquirir sentido pleno, de manera que esta fortalece la vida ritual.

La capacidad del rito de hacer patente lo sagrado que irrumpe en la vida del hombre tornándose hierofanía, de actualizar las historias fundantes que se narran en el mito, de manifestar por medio de signos y símbolos de manera concreta y real aquellas cosas que se anhelan, y de darle un nuevo sentido a la vida, es lo que le confiere un valor auténtico. La esperanza le otorga esa capacidad porque supera el plano terrenal y coloca al hombre de frente a la trascendencia.

El rito del bautismo y la fracción del pan, celebrados por los cristianos primitivos, dejan ver el movimiento entre esperanza y rito, el nuevo creyente se sumerge a las aguas bautismales porque ya antes se ha sumergido a las verdades cristianas, sino creyera y si no tuviera esperanza, no les encontraría sentido a dichas prácticas, viviera triste, como sin rumbo (Cfr. 1 Ts 4,13). En la eucaristía por medio del culto a Jesús, el recuerdo de sus enseñanzas y la participación en la comunión, el creyente se hace otro Cristo y su vida toma un sentido completamente nuevo, la esperanza le mueve a celebrar estos ritos y a la vez esperanzado en la segunda venida del Señor, aguarda paciente su propia glorificación.

Es a partir del descubrimiento del sentido pleno del rito que el creyente se entiende a sí mismo como otro Cristo impulsado a asociarse a los sufrimientos de su pasión y urgido a la oración, el ayuno, las prácticas de caridad en favor de los más necesitados.

Para describir este movimiento entre esperanza y rito que determinan el tipo de relación se puede acuñar la palabra *plenificar*; con esta palabra se quiere expresar que la esperanza hace pleno al rito, es decir, lo dota del sentido necesario para que sea efectivo para quienes lo practican, para esto es necesario recordar lo que ya se ha dicho en torno a que fe y esperanza están íntimamente unidas, la fe es substancia de lo que se espera. La esperanza hace que el rito adquiera su verdadero sentido ayudado de los signos y símbolos, lo hace necesario a la vida del hombre y lo vincula con la fe y la caridad, y una vez el cristiano ha entendido esto es capaz incluso de encontrar el mismo rito una fuente para mantener su esperanza.

Por eso los mártires no tuvieron reparo en ofrecer su vida, su fe era fuerte, su esperanza viva y su caridad total, estaban seguros de lo que esperaban y lo que celebraban, por eso sabían que el entregar su vida les serviría para encontrarse con Cristo en el paraíso, como el buen ladrón (Cfr. Lc 23,43). Así los ritos celebrados en el culto en torno al misterio del sacrificio de Cristo llegaban a ser una verdadera invitación y preparación para el mártir referente a su propio sacrificio, la salvación es vivida como su mayor tesoro frente al cual todo lo demás es estimado por nada.

9.1.2 Esperanza-rito en la Iglesia hoy.

Para descubrir la naturaleza de la relación esperanza-rito en la Iglesia hoy es necesario primero conocer la vida ritual hoy, así como la comprensión actual de Esperanza.

9.1.2.1 La vida ritual hoy.

Todo el culto cristiano y los ritos que lo componen son siempre obra de Dios, es Él quien los instituye y los designa; en el episodio del becerro de oro narrado en el libro del Éxodo, los Israelitas querían glorificar a Yahvé haciéndose la figura de un becerro, sin embargo este culto es aborrecido por Dios, a pesar de que el becerro representaba al dios que los había liberado y no a otro, el problema va más allá de adorar a otros dios, incluso va más allá de haber fabricado la imagen, de lo contrario Dios no les mandara a fabricar una serpiente de bronce para quedar sanos, el problema radica en que son ellos quienes se confieren la facultad de hacer el becerro y de instituir este culto, se sienten capaces de designar el rito y la manera como deben realizarlo (Cfr. Ex 32,1-10).

Así no funciona el culto verdadero a Dios, es siempre Él quien toma la iniciativa y le otorga el rito al hombre para que sepa cómo debe dar culto. Lo propio de los ritos es que le son dados al hombre y lo sacan de la cotidianidad para adentrarlos en la trascendencia, en la vida de Dios. En su naturaleza propia el rito abarca toda la vida del hombre, a partir de él todas las relaciones humanas se ven iluminadas, el rito tiene la capacidad de darle sentido a las estructuras, de ordenarlas; por ejemplo, cuando Israel salió a dar culto al desierto atravesando el mar, la acción no fue solo cultural sino también constitutiva de un pueblo, a partir del sacrificio adquirieron identidad como nación, de igual manera los ritos hoy dan identidad a un pueblo o a una determinada comunidad, los hacen ser lo que son y les recuerda su origen y su propia historia.

Los ritos cristianos católicos contenidos en la sagrada liturgia han tenido y siguen teniendo como objetivo dar culto al Dios verdadero Padre, Hijo y Espíritu Santo, buscan acercar al hombre a la divinidad y hacerle vivir, por medio de signos, las realidades invisibles a las que se refieren, son auténticos en cuanto son iniciativa de Dios que los otorga a su Iglesia para que esta pueda dar culto.

Empero, hoy la situación es compleja, el hombre interesado en lo contingente pero alejado de lo esencial, ha dejado de descubrir el vínculo natural entre el rito y su propia vida, como lo dice el papa Benedicto XVI en su Introducción al espíritu de la liturgia “hoy la palabra “rito” suena mal en muchos oídos. El rito es tenido por algo rígido que se halla vinculado a formas preestablecidas. Se suele pensar que la creatividad y la dinámica de la inculturación son sus antagonistas” (Ratzinger, 2014, p. 133).

Se percibe cierta sensación de aburrimiento en torno al rito, de ser algo impuesto, alejado de la realidad, y por tanto tedioso; esto produce que algunos lo temen a la ligera o lo vean únicamente como la continuación de una sana tradición, pero desconectada de la vida, cuando en realidad rito y vida están íntimamente unidos, otros por su parte lo han reducido al ámbito de lo privado, como una forma de autosatisfacer su necesidad de trascendencia y se han olvidado que el rito es esencialmente comunitario, por supuesto no faltan personas que lo valoran y lo viven tal como es, como medio indispensable para la religación con Dios y con el hermano.

En este contexto no faltan las voces de muchos que reclaman por una renovación, casi transformación del rito, para hacerlo más cercano, más actual, más agradable, incluso se registran no pocos abusos en materia ritual por parte de quienes, escudados en la inculturación y la necesidad de presentarlo atractivo a la gente, llegan a desvirtuar su esencia misma.

Es importante tener en cuenta que en el seno de la Iglesia convergen diferentes ritos, provenientes de distintas tradiciones culturales y sociales, pero todos ellos orientados al culto verdadero. El rito romano, dominante en occidente, se propagó por diversas culturas y pueblos mientras caminaba hacia su uniformidad, conseguida finalmente en el Concilio Vaticano II; este rito es valorado como algo dado por Dios que no debe estar sometido a arbitrariedades ni a gustos particulares, por esta razón la creatividad no es un criterio de acción válido en materia ritual, al fin de cuenta el rito no es la forma como el hombre crea su relación con Dios sino más bien la expresión de la manera como Dios irrumpe en el mundo y entra en contacto con el hombre.

Lo anterior no quiere decir que el rito y toda la liturgia se refiera a cánones fijos, inmodificables y aburridos, como algunos lo consideran, sino más bien subraya la divinidad e institución superior de los mismos, que lógicamente han de adaptarse para que sean siempre significantes al hombre de todos los tiempos y en todo lugar, y para esto es necesario que el hombre reconozca en el rito su realidad trascendente.

La vida ritual hoy debe estar marcada por la ponderación positiva del rito y de todo el entramado litúrgico como la manera querida por Dios para entrar en contacto con él, al fin y al cabo “En los ritos se pone de manifiesto que a cada uno de nosotros nos sobreviene algo que él no es capaz de realizar por sí solo. Ello permite al sujeto entrar en un espacio mayor que, a fin de cuentas, también hunde sus raíces en la Revelación” (Ratzinger, 2014, p. 139). Además, se debe procurar una efectiva comunicación de las realidades invisibles al hombre que con fe y movido

por la esperanza se acerca a este puente válido para la unión con Dios, esto a partir de la adecuada comprensión de lo que el rito es y lo que hace.

9.1.2.2 La comprensión de Esperanza en el hombre hoy.

El hombre de hoy vive en un intrépido afán de cuidarse, estar bien, seguro, de garantizar sus necesidades, tener una vida larga, fácil y estable; sin embargo, al mismo tiempo experimenta la fatiga y el cansancio que esta vida puede producir.

Este dualismo se produce porque el ser humano se niega a ser un ser para la muerte y posee un ansia de trascendencia, empero, lo trascendente a la vez le es desconocido, no sabe exactamente qué es y por eso se anima a alargar lo más posible esto que conoce a la vez que se lamenta por no llegar pronto a donde quiere. En este escenario es donde se halla hoy la esperanza.

De algún modo deseamos la vida misma, la verdadera, la que no se vea afectada ni siquiera por la muerte; pero, al mismo tiempo, no conocemos eso hacia lo que nos sentimos impulsados. No podemos dejar de tender a ello y, sin embargo, sabemos que todo lo que podemos experimentar o realizar no es lo que deseamos. Esta « realidad » desconocida es la verdadera « esperanza » que nos empuja y, al mismo tiempo, su desconocimiento es la causa de todas las desesperaciones, así como también de todos los impulsos positivos o destructivos hacia el mundo auténtico y el auténtico hombre. (Benedicto XVI, Carta encíclica Spe Salvi sobre la esperanza cristiana, 2007)

Junto a lo anterior existe también la percepción común de que se asiste a una época de desesperanza, de poco optimismo religioso, político, económico y hasta científico. La ciencia, la tecnología y la razón han demostrado que por sí solas no son capaces de resolver los problemas del hombre; de igual manera la perspectiva de un crecimiento económico ilimitado no ha sido más que una ilusión, la esperanza económica ha impulsado al hombre a querer cada vez más a costa de los otros y hasta de sí mismo, devorando cuanto sea necesario en este proceso, pero las crisis económicas han demostrado lo débil que la economía puede llegar a ser y la imposibilidad que tiene de alimentar la esperanza humana.

También la política ha demostrado su insuficiencia en este sentido, corrientes como el socialismo, que llegaron con la promesa de ser la gran solución a los problemas del hombre

moderno y de la sociedad, terminaron siendo opresivas y totalitarias hasta el punto de derrumbarse, esta fue también una esperanza defraudada. Incluso la Iglesia que con el concilio Vaticano II alimentó un entusiasmo esperanzador no se ha visto alejada de este sentimiento de desesperanza, situaciones como los escándalos sexuales y económicos han hecho mella en muchos hombres y mujeres causando vergüenza, a esto también se le suma que la persona de Dios en un mundo dominado por otra clase de esperanzas se ha tornado irrelevante.

Todo esto ha generado que hoy el individuo se incline por una esperanza basada en el culto del yo, esta aparece seductora porque plantea el libre desarrollo de la persona, sin reconocer ninguna clase de límites y con la apariencia de una inclusión benévola que promete hacer iguales a todos y tomarlos en cuenta. Este nuevo fundamento de esperanza, que ha influenciado todos los ambientes del hombre, incluido el religioso, rechaza cualquier idea de sacrificio y renuncia porque las considera como contradictorias al devenir actual, a la felicidad, al disfrute de la vida, a las aspiraciones de ser más y tener más, a lo entrañablemente humano, en fin, porque se oponen al hombre a sí mismo.

De allí que teólogos como José M. Castillo (2007), por ejemplo, en su intención de establecer el centro de una espiritualidad cristiana sana y coherente con el evangelio, llegue a decir que “los hombres y mujeres de este mundo lo que lógicamente queremos es ser felices, realizarnos plenamente, conseguir el logro de nuestras aspiraciones y anhelos más profundos. De ahí que una espiritualidad que entra en conflicto con esas aspiraciones y anhelos es una espiritualidad abocada al fracaso” (p. 17).

Ciertamente el hombre debe buscar realizarse como persona, superarse y ser mejor cada día, transitar un camino de perfección que lo hace más humano, camino que también deben seguir los creyentes, sin embargo, esta certeza se queda en lo superficial. Al analizar lo que hay detrás de estas afirmaciones se evidencia que lo dicho por Castillo alberga un peligro, el considerar que las aspiraciones y anhelos más profundos son realizables únicamente a partir del goce y el disfrute de la vida terrenal, cuando ya se ha dicho que la cuestión de lo trascendente inquieta al hombre de todos los tiempos; cabe aclarar aquí que la auténtica espiritualidad cristiana surge de la esperanza, e impulsa al hombre a reconocer su realidad, vivir en su contexto e identificar sus capacidades y debilidades para transformar su vida misma, siendo mejor cada día mientras anhela pacientemente aquello que espera.

La esperanza está vinculada a las realidades humanas porque es en ellas donde se vive y se ejercita, pero cuando las aspiraciones solo están en el plano de lo terreno, estas, o no se pueden llegar a cumplir, o son conseguidas en algún momento, colocando al hombre en la tensión de alcanzar una nueva meta cada vez mayor, llegándose a generar también una sensación de vacío.

Estos nuevos fundamentos de esperanza, incluido el del culto del yo, han demostrado una y otra vez que son incapaces de configurar una esperanza realmente auténtica porque no son capaces de consolar al hombre desde el interior y liberarlo de la sensación de vacío. “Vivimos en una época de desesperanza, no sólo porque la gente ha construido sus esperanzas sobre fundamentos inestables, sino también porque muchos de nosotros hemos estado esperando cosas insustanciales” (Nolan, 2010, pp. 25-26).

No obstante, esta época de desesperanza, aún subsiste la auténtica esperanza cristiana, que es la misma y a la vez se hace actual en el tiempo y las situaciones particulares, esta esperanza cristiana es Cristo resucitado, que promueve la realización de la voluntad divina en la tierra y conduce a la lucha por el bien común, incluso de maneras enigmáticas, es así como la desesperanza es también el lugar para encontrar y vivir la esperanza cristiana, como lo ejemplifica Albert Nolan:

El terrible sufrimiento de tanta gente por los conflictos violentos, los terremotos, los tsunamis y las pandemias como el VIH/sida, pueden provocar desesperanza en algunos, pero también suscita enormes olas de compasión. Lo que el mundo necesita más que cualquier otra cosa es más compasión. ¿No será ésta la obra enigmática de Dios? (Nolan, 2010, p. 29)

A pesar de la banalización de la idea de esperanza producto de la insuficiencia de las grandes soluciones que el hombre ha pretendido encontrar en la política, la economía o la ciencia, la esperanza aún conserva su sentido y su esencia propia siempre que promueve al hombre a aquello que verdaderamente lo sobrepasa, la esperanza hoy sigue latente aunque el hombre parezca perdido, lo que necesita es redescubrirla, de esa manera se puede afirmar que “La aportación más valiosa que un cristiano puede hacer a nuestra época de desesperanza consiste en seguir actuando, en virtud de nuestra fe, con esperanza, y en ser de este modo un estímulo para quienes han perdido toda esperanza” (Nolan, 2010, p. 31).

9.1.2.3 Estado actual de la relación Esperanza-rito.

En la oración se aprende la esperanza y por la esperanza se viven más íntimamente los signos que comunican las realidades divinas y las promesas que, por la fe, ha recibido el creyente, así el hombre entiende qué es aquello que espera y cómo debe vivir para conseguirlo. Esta confrontación consigo mismo y con Dios eleva al hombre a querer vaciarse de todo aquello que le separa de su creador y de sus hermanos, de todas aquellas esperanzas ficticias que no le ofrecen nada definitivo que lo colme, le hace capaz de pedir a Dios lo que realmente necesita, pedir por sí y para los demás, dejar de lado las cosas banales y en definitiva sumergirse en la comunidad que le acoge y le anima.

Ya no se asiste a los primeros siglos del cristianismo donde los ritos apenas se estaban configurando y haciéndose plenos a partir de la fe y la esperanza, ahora la fe y la esperanza son, en no pocos casos, un supuesto, y en este nuevo contexto los ritos reafirman la esperanza misma, la alimentan, la fortalecen. Sin embargo, esto no se puede dar sino a partir de la plena conciencia de que en la base de lo que se celebra está aquello que se cree y se espera.

Hoy como ayer las prácticas rituales cristianas católicas manifiestan la fe y la esperanza, es más, la fortalecen, en la medida que ilustran al hombre las realidades divinas; cuando los signos son comprendidos a la luz de lo que se espera es fácil reconocer su validez en la labor de expresar las realidades que atañen. No obstante, hoy no dejan de parecer ajenas a las realidades particulares de muchos católicos que han ido perdiendo la capacidad de ver la conexión entre lo que esperan, lo que celebran y las implicaciones en su vida misma.

La relación de hoy entre esperanza y rito pareciera ser de fortalecimiento mutuo en cuanto al rito mismo estimula a una vida de esperanza, algo a todas luces válido, siendo necesario reconocer que este fortalecimiento parte del reconocimiento de la esperanza cristiana como motor que impulsa al hombre y no como un supuesto que quizás cae en el olvido, solo alimentado desde la misma esperanza el rito puede ser para el hombre fuente de esperanza.

9.1.3 ¿Qué ha cambiado?

Es necesario saber qué ha cambiado en torno a la relación esperanza-rito respecto al cristianismo primitivo en la Iglesia hoy, porque efectivamente ha habido un cambio evidenciado en la poca

conexión de rito y vida evidenciada en la actualidad que ha tendido a la relativización del culto o su reducción a un espacio concreto que no se hace continuo en toda la vida del hombre.

Se ha perdido el valor de plenificación que la esperanza le otorga al rito y esto es así por la misma atmosfera de desesperanza que cubre al mundo actual, causando que el hombre pierda disposición. Además, se asiste a una época de cambios vertiginosos y sin precedentes que cuestionan todo aquello que suene establecido por otro, y los ritos son establecidos por Dios, esta es la época del hombre autosuficiente y autorreferencialista que no necesita de ritos que le muestren lo que realmente subsiste porque se ha fascinado con todo lo que puede hacer, el mismo es capaz otorgarse su propia espiritualidad y su propio culto.

No ha cambiado entonces la esperanza, no ha cambiado la esencia de los ritos, lo que ha cambiado es la disposición del hombre frente al culto y los ritos, que vienen a ser ponderados como algo extraño a la vida misma. Esto no era así para los primeros cristianos, ellos estaban dispuestos a anunciar el evangelio, a entregar su propia vida porque estaban seguros que así se asociaban a los sufrimientos de Cristo (Cfr. Col 1,24). La esperanza, producto de la fe les animaba a seguir adelante ante el asombro de sus conciudadanos, a actuar en favor del otro y a construir juntos el reino de Dios en la tierra, convencidos que a la hora de su muerte estarían con Cristo en el paraíso (Lc 23:43).

De tal manera que la disminución en la asistencia a las actividades rituales, el cada vez menor compromiso del cristiano para con su propia vida y con la comunidad, la participación de corte pasivo, la creciente sensación de que los espacios de culto son como un oasis aislado del resto de escenarios de la vida del hombre, en fin, la crisis en toda la vida ritual es ante todo una auténtica crisis de esperanza.

En pocas palabras se puede decir que la relación esperanza-rito estuvo marcada en el pasado por la cualidad de plenificación que la esperanza le otorgaba al rito, eso le permitía estar conectado con la vida de los creyentes que, mediante la fe, descubrían en los actos rituales que celebraban los misterios mismos de la vida de Cristo, su pasión, muerte y resurrección, a la vez que le señalaban las realidades espirituales a las que estaban convocados. No obstante en la actualidad el hombre se ha volcado a buscar cualquier cosa que sienta como propia y que le sirva a la vez como fundamento de su esperanza, el problema es que todos estos fundamentos han resultado inestables y se ha generado una creciente sensación de desesperanza; el rechazo de todo aquello que le suene extraño e impropio ha traído también como consecuencia que los ritos

se vean como algo ajeno que a veces no se conectan con su vida misma; el cambio en la disposición del hombre frente a los ritos le ha llevado a perder ese sentido de plenificación, y este cambio de disposición es resultado de una crisis en el fundamento de su esperanza.

9.2. Aportes identificados en la relación esperanza-rito del cristianismo primitivo para el fortalecimiento de la vida ritual cristiana hoy.

Teniendo en cuenta la situación actual del hombre y su vida ritual, este apartado busca identificar, extraer y condensar los aportes que brinda la relación entre esperanza y rito del cristianismo primitivo para el fortalecimiento de la vida ritual hoy y también proponer unas líneas de acción pastoral que hagan efectiva la puesta en práctica de dichos aportes.

9.2.1 Recuperando el sentido primigenio.

El cristiano de hoy, como el de ayer, está llamado a ser un hombre de esperanza verdadera, que supera las esperanzas ilusorias ofrecidas por el mundo de hoy y que terminan siempre decepcionándolo, es el hombre que busca el bien y se arma de confianza, su fundamento no son las seguridades actuales de seguir progresando sino la persona de Cristo, sus acciones, sus enseñanzas, su promesa de vida eterna que trasciende el tiempo histórico para situarse en la eternidad; este proyecto esperanzador incluye a toda la humanidad y no solo a aquellos que cuentan con las herramientas y condiciones necesarias para labrarse un futuro mejor.

El sentido primigenio de la esperanza invita al hombre de hoy a descubrir la acción de Dios en el mundo y en su vida, a tener los ojos puestos en Él, a descubrir aún en las situaciones más difíciles la presencia de aquel que lo convoca a la vida verdadera y lo mueve a actuar en favor de todos los hombres, tal como señala Albert Nolan:

Y, por encima de todo, me pregunto si el momento actual de desesperanza no estará siendo usado por Dios para desafiarnos a tomarlo más en serio como el único fundamento para la esperanza en el mundo. ¿No estará Dios escribiendo derecho en renglones torcidos, como solía decir san Agustín? (Nolan, 2010, p. 30)

Recuperar el sentido primigenio es confiar en la obra de la Trinidad en el mundo, es dejarse sorprender por aquello que irrumpe en el tiempo del hombre y aceptar la invitación que hace a un

modo particular de relación con lo divino, es sumergirse en las verdades de fe que le han sido reveladas al hombre y enseñadas a través de los siglos.

Recuperar el sentido primigenio es también rescatar el valor del rito, que sostiene y alimenta la vida espiritual, que muestra al hombre lo que cree y lo que espera a partir de signos y símbolos, es dar culto verdadero a Dios y entrar en comunión con él, reconociendo que en los sacramentos y especialmente en la Eucaristía no solo recibe a Cristo, sino que se adhiere a él y a la comunidad.

Finalmente recuperar el sentido primigenio es actuar incluso cuando todo parece estar contracorriente, cuando el mensaje cristiano y el mismo Dios parece irrelevante para muchos, recuperar el sentido primigenio es ser estímulo y ejemplo para aquellos que han perdido la esperanza, tal como son los mártires ejemplo para toda la cristiandad. María y los santos son hoy ejemplo de esta acción, de manera particular los santos que vivieron en épocas más recientes se tornan más relevantes por su cercanía, no obstante, todos ellos vienen a mostrar al hombre el camino a seguir y la meta que le espera.

La vida humana es un camino. ¿Hacia qué meta? ¿Cómo encontramos el rumbo? La vida es como un viaje por el mar de la historia, a menudo oscuro y borrascoso, un viaje en el que escudriñamos los astros que nos indican la ruta. Las verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente. Ellas son luces de esperanza. Jesucristo es ciertamente la luz por antonomasia, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. Pero para llegar hasta Él necesitamos también luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cristo, ofreciendo así orientación para nuestra travesía. Y ¿quién mejor que María podría ser para nosotros estrella de esperanza, Ella que con su « sí » abrió la puerta de nuestro mundo a Dios mismo; Ella que se convirtió en el Arca viviente de la Alianza, en la que Dios se hizo carne, se hizo uno de nosotros, plantó su tienda entre nosotros (Cfr. Jn 1,14)?
(Benedicto XVI, 2007)

9.2.2 Aportes para el fortalecimiento de la vida ritual cristiana hoy.

Los principales aportes que se pueden extraer de la relación esperanza-rito del cristianismo primitivo para fortalecer la vida ritual cristiana hoy se mueven en la dinámica de adherirse a

Dios, comprender los ritos como fuente de religación y vida y testificar la fe cristiana a partir de las propias acciones.

Es así como el primer aporte que se identifica es el reconocimiento de la persona de Cristo. Para los primeros cristianos algo que no pasaba desapercibido era Cristo, el mismo era quién suscitaba la conversión y el cambio de corazón, Pablo, por ejemplo, a partir de su encuentro con Cristo en el camino de Damasco comprendió que Jesús muerto en cruz y resucitado era el sustento de la salvación, no la ley judía que solo actuaba como pedagoga para enseñar al hombre qué hacer para evitar el pecado, es Jesús quien tiene completo dominio sobre el pecado y lo destruye liberando al hombre, es Jesús quien convoca a todos los creyentes a formar su Iglesia, al fin de cuentas “Nuestra esperanza no se basa en los signos. Nuestra esperanza se basa en Dios y únicamente en él. Nosotros ponemos toda nuestra esperanza y confianza en Dios o, al menos, tratamos de hacerlo así” (Nolan, 2010, p. 24).

Otro aporte es la opción por la formación de la comunidad, los cristianos de los primeros siglos eran asiduos a la fracción del pan y a la enseñanza de los apóstoles. El cristiano de hoy no se contenta sólo con frases o conceptos etéreos, el creyente exige también conocer el por qué y el para qué de las verdades de fe que profesa, le interesa captar el sentido de lo que se le dice, de allí que se haga cada vez más necesaria la formación y capacitación de todos; nunca antes se había contado con tanto acceso a la información como hoy y así mismo nunca antes había sido tan necesario llegar a lo más profundo de la fe y dar razón de ella, en definitiva “Necesitamos escucharnos mutuamente, escuchar a teólogos bien informados y a quienes tienen autoridad en la Iglesia (magisterio). Por encima de todo, necesitamos escuchar al mismo Jesús, porque creemos que él es la Palabra o revelación de Dios” (Nolan, 2010, p. 41).

Un aporte más que brinda la relación esperanza-rito del cristianismo primitivo es el de la una postura siempre activa, la invitación a realizar acciones concretas, fruto de la caridad. Los primeros cristianos reconocían que su misma fe los impulsaba a ayudar al necesitado, y esto se tornaba en una especie de extensión del culto, en el necesitado está Cristo, por eso socorrer al otro es fundamental para el que anhela el encuentro con el Señor. De igual manera hay hoy una cada vez más creciente necesidad de salir al encuentro con Cristo en el necesitado, el pobre, el enfermo, el refugiado el excluido, entrar en contacto con sus sufrimientos de tú a tú; el trabajo asistencial es el primer paso del camino, pero se necesita seguir avanzando a la auténtica promoción del individuo y luchar contra las estructuras que lo marginan.

Los pobres son aquellos contra los que se está pecando, y están sufriendo. Solidarizarse con ellos significa asumir su causa, no la nuestra. Pero necesitamos hacerlo con ellos. Juntos tenemos que tomar partido contra la opresión y las estructuras injustas. La solidaridad real comienza cuando dejamos de hablar de «nosotros» y «ellos». (Nolan, 2010, p. 68)

Se identifica un aporte celebrativo, la vivencia de los ritos era tal en los cristianos de los primeros siglos que tenían absoluta conciencia de lo que hacían y por qué lo hacían. Hoy la creciente insistencia en la participación activa y consciente promovida por el Concilio Vaticano II busca recuperar este valor presente en los primeros fieles, la Constitución *Sacrosanctum Concilium* pide que toda la asamblea se haga participe, esto no necesariamente se traduce en la asignación de funciones para todos los participantes, sino más bien en la unión efectiva del corazón con aquello que se está celebrando.

La Iglesia, con solícito cuidado, procura que los cristianos no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones, participen conscientes, piadosa y activamente en la acción sagrada, sean instruidos con la palabra de Dios, se fortalezcan en la mesa del Cuerpo del Señor, den gracias a Dios, aprendan a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la hostia inmaculada no sólo por manos del sacerdote, sino juntamente con él, se perfeccionen día a día por Cristo mediador en la unión con Dios y entre sí, para que, finalmente, Dios sea todo en todos. (Pablo VI, 1963)

El rito no se agota en el plano celebrativo, sino que trasciende a la vida del hombre, de allí que se identifique la espiritualidad como otro aporte de la relación esperanza-rito del cristianismo primitivo, la esperanza y los ritos eran fuentes de una auténtica espiritualidad que promovía la unión con Dios y el anhelo incesante de él. Hoy como antes, los ritos, el culto, en fin, toda la liturgia, deben ser tenidos como fuentes de espiritualidad, los ritos celebran el misterio de Cristo, su vida, su muerte, su resurrección, por tanto tiene un alcance redentor en cuanto asocian al hombre con Cristo, autor de toda obra redentora.

Se podría definir o describir la espiritualidad litúrgica como una actitud permanente o un estilo de vida cristiana basado en la asimilación y la identificación con Cristo, producidos por el bautismo y la confirmación y alimentados por la plena participación en la eucaristía, los sacramentos en general y la oración de la Iglesia; todo ello en el ámbito fundamental del año litúrgico y según el ritmo cíclico que le es propio. Observemos que semejante espiritualidad no se debe entender en oposición o en consecuencia de otras espiritualidades, sino más bien

como el sustrato común de toda espiritualidad cristiana tal como lo expresa la Iglesia en su liturgia. (Augé, 1995, p. 250)

Finalmente, otro aporte identificado es el de la opción por la comunidad, los primeros cristianos se reunían siempre en comunidad, es más tenían, todo en común, ricos, pobres, jóvenes, viejos, libres, esclavos, todos integraban la comunidad, todos eran hermanos; es un escándalo que en la comunidad se presenten distinciones entre unos y otros, el amor y el servicio han de ser sus notas características. La actitud de los primeros cristianos hace patente la necesidad de profundizar en el carácter comunitario, que las asambleas rituales no se queden en la convergencia de desconocidos que participan del mismo acto sin implicarse los unos con los otros, sino que ante todo sean celebradas con la comunidad, y además que este culto sea llevado a todos los areópagos de la vida del hombre.

Los fieles laicos, debido a su participación en el oficio de Cristo, están plenamente implicados en esta tarea de la Iglesia (anunciar el Evangelio). En concreto, les corresponde testificar cómo la fe cristiana, más o menos conscientemente percibida e invocada por todos, constituye la única respuesta plenamente válida a los problemas y expectativas que la vida plantea a cada hombre y a cada sociedad. (Fisichella, 2012, p. 114)

La formación de los creyentes, la postura activa, la conciencia celebrativa, la espiritualidad auténtica, el camino en comunidad y especialmente la persona de Cristo, son los aportes que brinda la relación entre esperanza y ritualidad presente en el cristianismo primitivo, siglos I, II, y III para el fortalecimiento de la vida ritual cristiana hoy, estos aportes son el sustento para formular así líneas de acción que busquen devolver el sentido propio del rito a los hombres de hoy y promover la auténtica vivencia del rito y de toda actividad cultural.

9.2.3 Algunas líneas de acción pastoral para la aplicación de los aportes del cristianismo primitivo a la vida ritual cristiano hoy.

Los aportes extraídos de la relación esperanza-rito presente en cristianismo primitivo invitan necesariamente a la acción, de allí que se considere prudente establecer algunas líneas de acción que hagan prácticos estos aportes, todas ellas desde la actividad evangelizadora, tarea fundamental de la Iglesia, y especialmente desde la parroquia como lugar privilegiado para las iniciativas y ejecución de la evangelización, donde debe resplandecer el testimonio, la

predicación, la liturgia, los sacramentos, la piedad popular, el contacto personal y por supuesto la catequesis, aunque esto no quiera decir que se reduzca solo a este lugar.

Las líneas de acción a seguir, para llevar a cabo el trabajo misionero orientado al anuncio del evangelio a aquellos que no lo conocen o que se han apartado por diversas circunstancias del mismo, para ejecutar el trabajo pastoral que ayude a cultivar y madurar la fe de la comunidad en amplios y variados frentes y para realizar el trabajo catequético que permita la enseñanza de las verdades fundamentales y del anuncio de la persona Cristo a todos los fieles, son básicamente las siguientes:

- Apostar por la presentación de la persona de Jesús como verdadero Dios y como verdadero hombre y su relevancia para el hombre hoy, exponiendo el anuncio de Cristo como una auténtica novedad; teniendo en cuenta que los primeros cristianos tenían claro quién era Jesús para ellos y como obraba en sus vidas.
- Organizar procesos de catequesis cristológicas que manifiesten al creyente la persona de Cristo, su cercanía y la profundidad de su obra redentora, y junto con esta, catequesis sobre la vida de la Virgen y los santos que siempre manifiestan la acción de Dios en el hombre.
- Insistir en una conciencia cada vez más formada en cuanto a los roles del clero y de los laicos en el servicio a la comunidad y a la Iglesia, a ejemplo del cristianismo primitivo que se descubría como una comunidad en la que todos servían de una manera específica siempre inspirada por el Espíritu Santo.
- Abrir espacios de formación orientados a los fieles, no solo a aquellos que pueden costearse los gastos universitarios para la profundización teológica, sino también para aquellos del común que desde su sencillez se preguntan por su fe y se esfuerzan por comprenderla, para esto es necesario que las facultades católicas sigan abriendo sus puertas a través de cursos y diplomados
- Hacer de las parroquias centros de formación para la comunidad, de manera que, junto con la vida celebrativa y pastoral de las mismas, se integre cada vez más la académica, a ejemplo de aquellos primeros cristianos que eran asiduos a la enseñanza de los apóstoles, a la vida en comunidad, a la fracción del pan y a las oraciones. (Cfr. Hch 2,42)
- Establecer una catequesis parroquial sistemática, que no se reduzca al ámbito pre-sacramental, sino que se dirija a todos los creyentes, con tiempos precisos y objetivos claros que se dirijan al conocimiento bíblico, teológico y pastoral.

- Fortalecer los procesos actuales de catequesis pre-sacramental, de manera que no se queden en la transmisión de información por un período de tiempo a veces demasiado corto, sino que integre la participación en la comunidad y el servicio de apostolado.
- Consolidar las actividades de pastoral social y de los enfermos en las parroquias e instituciones católicas, para que más allá del asistencialismo integren programas de promoción social y de manera especial se enfoquen a la visita y acompañamiento personal de todos los necesitados, como aquellas viudas y otras mujeres que se encargan del trabajo misionero en la atención de los enfermos y la ayuda a los necesitados.
- Promover la participación activa y consciente de los fieles en la liturgia, para esto es necesario que todos conozcan la naturaleza de los ritos, su orden específico y el sentido propio, de manera que se deben generar espacios antes de la actividad propiamente ritual que incluyan esta explicación.
- Fomentar la vida espiritual a partir de la reflexión cada vez más asidua de la palabra, como lo hacían los primeros cristianos que practicaban en su propia vida las enseñanzas de Jesús, procurando siempre hacerse semejantes en todo a él, hasta en la muerte.
- Generar espacios de encuentro entre los fieles, a partir de las ya muy valoradas pequeñas comunidades, que incluso en espacios diferentes al de la parroquia, tengan momentos de encuentro, reflexión, oración y compartir fraterno.
- Suscitar actitudes de integración de todos los fieles de una misma comunidad, de manera que se conozcan y se involucren los unos con los otros, compartiendo unos con otros su fe y su vida.

Recapitulando lo dicho en este apartado, la relación esperanza-rito presente en el cristianismo primitivo sigue siendo relevante para la cristiandad de hoy en tanto le recuerda su origen y su esencia, le hace ver cómo la fe, la esperanza y la caridad invaden y transforman toda la vida del hombre, haciéndose patentes en el auténtico culto por medio de los signos y símbolos que conforman los ritos, que le recuerdan que el cristianismo tiene puesta su esperanza no en ideologías o herramientas humanas sino en la persona de Cristo que sigue hablándole al hombre de todos los tiempos. Es así como de esta relación esperanza-rito primitiva se extraen estas importantes contribuciones que invitan a centrarse en la persona de Cristo, optar por una mayor y mejor formación de los creyentes, adoptar una postura activa frente a las realidades del mundo que testimonien la fe que se profesan, profundizar en la naturaleza de las celebraciones y la

participación en la misma, a integrar la vida celebrativa con la espiritualidad y a reconocer que este es ante todo un camino hecho en comunidad.

Conclusiones

Durante el desarrollo de este trabajo se evidencia primeramente la natural inquietud del hombre por la trascendencia, la cual le ha movido desde siempre a identificar, comprender y cuestionar aquello que lo supera. Esta inquietud no ha sido ajena a la pregunta por el culto cristiano y los ritos, que configuran la forma en que el hombre se religa con Dios, el absoluto trascendente cristiano; es por eso que a lo largo de la historia se han realizado diversos acercamientos que buscan observar describir y analizar la naturaleza de dicha inquietud en la humanidad y también en el ámbito propio del cristianismo.

Se identifica un acercamiento antropológico que deja ver el carácter universal de la manifestación ritual y su capacidad de dotar al hombre de lo sagrado que se le manifiesta en el mundo, constituyendo hechos fundantes, dicha manifestación está presente en diferentes culturas y religiones a lo largo del mundo y con la misma capacidad; también se reconoce un acercamiento histórico, que revela el génesis del culto cristiano y sus conexiones particulares con la historia y el contexto social y político que le es propio; otro acercamiento registrado es el litúrgico, este expresa las prácticas rituales cristianas primitivas, indiscutiblemente conectadas con la fe profesada; finalmente el acercamiento apologético que, desde la defensa de la fe, manifiesta las prácticas y el orden propio de los ritos cristianos destinados al verdadero culto a Dios, con el ánimo de que estos sean correctamente interpretados y vividos.

A partir de estos acercamientos se hace posible estudiar y presentar el contexto, origen y desarrollo ritual del cristianismo primitivo [siglos I, II y III], indiscutiblemente unido al origen y contexto de todo el cristianismo; por medio de estos estudios se puede decir que los ritos celebrados por las primeras comunidades cristianas están dotados de una profunda raíz judía y otra pagana que para nada menoscaba su originalidad propia, ya que esta le viene por la persona de Jesucristo, su vida, sus acciones, sus enseñanzas, su pasión, muerte y resurrección, y que motivan al hombre a llevar una nueva vida a ejemplo de Jesús que lo conduce hacia la meta del encuentro definitivo, esto en sí es toda una novedad, nunca antes un culto había estado tan estrechamente relacionado a la vida de una persona identificándola con el único Dios como lo hizo el cristianismo.

Así pues, se puede concluir que el rito cristiano primitivo envuelve toda la vida del hombre insertándola en una dinámica temporal de pasado, presente y futuro, aquí el rito no es para nada

un asunto externo que invita actuar de acuerdo a un código de normas y en tiempos y lugares específicos, sino que, más allá de eso, es una experiencia vital que coloca al hombre en la esfera de lo sagrado, le hace partícipe de la divinidad y logra crear una interacción que transforma la vida toda del hombre.

En este nuevo entorno originado por el cristianismo la idea de esperanza se ve renovada, la nueva fe produce también una nueva esperanza; el judío y el gentil ven en los cristianos algo distinto a lo que tienen en sus propios cultos, los primeros se asombran al descubrir en la persona de Jesús al mesías esperado que los libra del peor tirano que pueden tener, el pecado, y los segundos se impacta al ver como en la vida de los creyentes se hace efectiva su fe, no son iguales que antes, hay una transformación real.

El cristiano primitivo entiende la esperanza como un don recibido de Dios por la fe y a la vez un apoyo que lo impulsa hacia la meta, la vive en comunidad y la hace activa a través de las prácticas de caridad, de manera que junto con la fe y el amor, compone un conjunto que transforma y anima la vida del cristiano, como se observa en el ejemplo de la comunidad de tesalónica que se esfuerza por comprender la naturaleza de la esperanza y vivir conforme a esta, cambiando de vida, abandonando las prácticas idolátricas y sobre todo, dando muestras de caridad para con todos, otro ejemplo de la comprensión de la idea de esperanza en los primeros cristianos lo tenemos en los mártires, que con su vida manifiestan la acción de la esperanza en el hombre.

Se comprende entonces por qué el cristiano de los primeros es asiduo a la enseñanza, amante de la celebración comunitaria, profundamente abierto a los ritos culturales que realiza y practicante de la caridad fraterna, su esperanza no está por fuera de las realidades humanas, antes bien es en ellas donde se vive y a estas mismas realidades les da sentido en la medida que impulsa al hombre a una transformación de su propia vida y lo eleva a la trascendencia.

Se concluye aquí que la idea de esperanza abarca toda la vida del cristiano primitivo, la dinamiza y la orienta, de modo que todo su actuar se ve iluminado por ella, entre esperanza y rito en el cristianismo primitivo hay una relación estrecha, y esta es una relación de plenificación, esto es así porque la esperanza es la que permite al rito estar conectado con la vida de los creyentes mediante la fe, darles sentido.

No obstante, el hombre actual ha querido desvincularse de lo trascendente porque lo ve como impropio, opuesto a su ser. Así se identifica un problema que ha desvirtuado la relación esperanza rito hoy, dicho problema es que el hombre ha retirado el fundamento de su esperanza

de lo trascendente para colocarlo en aquellas cosas que ve como propias, la ciencia, la tecnología, la economía, la política, él mismo, y estos nuevos fundamentos han resultado una y otra vez ser inestables por lo banales que son, dejando al hombre en una situación de desesperanza. Este escenario también ha generado en el hombre de hoy una aversión por lo ritual,teniéndolo por extraño e impropio, puesto que le viene dado por otro y no por él mismo, trayendo como consecuencia que los ritos se vean como algo aislado de la vida misma y sus devenires; el cambio en la disposición del hombre en torno a lo ritual le ha llevado a la incapacidad de reconocer el sentido de plenificación en la relación entre esperanza y ritualidad, y este cambio de disposición es ante todo el resultado de una crisis en el fundamento de la esperanza.

Los primeros cristianos en cambio, supieron identificar esta estrecha relación que hoy se ha ido perdiendo, por tanto su vida tiene mucho que aportar a los cristianos de hoy, su lejanía histórica lejos de ser un inconveniente para la situación actual es más bien garantía de lo purificada de su creencia y su acción, desde luego más apegada a la idea cristiana de comunidad desarrollada por los mismos apóstoles.

En conclusión, el cambio generalizado en el fundamento de la esperanza humana, que pasa de estar en lo trascendente para volcarse a lo manipulable por el hombre mismo, ha ocasionado una desconexión entre los ritos y la vida del hombre, desconexión inexistente en los primeros cristianos que comprendían los ritos como actos importantes en su vida en cuanto producían lo que significaban, alimentando su fe y orientando su vida; el recuperar este vínculo permitirá al creyente de hoy reconocer la riqueza de la vida ritual y alimentarse de ella.

Por tanto, de esta relación entre esperanza y ritualidad del cristianismo primitivo se identifican varios aportes que se traducen en importantes tareas que tienden al fortalecimiento de la vida ritual cristiana hoy, estos son:

El conocimiento de lo que se cree, se espera y se celebra, lo que se traduce hoy en la necesidad de una mayor formación de los creyentes por medio de la creación de espacios de enseñanza y de la visión de la parroquia no solo como centro celebrativo y pastoral, sino también formativo y comunitario.

La centralidad en la persona de Cristo, centro de todo el culto cristiano, que hace necesaria la instrucción cristológica y el reconocimiento de la acción de cristo en la historia personal de vida de la persona y de la comunidad.

La auténtica espiritualidad, teniendo en cuenta que los ritos están unidos a la espiritualidad porque estos expresan al hombre de manera visible aquello que cree, de allí la importancia de que esta parte de la reflexión de la palabra y se nutra con las celebraciones rituales.

La vida comunitaria, que exige hoy el fomento de la vida en comunidad a partir de espacios efectivos de integración y conocimiento entre los fieles que tiendan a establecer relaciones efectivas entre todos los integrantes de la comunidad parroquial.

La acción que se traduce en hacer frente a las realidades del mundo, integrando a las actividades asistenciales, otras de inclusión y promoción para los pobres y los enfermos.

La conciencia celebrativa que impulsa a la participación activa y consciente de los fieles, especialmente mediante la formación litúrgica en torno al rito celebrado, es de vital importancia que la gente sepa qué celebra y por qué lo hace de determinada manera y no de otra, para que así se puede descubrir el sentido de participación.

Todos estos aportes permiten que la vivencia de los ritos y en general de toda la liturgia cristiana puede ser mejor valorada y comprendida como medios dados por Dios para el culto, para la religación con el hombre y sobre todo como ayudas para caminar fortalecidos y alegres por la senda de la vida, de la mano con todos los hombres, mientras se aguarda pacientemente la consumación de la esperanza cristiana.

Recomendaciones

Se recomienda que las parroquias y centros de pastoral tengan en cuenta las líneas de acción propuestas en este trabajo para el desarrollo pastoral en las mismas

Se recomienda también la adecuación de los planes de pastoral con el ánimo de que puedan vincular las estrategias para el fortalecimiento de la vida ritual cristiana hoy.

Se ve conveniente el impulso a centros de formación y catequesis asequibles para los laicos que procuren la formación cristológica, eclesiológica y litúrgica.

Referencias

- Aguirre Monasterio, R., Álvarez Cineira, D., Bernabé Ubieta, C., Estévez López, E., Gil Arbiol, C., Guijarro Oporto, S., . . . Rivas Rebaque, F. (2015). *Así empezó el cristianismo*. Estella: Verbo Divino.
- Augé, M. (1995). *Liturgia. Historia. Celebración. Teología. Espiritualidad*. (J. Llopis, Trad.) Barcelona: Centre de pastoral litúrgica.
- Baena, G. (2005). La esperanza en la vida cristiana. Dimensión bíblica. *Theologica Xaveriana*(154), 209-226.
- Basurko, X. (2006). *Historia de la Liturgia*. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica.
- Benedicto XVI. (21 de marzo de 2007). *Audiencia general miércoles 21 de marzo de 2007*. Obtenido de Vatican.va: https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiencias/2007/documents/hf_ben-xvi_aud_20070321.html
- Benedicto XVI. (30 de Noviembre de 2007). *Carta encíclica Spe Salvi sobre la esperanza cristiana*. Obtenido de Vatican.va: http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20071130_spe-salvi.html
- Benedicto XVI. (11 de Agosto de 2010). *Audiencia general*. Obtenido de Vatican.va: https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiencias/2010/documents/hf_ben-xvi_aud_20100811.html
- Benedicto XVI. (28 de noviembre de 2010). *Ángelus*. Obtenido de Vatican.va: http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/angelus/2010/documents/hf_ben-xvi_ang_20101128.html
- Borobio, D. (2003). *Celebrar para vivir*. Salamanca: Sígueme.
- Bouyer, L. (1973). *Diccionario de Teología*. Barcelona: Herder.
- Castillo, J. (2007). *Espiritualidad para insatisfechos*. Madrid: Trotta.
- Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos. (25 de marzo de 2004). *Instrucción Redemptionis Sacramentum*. Obtenido de Vatica.va: http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/ccdds/documents/rc_con_ccdds_doc_2004_0423_redemptionis-sacramentum_sp.html
- Cuadernos Phase. (1996). *Didajé - La tradición apostólica*. Barcelona: Centre de Pastoral litúrgica.

- Eliade, M. (1981). *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona: Guadarrama / Punto omega.
- Eliade, M. (1991). *Mito y realidad*. Barcelona: Labor S.A.
- Equipo de traductores de la edición española de la Biblia de Jerusalén. (2009). *Biblia de Jeruslén*. Bilbao: Desclée De Brouwer. Todos los textos bíblicos citados pertenecen a esta edición.
- Figueras, P. (2016). *Introducción al cristianismo primitivo*. Barcelona: Clie.
- Fisichella, R. (2012). *La nueva evangelización*. (J. Pérez Escobar, Trad.) Santander: SalTerra.
- Floristán, C. (1998). *Teología práctica*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Francisco. (2013). *Evangelii Gaudium*. Vaticano: Tipografía Vaticana.
- Gaitán, T. (2006). Métodos de interpretación de la Biblia. *Cuestiones Teológicas*, 33(79), 141-169.
- Gil Arbiol, C. (2004). *Primera y segunda cartas a los tesalonicenses*. Estella: Verbo Divino.
- Guerra Gómez, M. (1999). *Historia de las religiones*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Klauser, T. (2011). *Breve historia de la liturgia occidental*. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica.
- Nolan, A. (2010). *Esperanza en una época de desesperanza y otros textos esenciales*. Santander: Sal Terra.
- Pablo VI. (4 de diciembre de 1963). *Constitución Sacrosanctum Concilium*. Obtenido de vatican.va: http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19631204_sacrosanctum-concilium_sp.html
- Ramos-Lissón, D. (2013). *La fe de los primeros cristianos*. Pamplona: EUNSA.
- Ratzinger, J. (2014). *Introducción al espíritu de la liturgia*. Bogotá: San Pablo.
- Ruiz Bueno, D. (2009). *Padres apostólicos y apologistas griegos (s. II)*. Madrid: Biblioteca de autores cristianos.
- Sánchez Bosch, J. (2009). *Escritos paulinos*. Estella: Verbo Divino.
- Santa Sede. (2000). *Catecismo de la Iglesia Católica*. Bogotá: San Pablo.
- Theissen, G. (2002). *La religión de los primeros cristianos*. Salamanca: Sígueme.
- Trimaille, M. (1982). *La primera carta a los Tesalonicenses*. Estella: Verbo Divino.
- Velasco Arias, J. (2009). La escatología en las dos cartas a los tesalonicenses. *Revista Catalana de Teología*, 34(1), 143-166.

Lista de anexos

Anexo 1.....	98
Anexo 2.....	100

Anexos

Anexo 1.

Tomado de la tradición apostólica de san Hipólito n. 21 publicada en Cuadernos Phase:

A la hora del canto del gallo, se orará en primer lugar sobre el agua. El agua manará de una fuente o fluirá de lo alto. Se hará de esta manera, a menos que exista algún impedimento para ello. Si el impedimento es permanente y apremiante, se usará el agua de la que se pueda disponer. Se desnudarán y se bautizará primero a los niños. Todos lo que puedan hablar por sí mismos, hablarán. Los que no puedan hablar por sí mismos, serán sus padres o alguno de su familia quienes hablen por ellos. A continuación, serán bautizados los hombres y después las mujeres, que habrán dejado suelto el cabello y se habrán quitado los ornatos de oro y de plata que lleven consigo. Nadie bajará al agua con algo encima.

Una vez llegado el momento previsto para bautizar, el obispo dará gracias sobre el óleo que se habrá puesto en un recipiente y que recibirá el nombre de óleo de acción de gracias. Tomará también otro óleo, que se exorcizará y será llamado óleo de exorcismo. Un diácono toma el óleo del exorcismo y se sitúa a la izquierda del presbítero; otro diácono toma el óleo de acción de gracias y se sitúa a la derecha del presbítero. El presbítero se dirige a cada uno de los que han de recibir el bautismo y le ordena que haga la renuncia con estas palabras: “Renuncio a ti, Satanás, a tu culto y a tus obras”: Cuando cada uno ha hecho la renuncia, lo unge con el óleo del exorcismo, diciéndole: “Huya de ti todo espíritu (maligno)”. Es así como lo confiará desnudo al obispo o al presbítero que se encuentran junto al agua preparada para bautizar. Con el (que ha de ser bautizado) descenderá un diácono y se procederá de esta manera. Cuando el que ha de ser bautizado desciende al agua, el que bautiza, imponiendo la mano sobre él, le preguntará: “¿Crees en Dios, Padre omnipotente?”. Y el que es bautizado dirá a su vez: “Creo”. Inmediatamente, manteniendo la mano impuesta sobre su cabeza, lo bautizará por primera vez. Y después, preguntará “¿Crees en Jesucristo, Hijo de Dios, que nació de María Virgen por el Espíritu Santo y fue crucificado bajo Poncio Pilato y murió y resucitó vivo al tercer día, de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha del Padre; que vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos?”. Y al responder él: “Creo”, será bautizado una segunda vez. Y de nuevo preguntará: “¿Crees en el Espíritu Santo y en la santa

Iglesia y en la resurrección de la carne?”. El que es bautizado dirá “Creo”. Y así es bautizado una tercera vez.

Después, una vez ha ascendido (del agua), es ungido por el presbítero con el óleo de acción de gracias, diciendo: “Te unjo con el óleo santo, en nombre de Jesucristo”. Y así, cada uno se secará y se vestirá; y después entrarán en la Iglesia.

El obispo les impondrá la mano y pronunciará esta invocación: “Señor y Dios nuestro, que los has hecho dignos de alcanzar la remisión de los pecados por medio del baño de la regeneración, hazlos dignos de ser colmados con el Espíritu Santo y envía sobre ellos tu gracia, para que te sirvan según tu voluntad; porque tuya es la gloria, Padre e Hijo, con el Espíritu Santo, en la santa Iglesia, ahora y por siempre y por los siglos de los siglos. Amén”.

Después, (el obispo) derramando el óleo de acción de gracias en su mano y colocando la mano sobre la cabeza (del bautizado) dirá; “Yo te unjo con el óleo Santo en Dios, Padre omnipotente, en Jesucristo y en el Espíritu Santo”.

Después le hará la señal de la cruz en la frente, y le dará el ósculo y dirá: “el Señor esté contigo”. El que habrá sido signado dirá: “Y con tu espíritu”. Así hará con cada uno.

En seguida orarán unidos con todo el pueblo. No habrán orado antes con los fieles, sino después de haber alcanzado estas realidades. Después de orar, ofrecerán el beso de paz.

Entonces, los diáconos presentarán la oblación al obispo, que dará gracias, sobre el pan (para que sea) “signo” del cuerpo de Cristo; sobre el cáliz –con vino mezclado- (para que sea) imagen de la sangre que ha sido derramada por todos los que creen en él;

sobre la leche y la miel mezcladas, como (expresión) del cumplimiento de las promesas hechas a los padres al decir: “Os daré una tierra que mane leche y miel”; en esta (tierra) Cristo ha entregado su carne, por medio de la cual se alimentan –como recién nacidos- los que creen en él, que con la suavidad de su palabra convierte en dulzura la amargura del corazón; también sobre el agua (presentada como oblación en recuerdo del baño, para que el hombre interior –el alma del hombre- alcance semejantes efectos a los del cuerpo).

De todas estas cosas, el obispo dará razón a los que reciben (la comunión). Partiendo el pan, dirá, presentando cada uno de los fragmentos: “El pan celestial en Cristo Jesús”. El que lo recibe responderá: “Amén”. Si los presbíteros no son suficientes, también los diáconos sostendrán los cálices, que los presentarán en el orden debido: primero el que contiene el agua, en segundo lugar el de la leche, en tercer lugar el del vino.

Los que reciben (la comunión) gustarán de cada uno (de los cálices), mientras que por tres veces dirá el que lo da: “En Dios Padre todopoderoso”. El que lo recibe dirá: “Amén”. “Y en el Señor Jesucristo”. (Y dirá: “Amén”). “Y en el Espíritu Santo y la santa Iglesia”. Y dirá: “Amén”. De esta manera se hará con cada uno. Una vez todo esto ha llegado a su fin, cada uno se apresurará a practicar buenas obras y a agradar a Dios y a comportarse con rectitud, disponible para la Iglesia, llevando a cabo lo que ha aprendido y progresado en la piedad. (1996, pp. 35-38)

Anexo 2.

Tomado de Padres y apologistas griegos (S. II):

a) Antecomunión

IX Respecto a la acción de gracias, daréis gracias de esta manera:

2. Primeramente, sobre el cáliz:

Te damos gracias, Padre nuestro,
por la santa viña de David, tu siervo,
la que nos diste a conocer
por medio de Jesús tu siervo.
A ti sea la gloria por los siglos.

3. luego, sobre le fragmento;

Te damos gracias, Padre nuestro,
por la vida y el conocimiento
que nos manifestaste por medio de Jesús, tu siervo.
A ti sea la gloria por los siglos.

b) Oración por la Iglesia

4. Como este fragmento estaba disperso
sobre los montes
y reunido se hizo uno,

así sea reunida tu Iglesia
de los confines de la tierra en tu reino.
Porque tuya es la gloria y el poder
Por Jesucristo eternamente.

c) «*No deis lo santo a los perros*»

5. Que nadie, empero, coma ni beba de vuestra Acción de gracias, sino los bautizados en el nombre del Señor, pues acerca de ello dijo el Señor: *No deis lo santo a los perros* (Mt 7,6)

d) Poscomuni3n

X Despu3s de saciaros, dar3is gracias as3:

2. Te damos gracias, Padre santo,
por tu santo Nombre,
que hiciste morar en nuestros corazones,
y por el conocimiento y la fe y la inmortalidad
que nos diste a conocer
por medio de Jes3s, tu siervo.

A ti sea la gloria por los siglos.

3. T3, Se3or omnipotente,
creaste todas las cosas por causa de tu nombre
(Sab 1,14; Eclo 18,1; Ap 4,11)
y diste a los hombres
comida y bebida para su disfrute.

Mas a nosotros nos hiciste gracias
de comida y bebida espiritual
y de vida eterna por tu siervo.

4. Ante todo, te damos gracias
porque eres poderoso.

A ti sea la gloria por los siglos.

e) Oraci3n por la Iglesia

5. Acu3rdate, Se3or, de tu Iglesia,
para librarla de todo mal
y hacerla perfecta en tu amor,

y reúnela de los cuatro vientos (Zac 2,6; Mt 24,31)

santificada,

en el reino tuyo, que has preparado.

Porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos.

f) Anhelos del Señor

6. Venga la gracia y pase este mundo. *Hosanna al Dios de David* (Mt 21,9.15). El que sea santo, que se acerque. El que no lo sea, que haga penitencia. *Maranathá* (1 Cor 16,22). Amén.

g) los profetas

7 A los profetas, permitidles que en gracias cuantas quieran.

(Ruiz Bueno, 2009, pp. 87-89)